

CARIDAD EN ACCIÓN

---

# VIDA DE LA SIERVA DE DIOS MADRE EMILIA DE SAN JOSÉ

Fundadora de la Congregación de  
las Hermanitas de los Pobres  
de Maiquetía.

*Por una Hermanita de los Pobres*



CARIDAD EN ACCIÓN

#### DECLARACION:

*Para conformarnos a los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que no pretendemos dar a los hechos relatados en la biografía de la Madre Emilia de San José, sino un valor simplemente histórico, pues no es nuestro ánimo prevenir el juicio de la Santa Sede, de la cual somos sumisas y afectuosísimas hijas.*



La Rvda. Madre Emilia de San José

CARIDAD EN ACCION

LA RVDA. MADRE  
EMILIA DE SAN JOSÉ

Fundadora de la Congregación de las Hermanitas  
de los Pobres de Maiquetía

Por una Hermanita



ZARAGOZA

Caracas, 17 de agosto de 1940.

Excmo. Sr. Lucas G. Castillo,  
Arzobispo Coadjutor de Caracas.

Excmo. Sr.: Léida atentamente la obra  
**Caridad en Acción**, creo que la biografía  
puede hacer mucho bien entre las religiosas y  
los seglares.

VICTOR IRIARTE, S. J.

Imprimatur:

† LUCAS GUILLERMO CASTILLO  
Arzobispo Coadjutor

Depósito legal Z-215-68

---

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza, 1968

## *Carta a la muy Ruda. Madre General Sor Carlota de San José*

*Muy amada Madre:*

*Con gran contento de mi alma he terminado, muy amada Madre, la tarea que tuvo a bien confiarme: arreglar una sencilla biografía de nuestra venerada Madre Fundadora. He utilizado para ello los datos que usted me envió y lo que las Hermanas antiguas me habían contado, y lo he hecho con tanto más gusto cuanto que yo misma he sido favorecida más de una vez con la intercesión poderosa de la Madre amada. Sería largo de contar cuanto le debo.*

*Durante este trabajo no he cesado de admirar las disposiciones de la divina Providencia, que de manera tan especial interviene en todas nuestras cosas, pues cuando en varias ocasiones pude tratar a personas que conocieron a nuestra Madre Emilia, oyendo con avidez lo que de ella me contaban, y cuando cansaba a fuerza de preguntas a las Hermanas antiguas que tuvieron la dicha de vivir con ella, no podía suponer que esos datos, con filial amor recogidos, iban a servirme ahora para completar estos apuntes.*

*Al fin tenemos las Hermanitas lo que tanto se echaba de menos: un resumen de la virtuosa vida de nuestra santa Fundadora, donde podamos estudiar, mirándonos en ella como en un espejo, y copiándola como Modelo a que debemos ajustar nuestra conducta de hijas de tal Madre, y las buenas almas que tanto nos ayudan en las Obras que la bondad de Dios nos confió, conocerán el secreto de los éxitos que las Hermanitas obtienen en esas Obras. Es que las muchas virtudes y sacrificios incontables de la Madre aún obtienen para sus hijas las bendiciones del Señor.*

*Estudiando esa vida en el exterior tan sencilla, pero sencilla, pero abnegada hasta el heroísmo, pero de íntima y continua unión con Dios, necesariamente nace el deseo de imitarla en algo siquiera. Además se ve y se admira la misión providencial y particular de la Madre Emilia: establecer de nuevo la vida religiosa en el país, y fomentarla, y protegerla, y propagarla.*

*La inició consagrándose ella misma a Dios, y con su ejemplo y estímulo despertando y cultivando vocaciones, la fomentó no solamente con el aumento que fue tomando la Congregación, sino también porque los buenos resultados que obtenían las Hermanitas eran como acicate que hacía desear igual bien en otras partes, y no pudiendo ellas atender a todas, fueron formando otros grupos de almas deseosas también de servir al Señor y glorificarle con una vida de abnegación y sacrificio, contribuyendo a la salvación de las almas.*

*Por el tiempo en que la señorita Chapellín buscaba trazas para consagrarse a Dios sirviendo al mismo tiempo a los pobres desvalidos, un hálito de bondad compasiva conmovía también a muchos nobles corazones que desearon socorrerlos.*

*No hay duda de que dedicándose Emilia desde niña a las obras de caridad, y perteneciendo a la buena sociedad de Caracas, trataría muchas veces de las necesidades de los pobres con las honorables damas que viendo y deplorando la falta de asistencia que sufrían, tomaron por su cuenta mejorar las tristes condiciones en que estaban, y trabajaron con tesón para que vinieran a Venezuela Hermanas de la Caridad, pero Emilia, escogida por Dios para establecer la primera Congregación venezolana, marchó por su sendero, y secundando al venerable Padre Machado, como nadie interesado en tal empresa, dióse a la tarea de despertar y fortalecer vocaciones, y cuando el 13 de julio de 1889, en hora feliz, llegaron a nuestras playas las reverendas Hermanas de San José, de Tarbes, ya nuestra Congregación estaba planeada, echados estaban sus cimientos, pues tenía más de un año de vida el Hospital de San José de Maiquetía, y sirviéndole estaban de fijo las que habían de ser primeras piedras del Instituto. Solamente faltaba que se instalara allí la Madre Fundadora, bajo cuya dirección se trabajaba, y empezar la vida de comunidad, lo cual se verificó tres meses más tarde, cuando hubo llegado el Padre Fundador, quien había salido en mayo de viaje para Europa. La señorita Chapellín, acompañada de varias de las señoritas que estaban preparándose para formar con ella nuestra Congregación, recibió y agasajó muy complacida a las reverendas Hermanas de San José, de Tarbes, cuando al día siguiente de su llegada visitaron el Hospital de Maiquetía.*

*Y si la Madre Emilia inició la vida religiosa en Venezuela y vivificó la primera Congregación con sus heroicos sacrificios, le corresponde naturalmente velar por que la vida religiosa florezca en el país, y como si Nuestro Señor se complaciera en que ejercitase ese privilegio, viviendo aún tuvo el consuelo de hospedar por varios días en su Pequeño Hospital, Casa-Cuna de la Congregación, al segundo grupo de religiosas extranjeras que venían a trabajar por Dios en nuestra patria, las reverendas Hermanas de Santa Ana, y después a nuestra Casa Madre han llegado, para desde allí arreglar sus fundaciones, más de un grupo de religiosas que venían a establecerse en Venezuela. Así a las reverendas Hermanas Salesianas, así a las reverendas Hermanas Adoratrices, así a otras han podido las Hermanitas con gran contento ayudar.*

*Bendito sea el Señor por tanto bien como nos concede en atención a nuestra venerada Madre Emilia. Ahora usted Madre querida, reciba benévola la parte que he puesto en este trabajo que, estimulada por la Obediencia y tanta ayuda del buen Dios, he terminado. Quiera nuestra amada Fundadora bendecirlo desde el cielo, para que produzca los frutos que usted de él desea.*

*Afectísima hija en Cristo,*

*Sor H. de San José.*

*Carora, mayo de 1940.*



## TODO POR JESUS

### A MANERA DE PREÁMBULO

La maravillosa fecundidad de la Iglesia nos invita a cada momento a admirar alguna nueva flor de su jardín ¡Las hay tan bellas!... Más bien dicho: bellas lo son todas, pero a cada cual, según su carácter y condiciones, le agrada especialmente alguna de ellas, y le encuentra encanto particular. En unas se admiran los brillantes colores con que la gracia las hermosea; en otras, la fragancia que difunden sus virtudes; en no pocas, la sencilla y amable santidad que suavemente nos mueve a imitarlas.

De una de esas flores sencillas y atractivas contemplaremos algunos de los bellos carismas con que Dios la adornó, y aspiraremos el perfume que sus virtudes nos dejaron, para animarnos con su ejemplo a sembrar en nuestras almas esas bellas y odoríferas flores que tanto glorifican a Dios; que dan a la Iglesia y a la Patria honra y alegría, y a quien las practica le valen eternos premios del cielo.

¿Y quién es la flor preciosa cuyos perfumes y virtudes son tantos?

Es una de las almas que más han procurado en Venezuela la gloria de Dios, salvando a muchos pecadores y auxiliando a innumerables enfermos y pobres, ya por sí misma, ya por medio de la Congregación religiosa que fundó. Se llamó en la tierra Emilia Chapellín Istúriz.

Para dar una idea de la influencia que ejercían sus virtudes, vamos a anteponer a la corta biografía que podemos trazar, un episodio sucedido en 1921.

A principios de agosto de ese año, la Superiora General de nuestra Congregación, que para entonces era la reverenda Madre Providencia de San José, envió dos Hermanas a Curazao, para cierta diligencia que se tenía que hacer allí. Las Hermanas llegaron a una de las Casas que en la Isla tienen las Hermanas Terciarias Franciscanas holandesas, de la Congregación donde Emilia, unos treinta y cuatro años atrás, había hecho los primeros ensayos de vida religiosa. Estas Hermanas conocían ya a las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, que las habían visitado algunas veces en sus viajes a Maracaibo, y las dos viajeras fueron recibidas y agasajadas con religiosa bondad. A veces les decían:

-Ustedes son algo nuestro; porque su Madre Fundadora sacó de aquí lo que les enseñó a practicar.

Terminado el asunto que había llevado a las Hermanitas a Curazao, y un poco angustiadas porque no había vapor para volverse a Venezuela, la Superiora de la Casa, como queriendo mostrarles que no les eran molestas, díjoles:

-Muy bueno que estén aquí el domingo. Las voy a llevar al otro colegio, donde estuvo su Madre Emilia. Allí hay Hermanas que la conocieron, y también algunas Hermanas venezolanas.

Y la tarde de aquel domingo fue de imborrable recuerdo.

En el grandioso edificio que para internado tienen las Hermanas Franciscanas holandesas en las afueras de la ciudad, bastante lejos de ella, admiraron las Hermanitas muchas cosas; pero nada les causó tanta sorpresa como el vivo recuerdo que allí había de nuestra amada Madre Fundadora.

A ese colegio no habían llegado las Hermanitas nunca, y no eran conocidas. Fueron presentadas como "Religiosas de Venezuela", y las religiosas hijas de este país, que allí vivían, salieron contentísimas a saludarlas.

En la afectuosa conversación que siguió, se habló de cierta joven venezolana que deseó, y no pudo ser religiosa entre ellas; se habló de la inolvidable Emilia Chapellín, y fue mucho el contento de aquellas buenas Hermanas al saber que las Hermanitas de los Pobres habían sido fundadas por ella.

Una religiosa dijo:

-Miren: allí viene Sor..., que conoció a Emilia.

Y a la que llegaba ignorando de qué se trataba, le preguntan de pronto:

-Sor... ¿Usted se acuerda de Emilia Chapellín?

Y con qué expresión de alegría dijo la recién llegada: -¡Emilia Chapellín! ¡Si! ¿Qué se ha hecho?... ¿Dónde está?...

- ¡Oh! - le dijeron- ¡Ella murió hace tiempo!

- ¡Pobrecita! ¡Tenía muy poca salud!... ¡Pero era tan buena!... Deseaba mucho ser religiosa y quedarse con nosotras, pero la salud se lo impidió.

-Nuestro Señor la quería para una cosa más grande- dijo una Hermanita.

- ¡Más grande!... Ella quería ser religiosa...

- ¡Oh, sí! Fue religiosa, y aun fundó una Congregación. Vea: Estas Hermanitas son Hijas de ella.

- ¡Sí ¡Así tenía que ser! ¡Era tan buena! Aquí siempre ayudaba a cuidar a las colegialas que se enfermaban; y en cuanto una se sentía mal, ya pedía a Emilia. Le decían la "Hermana de la Caridad".

Como después veremos, la madre de Emilia, fallecida ya cuando la joven fue a Curazao, también le daba ese dulce nombre; lo cual no es probable supieran las niñas de aquel colegio. Hay que convenir en que algo notable veían todos en la caridad de ella.

-Pero todo eso es muy sencillo..., casi trivial...

-Sí, es muy sencillo... y muy extraordinario en su sencillez.

Reflexionemos un poco. Una joven extranjera entra en una Congregación con deseos de ser religiosa; su salud delicada se lo impide, y siete meses después tiene que salir y regresa a su patria. En la Casa donde estuvo no la conocían antes ni la vuelven a ver más. ¿Cómo sería, pues, el encanto que esa joven deja tras sí, cuando treinta y cuatro años más tarde se recuerda con tan cariñosa admiración y se alaba con tanto entusiasmo?

¡Treinta y cuatro años no son tres días! Una persona con quien se ha vivido tal vez muchos años, muere o se va lejos: ¿qué impresión causan sus recuerdos treinta y cuatro años después?

Todos lo sabemos. Y si en vez de ser una persona muy conocida, tal vez pariente, es una persona a quien sólo hemos visto unos meses, ¿quién la recuerda más, si no ha habido en ella algo en verdad notable, que llame poderosamente la atención?

Así sucedió con los que trataron a Emilia. Dios estaba con ella, porque ella amaba a su Dios y le era fiel; y el perfume de sus virtudes, embalsamando el ambiente que la rodeaba, llevaba los corazones a Dios y dejaba imperecedero recuerdo.

Adentrémonos ya en el estudio de los principales rasgos de su vida, alabemos al Señor por lo bueno que encontremos y procuremos apropiarnos la parte de sus virtudes que cada uno pueda imitar.

# CARIDAD EN ACCION

---

Biografía de la Sierva de Dios

Madre Emilia de San José

## **CAPITULO PRIMERO**

### **CARIDAD Y SÓLIDA PIEDAD DE SUS PROGENITORES, NACIMIENTO DE EMILIA.**

Caracas, la bella ciudad capital de la República de Venezuela, siempre risueña y atractiva, siempre amable y acogedora, se extiende en un fecundo valle de su mismo nombre. Hoy, por su desarrollo de gran urbe, no cabiendo ya en él, trepa graciosa por la falda del Ávila y laderas de las montañas que la circundan, presentando variados y sorprendentes golpes de vista que nunca se cansan los ojos de admirar.

En la segunda mitad del siglo pasado era mucho más reducida. Las crónicas de la época nos dicen que el carácter de sus habitantes era muy noble, virtuosas sus costumbres y dados a la piedad. En estos tiempos, y en este medio, se desarrollaron los sucesos que vamos a narrar.

Entre las familias más virtuosas que había entonces en Caracas, descollaba la familia Chapellín-Istúriz, destinada por Dios para dar al mundo un hermoso y más notable ejemplo de virtudes heroicas, y a la porción escogida del Señor, los pobres, una tierna y cariñosa madre en la persona de su privilegiada hija Emilia. Familia noble y de no escasos bienes de fortuna, era mucho más noble y rica por los inestimables bienes de las virtudes, que dan la verdadera nobleza.

Los piadosos padres, Ramón Chapellín y Trinidad Istúriz, unidos en santo matrimonio el 30 de enero de 1845, estaban, dicho está, sólidamente fundados en la verdadera virtud. Especialmente tenían arraigado en sus corazones el amor a Dios y al prójimo, virtudes esenciales que forman el cimiento y son al mismo tiempo corona de la verdadera vida cristiana, pues, según dijo Nuestro Señor Jesucristo, en ellas está cifrada toda la Ley.

Como la caridad es fuego y no puede estar ociosa tenía necesariamente que expansionarse en actos; y por eso, como en santo desafío, volaban los dos ejemplares esposos adondequiera que había una necesidad para socorrerla, y se les veía acudir a donde había que enjugar lágrimas, o endulzar amarguras, o restañar heridas. Naturalmente los pobres se llevaban la mejor parte de su tema caridad y compasión.

Y no por emplearse en estos santos ejercicios descuidaban los deberes de su estado y posición social, que en este caso sus trabajos no hubieran sido virtuosos; sino que con sumo esmero atendían al cuidado y educación de los doce hijos con que el Señor bendijo su unión.

Y difundiendo en ellos los aromas de sus virtudes y buenos ejemplos, velan, con gran consuelo de sus almas, cómo en los tiernos corazones se iban copiando, rasgo por rasgo, todas las bellezas de virtud que a diario presenciaban que siempre el ejemplo de los padres es decisivo en los hijos y lo que aprenden de ellos en la infancia es lo que en la vida suelen practicar.

Es regla casi sin excepción: para que los hijos sean virtuosos, tienen los padres que serlo. La ciencia no se aprende sin maestro: la virtud tampoco; y los padres son los mejores y casi insustituibles maestros de virtud.

Tomad cuántas vidas de santos, no mártires, os vengan a las manos: veréis que todos generalmente abrieron sus ojos a la luz en un hogar muy cristiano o tuvieron la suerte de verse desde la infancia rodeados de ejemplos de virtudes. Más tarde podrán los hijos sobrepasar la virtud de los padres, como muchos discípulos sobrepasaron el saber del maestro: después de haber oído de él y de haberse asimilado los principios y las reglas de la ciencia o del arte; de haber aprendido a pensar, a investigar, a trabajar, hicieron grandes obras de arte o lograron prodigiosos inventos; pero sin el buen maestro, el artista o el sabio no hubieran existido; sin las enseñanzas y ejemplos de virtud, no existiría el buen cristiano. ¡Dichosos los hijos que tienen padres virtuosos! ¡Qué fácil les será el camino de la virtud, de la santidad!

Así fue con los hijos de la familia Chapellín-Istúriz. Entre ellos, la pequeña Emilia, escogida por Dios para una obra muy grande, sintió por la virtud singulares atractivos. El Señor se complació en rodearla de una cariñosa solicitud, y adornó su inteligencia de claridad y delicadeza muy exquisitas.

Vino al mundo esta hermosa alma el 7 de diciembre de 1858, fue el noveno vástago de la distinguida familia, y recibió las aguas del santo Bautismo el 12 de enero de 1859, de manos del reverendo P. Gaspar Yanes, Cura interino de la catedral. Sus padrinos fueron Miguel Chapellín y Manuela Istúriz.

El germen de todas las virtudes que el Señor infiltró entonces en su corazón, fue siempre desarrollándose y creciendo al calor e influjo de la gracia divina, y produciendo con el tiempo óptimos frutos de perfección, mediante la no interrumpida correspondencia de Emilia a la moción de la gracia.

## CAPITULO II

### DE TAL ÁRBOL TAL FRUTO.

#### RASGOS DE CARIDAD DE LOS PADRES DE EMILIA

Dos casos de gran edificación y que a lo vivo muestran los hermosos sentimientos de los padres de Emilia, vamos a referir. Ellos nos darán una idea de los preciosos ejemplos de virtudes que veían practicar los felices hijos de aquel hogar modelo, y comprenderemos cómo empapándose sus tiernas almas con tan precioso riego, dieron más tarde algunos de ellos invalorable frutos de virtud no común: que es natural que las buenas cualidades de los progenitores pasen a los descendientes, así como las taras se perpetúan con frecuencia en el linaje.

Estando, pues, en una ocasión la familia Chapellín en Cúa, dirigíase don Ramón desde su hacienda a la casa de familia, cuando vio al pie de un árbol a una pobre anciana tullida. Llamóle la atención que permaneciera allí; tal vez ya la había visto a la ida, y suponiendo que algo necesitaba, bajó del caballo, se acercó a ella y pronto conoció que, rendida y exhausta de fuerzas, había caído a la vera del camino sin poder llegar al punto donde se dirigía. Saludándola cariñosamente le preguntó qué le sucedía, adónde iba, qué esperaba...

Es de suponer la sorpresa de la anciana y la prisa que se daría a contarle su historia. La atención compasiva es la limosna que más agradecen los pobres; mucho más que la limosna material que se les da, porque en la pobreza y el desamparo, más que el cuerpo sufre el corazón.

Contóle que ella era sola y enferma; se hallaba en extrema pobreza, y para no verse oprimida por la miseria, había emprendido el viaje con la esperanza de mejorar de situación..., pero con el cansancio del camino se le agravó el mal, y allí estaba sin poderse valer ni caminar, esperando que Dios tendría piedad de ella y le enviaría socorro.

Conmovido estuvo escuchándola el buen señor, quien, determinándose pronto, dijo:

-Pues el socorro que espera, Dios se lo envía conmigo. Y en pocas palabras le propuso llevársela a su casa, donde sería atendida.

La anciana casi no comprendía. ¡Qué admirable bondad la de tan fino caballero! Cuando se convenció de que él deseaba protegerla, aceptó su noble ofrecimiento llena de íntima gratitud.

Inmediatamente don Ramón dio orden a uno de sus criados para que dispusiera la traslación de la ancianita con la menor incomodidad posible, pues la casa de familia estaba lejos.

¡Qué sorpresa para todos en la casa, cuando ven llegar al dueño de ella acompañado de su protegida! ¡Cómo lo rodean, le interrogan y lo colman de caricias! Bien se las merecía este admirable bienhechor de los pobres.

La anciana enferma y desvalida que tanto había sufrido bajo aquel árbol, donde se supone hubo de pasar también algunas noches, sentíase entonces afortunada. Llamábase Teresa. Acogida amablemente por la cristiana familia, ya no se separó de ellos hasta la muerte, viviendo diez años aún bajo el peso de su terrible dolencia, siempre asistida con gran esmero, y atrayendo sobre sus bienhechores copiosas bendiciones del Padre celestial.

El otro caso muestra en especial la caridad compasiva de doña Trina.

Una vez acertó a pasar por delante de la morada de los esposos Chapellín una tropa que marchaba sin duda para el campo de batalla, pues éstas se daban con frecuencia en aquellos días de discordias intestinas. Estando en la ventana la señora de Chapellín y sus niñas, vieron un pobre soldado que, desfigurado por la enfermedad y extenuado de cansancio, apenas podía caminar, pero que, sin embargo, casi arrastrándose seguía a la tropa.

Fuertemente latió el corazón de la compasiva señora, y saliendo a toda prisa, fuese al encuentro del soldado y le habló preguntándole si le sería posible obtener licencia para que entrara en la casa y se hiciera algún remedio.

Lleno de agradecimiento el militar contestó afirmativamente, y enseguida se dirigió a su jefe solicitando el permiso, que él le otorgó al momento, y aun le permitió quedarse si los señores insistían en ello. Entonces era gran suerte para un enfermo hallar ocasión como ésa, pues la ciudad de Caracas no tenía hospitales.

Muy contenta la caritativa señora por la licencia concedida, hizo entrar al pobre soldado; mandó que le dieran alimento, y entretanto se fue al alto de la casa y arregló una pieza independiente para su huésped, lo hizo subir a ella y, apenas acomodado, llamó al médico. El doctor declaró que el enfermo estaba grave; sin embargo, prescribió las fórmulas convenientes para darle siquiera algún alivio, y desde ese momento la enfermera fue su misma bienhechora.

Dos meses largos corrieron, y el pobre soldado se agravó cada vez más. Solícita, procuró doña Trina que a tiempo se confesara y recibiera la Extremaunción; y luego de recibidos los santos sacramentos le prodigó sus cuidados hasta que el enfermo entregó su



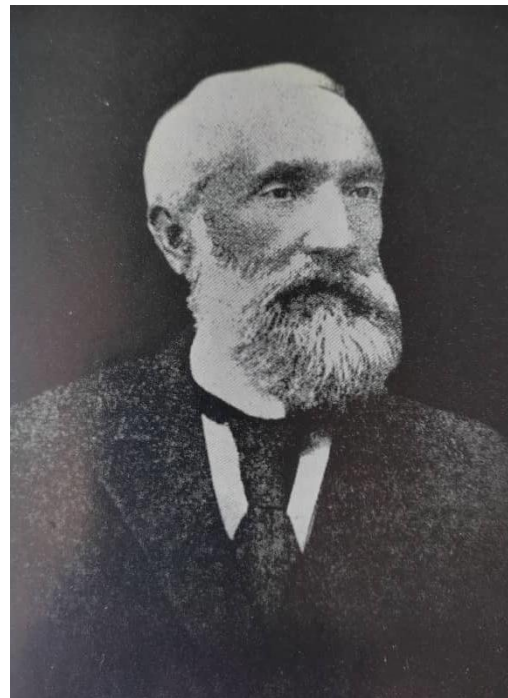
espíritu al Creador. No hay que añadir que ella se encargó también de todo lo necesario para que recibiera cristiana sepultura.

Ante estos hechos escogidos entre mil, ya podemos figurarnos quiénes eran los esposos Chapellín-Istúriz, de cuán grande talla su virtud y cuán amados de Dios serían. En su casa jamás faltaban pobres, y ninguno que tocara a sus puertas era despedido sin socorro. Dios los premió largamente ya en esta vida con el premio mejor que pueden recibir los buenos padres: ser honrados por hijos de grandes virtudes.

No fue, pues, extraño que, de ese edificante hogar, como precioso fruto, saliera la admirable mujer que, inspirada por la más ardiente caridad para con el prójimo, fundara en Venezuela, nuestra cara patria, una Institución que lleva por timbre de nobleza el título más simpático que hasta hoy hemos conocido, y que encierra todas las grandezas precisamente en ese dulce diminutivo: "HERMANITAS DE LOS POBRES".



Doña Trinidad Istúriz de Chapellín



Don Ramón Chapellín Ochoteco

## CAPITULO III

### PRIMERAS VIRTUDES DE EMILIA

Desde pequeñita se distinguió Emilia entre sus hermanitos por su carácter apacible y cariñoso. Jamás se la vio disputar con ellos, y menos altercar o reñir. Pero no nos engañemos; no creamos que, si cedía a sus exigencias y pequeños caprichos, tan imperiosos a veces en los niños, fuera por blandura natural o flojedad de genio. No pudo ser así, pues nos consta que alguno de sus hermanos tenía el genio muy fuerte, y..., la misma sangre corría por sus venas. De sus padres tuvo que heredar el carácter enérgico y emprendedor que demuestran sus hechos; ya que sin él no hubieran podido cumplir de modo tan perfecto como lo hicieron con sus grandes obligaciones de estado y con las muchas obras de caridad a que dieron cima. La apacibilidad y condescendencia de Emilia nacían de su virtud, y Dios sabe los esfuerzos que le costaron y las calladas luchas que sostuvo consigo misma.

Es muy común creer que los santos nacen santos y que al venir al mundo ya se lo traen todo hecho; pero no es así. Sin duda que Dios los previene con su gracia; influye en ellos el medio en que viven, las enseñanzas que les dan, los ejemplos que ven; pero a eso ha de aunarse el trabajo personal, que corresponde a la gracia de Dios, que aprovecha los demás medios, que constantemente lucha, se sobrepone a las dificultades y vence al fin, llegando a la santidad.

Desde ese punto de vista hemos de mirar las virtudes que iremos descubriendo en Emilia, porque es el verdadero. Disfrutando desde pequeña de clara inteligencia, se fue asimilando las verdades de la Religión a medida que fue conociéndolas, y empezó a vivir vida de fe; la caridad echó también muy pronto raíces en su alma, y a lo que la caridad le inspiraba iba adecuando su conducta, y a todos, en lo posible, procuraba complacer.

Además, como al paso que el conocimiento y amor de Dios crece en un alma va ella teniendo en menos las cosas y bienes de la tierra, esta niña, que iba aprendiendo a fijar sus deseos en los bienes del cielo, se esforzaba en irse despegando de los de acá; empeño al cual se prestaban maravillosamente los continuos actos de propio vencimiento y pequeñas renunciaciones que ha de hacer quien se propone tratar siempre al prójimo con caridad y dulzura.

Modelo de amor filial, Emilia amaba tiernamente a sus buenos padres. Para ellos eran sus más delicadas caricias, prodigándoles esas mil atenciones y finezas que el amor filial inventa y consuelan tanto a los padres en los múltiples sacrificios que por sus hijos tienen que hacer.

Los esposos Chapellín-Istúriz, que no perdían ocasión de bien formar e inclinar a la virtud a su numerosa prole, viendo aquel corazoncito tan sensible a sus cuidados, tan abierto a las buenas enseñanzas, lleno de grandes ideales y ávido de virtudes, tenían por muy dulce ocupación dedicarle sus más solícitos desvelos.

Correspondía la niña y aún superaba las esperanzas de los padres, quienes admiraban en ella un no sé qué de grandeza y distinción, raro candor, y una inclinación tan grande a Dios, a todo lo bello, a todo lo noble, que les ensanchaba el corazón, haciéndoles prorrumpir en alabanzas y acciones de gracias al Dios de toda misericordia, y cada día con mayor solicitud velaban por aquel tesoro que se les había confiado.

Desde su más tierna edad y en unión con este conjunto de bellas cualidades y buenas disposiciones, empezó a despuntar en Emilia tal finura y modesta gentileza en el trato para con todos, ricos y pobres, que las personas que la oían por primera vez se sentían atraídas por su virtud y buscaban ocasión de tratarla de nuevo. Indicios ciertos de que estaba destinada por Dios a ganarle almas por medio de la suavidad y encanto de su conversación y cristiano trato, que es el camino más llano para ganarse los corazones y llevarlos al bien.

Así, sin saberlo, iba preparándose la amable niña a su futura misión y practicando lo que más tarde había de enseñar. Apacibilidad de carácter, desprendimiento de miras terrenas, elevación de ideales, trato bondadoso y afable; cualidades son éstas que, usadas constantemente bajo la mirada de Dios, se hacen indispensables a las "Hermanitas de los Pobres", destinadas a ser como lazo de unión entre los pobres amados a quienes abnegadas asisten, y los ricos buenos, que estimulados por ellas practican la caridad dando sus limosnas. Y han de ser también estímulo y ayuda en el camino del bien para muchísimas almas que se asocian a sus obras de caridad prestándoles su concurso, y haciéndose participantes de los premios que el buen Dios les prepara.

## **CAPITULO IV**

### **PRIMERA COMUNION**

### **ENFERMEDAD Y PRONTA CURACION**

Tranquilamente veía Emilia transcurrir los días de su vida de niña, ilustrando su inteligencia cual correspondía a su elevada posición, y entregada con ahínco a los estudios y trabajos propios de su sexo y condición social, y a las buenas obras que su edad le permitía hacer.

¿Y no se cuidaba Emilia de buscar la perfección? ¿No aspiraba a ella?

¡Oh, sí, con todo empeño! Aquella alma tan bien dispuesta, tan dócil a la gracia, a medida que iba conociendo a Dios, iba esforzándose por agradarle más, y para ello procuraba cumplir exactamente sus deberes con el mayor esmero, con la fidelidad mayor.

¡La exacta fidelidad a los deberes, cumplidos por agradar a Dios! ¿No es ése, para cada alma, el camino de perfección más seguro?

Naturalmente, en la época de su vida en que vamos estudiando a Emilia, su perfección no podía ser sino la tendencia sostenida a conseguirla, y según la medida de la gracia que iba recibiendo de Dios. Aún era muy niña. Su deseo de perfección y sus trabajos por alcanzarla tenían que ir creciendo y avivándose cada día, como efectivamente sucedió. Mas, para consuelo nuestro, la que después había de ser espejo y modelo de almas ansiosas de perfección, está enseñándonos desde los albores de su vida que la perfección es muy asequible teniendo buena voluntad de servir a Dios, y amarle, y cuidando de agradarle en todo.

Si, la perfección es asequible con la carencia de manifestaciones extraordinarias, como éxtasis, milagros, etc., que no hacen al santo, sino que son como un adorno de la santidad en aquellas almas a quienes Dios place concederlas, y de quienes se vale generalmente como instrumentos para algún fin en sus designios impenetrables.

En Emilia no hay nada en lo exterior que no sea sencillez. Extraordinario sólo se ve en ella el espíritu de fe sobrenatural que la guía y se muestra en todas sus obras (conducta que debería ser la ordinaria de todo cristiano), y el amor a Dios: ese amor que propiamente nunca se debería llamar extraordinario, pues deberíamos amar sin medida (ya que con amor infinito no podemos) al Ser infinito en quien todas las perfecciones se encuentran, y a quien lo debemos todo y merece infinita reverencia, honor infinito, e infinito amor.

Llena de estos pensamientos familiares a los santos, iba creciendo en Emilia el amor a Dios, y era grande, muy grande ya de niña, su predominante, su único deseo de amarle más y consumirse en su servicio. Su delicadeza de conciencia, siempre notable en ella, se iba acendrando naturalmente, y era cada vez más cuidadosa de no desagradar en nada al Señor. De ese modo iba preparándose a su primera comunión.

Instruida convenientemente y penetrada de esa seria madurez de que suelen ser dotadas las almas grandes, llegó para ella el día inolvidable, sin igual en la vida; y pura, ingenua, inflamada en el santo deseo de gustar de Jesús, el buen Amigo de los niños, se acercó al altar santo... Jesús, el dulce Jesús, la encontró hermosa, y para siempre tomó posesión de aquella alma en quien había fijado sus divinos ojos, para no apartarlos jamás.

Muy dulce fue aquel primer encuentro para Emilia. ¡Cuánto lo había deseado!... Si nos hubiera sido posible sondear entonces aquel corazón tan bello, ¡qué de cosas admirables habiéramos descubierto!...

Sabemos que se dispuso cuidadosamente, que amaba al Señor... y que el Señor, en la medida que encuentra el amor y la disposición en un alma, derrama en ella sus gracias cuando en la Santa Comunión la visita... Lo demás se comprende. Emilia recibió las efusiones del amor incomparable de Jesús; Jesús se dejó gustar de ella; y en sus transportes de júbilo y de gratitud inmensa, ella se entregó sin reservas a su amor y le juró fidelidad para siempre.

Jesús así lo quería, así lo esperaba. Y como sus mercedes siempre sobrepasaban a cuanto nosotros le ofrecemos, le dio en retorno abundancia de luz y fuerza para correr en adelante por el camino de la virtud.

No son estas suposiciones sin fundamento: su ulterior comportamiento lo atestigua. Cuando Jesús se ha dejado gustar de un alma y ella quiere ser fiel, ya nada puede borrar del corazón aquella impresión suavísima, al mismo tiempo tan fuerte para impulsar a la virtud; y es imposible que se detenga en el camino del amor... y del sacrificio, que siempre va en su compañía. En adelante siempre veremos a Emilia ansiosa de recibir a Jesús Sacramentado, y el fervor y recogimiento de sus comuniones serán nota característica de toda su vida; y también la veremos ansiosa de atestiguar a Jesús por continuos sacrificios, la verdad de sus promesas y la firmeza de su amor.

Habiéndose trasladado por estos días la familia a Cúa, donde tenía ricas posesiones, enfermó Emilia gravemente; como si Nuestro Señor se hubiera apresurado a presentarle ocasiones de mostrar su fidelidad y sumisión a la voluntad divina, para que empezara a aprender en la práctica esa importante ciencia que después había también de enseñar.

Y, ¿no querría nuestro Señor que esa alma privilegiada probara el rigor de la enfermedad y los sufrimientos que ocasiona, para que luego tuviera mayor compasión de los pobres enfermos que vería padecer; para que como madre amorosa los asistiera, y procurara infundir ese amor y compasión en las hijas espirituales que un día le quería dar?

Es muy probable. Viéndola bien dispuesta, la Bondad divina se contentó por entonces con una prueba pasajera, y tan pronto como la niña regresó a su ciudad nativa recobró la salud por completo, convirtiéndose poco a poco en una joven sana y robusta.

## CAPITULO V

### JUVENTUD DE EMILIA. AMOR Y COMPASION A LOS POBRES. SU PIEDAD.

Hemos llegado con Emilia a la época de la vida en que la niña, convirtiéndose en mujer, despliega sus alas al sol de las ilusiones. Su cielo luce hermoso como en las bellas mañanas, a la llegada del astro rey, luce deslumbrante el horizonte con los vívidos celajes que lo adornan, prometiendo un día espléndido a quien embelesado lo contempla.

Es la edad de los fervidos anhelos, de los grandes ideales. ¡Feliz el alma que en esa época decisiva se encuentra llena de bellos sentimientos y tiende a los ideales nobles, a los anhelos santos!

Tal fue Emilia. No hay indicio ninguno de que los hálitos maléficos del mundo empañaran ni por un momento su inocente y hermoso corazón. Habiéndole cabido en suerte tan excelentes padres, educada sólidamente, creciendo rodeada de tantos ejemplos de virtud y en la práctica de la verdadera piedad, sólo al bien aspiraba. Por su dicha heredó plenamente la caridad que embellecía el corazón de sus padres y la compasión por los que sufrían, y en el amor de Dios y del prójimo necesitado hallaba pábulo nobilísimo la actividad de su alma, y sus ilusiones no eran otras que socorrer, por agradar a Dios, al mayor número posible de necesitados, y sus anhelos, crecer en perfección.

Para nada echó de menos los insulsos entretenimientos en que suelen desperdiciar el tiempo muchas jóvenes de su edad. Para el necesario esparcimiento de ánimo, bastábanle los sencillos goces de la familia, que tanto amaba, y de la cual era tan amada como su buen comportamiento merecía.

Con este tenor de vida, tuvo la suerte envidiable de conservar puro su corazón, y su alma libre de multitud de manchas desagradables a los divinos ojos. ¡Ah!, ¡dele gracias infinitas a la divina Bondad quien en parecido caso se halle! Que, si es cierto que el Padre celestial siempre acoge amoroso al hijo pródigo, y goza infinito el divino Pastor al hallar la oveja perdida, y que hay más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia, es todavía una dicha incomparable, aunque no nos hagan fiestas, el no haberse apartado nunca del Padre amantísimo ni haberse huido de los brazos del dulcísimo Pastor.

Hemos dicho que Emilia, emulando a sus buenos padres, amaba y compadecía a los pobres. Como el imán atrae al hierro, atraían a su corazón las miserias y sufrimientos ajenos.

Sentíase tan atraída por los desamparados, que el ser pobre, necesitado y afligido, el ser desechado de los hombres por sus enfermedades y harapos, eran otros tantos títulos para tener derecho a sus más amorosas atenciones y desvelos. Era como si las llagas y miserias dieran voces que repercutían en su alma estimulándola a remediarlas.

Dios, que no se olvida de los que sufren y lloran sin tener adónde volver los ojos en busca de consuelo, puso en el alma de aquella jovencita de quien no se apartaba su mirada, un rayo de su caridad infinita, un destello de su misericordia; porque la había escogido como instrumento de su bondad y compasión.

Le ha encomendado un apostolado de caridad, y sería ella tan fiel en ejercitarlo, que su corazón no sosiega cuando sabe que alguien sufre, hasta que no consigue darle alivio y consuelo. A un acto de caridad ejercido sucédele otro y otro, y a medida que el amor de Dios crece en su alma, se fatiga más y más por aliviar miserias, y por curar las dolorosas llagas físicas y morales que va conociendo.

El Señor, que la iba preparando para su futura misión, no le escaseaba las ocasiones de ejercitar su caridad exquisita, ni tampoco las de abnegarse y renunciarse a sí misma, que son inseparables de ella. Emilia se las imponía gustosísima, llegando a olvidarse de sí, para vivir sólo aliviando a sus semejantes.

Otra cosa notable se ve en este tiempo en la joven Emilia, y es el celo con que procura inclinar a sus hermanos a hacer el bien. Ella no se repliega sobre sí misma, sino que difunde los rayos de su caridad y quiere prender en ellos a los que ama, para que consagren también sus afanes a los pobres y tomen parte en la gran misión de que se siente investida.

Por eso se hacía acompañar de sus hermanitos en sus correrías, cuando iba a curar las llagas de algún enfermo, a auxiliar a otro tal vez agonizante, a quien piadosamente acompañaría hasta cerrarle los ojos; y todos, siguiendo su ejemplo, procuran consolar a los que sufren.

¿Cómo alcanzó Emilia tal ascendiente sobre sus hermanos, siendo casi la más pequeña entre ellos? Es que su hondad atractiva se los ganaba: la amaban mucho y la complacían..., y tal vez, sin confesárselo, tenían que rendirse al influjo de su virtud y al don de mando, de dirección, que ya el Señor le iba comunicando para adiestrarla en él.

Como tenía muchos protegidos a su alrededor, ya para llevar comida a alguna familia pobre, ya para socorrer al que sabe necesita de más cuidado, ponía con graciosa naturalidad sobre la mesa una taza donde cada uno de sus hermanos podía depositar parte de su propio alimento, que ella recogía después con aire de triunfo; y luego, para llevarlo a sus pobres, siempre iba con alguno de sus hermanitos que se gozaba en acompañarla.

Ciertamente no tenía ella necesidad de pedir estas contribuciones; pero lo hacía como feliz estratagema para asociar a todos los suyos a las buenas obras en que se ocupaba e inclinarlos con más eficacia a la que se llevaba su predilecta solicitud.

¿No es natural que amando tan de veras a sus hermanos y procurándoles cuanto podía el bienestar y el contento, les procurara con mayor empeño aún los premios eternos que habían de hacerlos felices en la otra vida? Quien en lo posible no procura ese bien a los suyos, ¿los ama de verdad?

A veces no puede hacerse... o se puede hacer muy poco, porque hay almas refractarias al bien; pero siempre... El *quid*, el secreto, sería ganárselas primero a fuerza de atenciones delicadas, de celo dulce y paciente; de beneficios y de amor. Muy mala ha de ser el alma que a tanto resista. Entonces no queda más recurso que la oración.

¡La oración! Mucho hemos tardado en decir el encanto que en ella tenía Emilia, y lo constante que era en practicarla; aunque dicho está que el alma que ama a Dios ha de hallar encanto en comunicarse con Él, ya que la Bondad infinita se complace en recibir de sus pobres criaturas el homenaje de adoración y amor que en la oración se le da, y nos eleva tanto, que familiarmente se comunica con quien le ama y le busca, haciéndole gustar inefables delicias, prenda de las que un día en el cielo le dará.

Eso, además de que la oración es indispensable para alcanzar la salvación, y para hallar luz, fuerza, y constancia para hacer cualquier obra buena. Con tantas obras de caridad que hacía Emilia, ¿de dónde había de sacar la fuerza y el gusto para llevarlas a cabo, con tantas molestias que había de pasar para ello, sino de la oración, que dulcemente gustaba de su Dios y avivaba el fuego de su amor?

Sí, Emilia era caritativa porque el amor que tenía a Jesús la movía irresistiblemente a serlo. A ella le parecía que no había mejor medio de probar su amor a Dios. ¿No ha dicho Jesús que cuanto por los pobres se haga lo recibirá como hecho a Él en persona?

Después de dedicar a su Dios largos ratos de oración, donde se reconcentraba toda en aquel primer amor de su alma; después de sus intimas comunicaciones con Jesús, de recibirlo sacramentado en su corazón cada vez más purificado en el sacramento de la Penitencia, persuádese la piadosa joven que su misión es llevar a los que sufren un consuelo de parte del amor infinito de Dios... ¿Y no sería por el amor ardiente con que desempeñaba esa misión hermosa, que Nuestro Señor le concedió la merced inestimable, entonces ni soñada, de perpetuarla por medio de una Congregación dedicada a la caridad?.

Para terminar este capítulo relativo a la juventud de Emilia, vamos a referir un tierno acto de caridad cuya imitación exacta no recomendaremos a las jovencitas, pero que nos muestra su bondad y el verdadero afecto que sentía por sus pobres.



Entre los muchos que socorría, había un niño cuya madre estaba imposibilitada de atenderlo como se debe, y nuestra caritativa joven se había prestado a ser para él como una verdadera madre. Vivía aquella pobre mujer con su hijito en una humilde choza, muy cerca de la casa de hacienda de los padres de Emilia. Una vez, en el silencio de la noche, cuando todos dormían, oyó ésta llorar fuertemente a su protegido. Deseosa de aliviarlo, se apresuró a llamar muy quedito a su hermana Mercedes y le manifestó su angustia; pero... ¿qué hacer?... Su buena madre no las dejaría salir a esa hora...

Pero la joven no puede resistir; su corazón está acostumbrado a llorar con los que lloran... y a remediarlos... ¡Nada! ¡Triunfa la caridad!

Emilia y Mercedes se levantan sin hacer ruido, van a la pobre choza y hallan al niño helado de frío, bañado por la claridad de la luna, y a la madre rendida por el sueño. Toman al pequeñito, le dan alimento, lo calientan y arrullan tiernamente hasta dejarlo dormido y abrigado lo mejor que pueden, y corren otra vez a su casa rebosando de contento sus almas.

Cómo se arreglaron las dos jóvenes para abrir las puertas atrancadas sin que lo advirtieran, y cómo tuvieron valor para salir de noche por el campo, no se comprende. Seguramente sus Ángeles de la Guarda les allanaron todas las dificultades y las acompañaron con especial cariño, al verlas tan buenas. Y si a los ojos humanos esta acción parece imprudente, recordemos que las acciones de los santos y de las almas que a la santidad suben, no siempre pueden medirse con nuestras pobres medidas, porque el amor de Dios que las anima y ayuda, las inspira y las guía, las impele a veces a prácticas de virtud que realmente nosotros no podríamos hacer sin imprudencia, pero con las cuales ellas agradan a Dios.

## **CAPITULO VI**

### **DOLOROSA PRUEBA**

En esta vida, mudable y llena de miserias, siempre hay que estar preparados a recibir algún nuevo dolor. Emilia va a tener que hacer un nuevo aprendizaje.

Hasta ahora, las penas y mortificaciones que ha sufrido, fuera del tiempo de su enfermedad, han sido las de carácter general, que todos padecen, y las que voluntariamente se ha impuesto en obsequio al cumplimiento de sus deberes, y a la práctica de sus obras de caridad. Cuando estuvo enferma, si es verdad que sus dolores no eran buscados por ella, es también cierto que esos dolores físicos son fácilmente aceptados por las almas que aman a Dios, pues ven en ellos un magnífico medio de expiación por las propias y las ajenas culpas,

y hallan un gozo inexplicable al unir sus sufrimientos, mientras más grandes mejor, a los dolores inmensos de la Pasión de nuestro Redentor amantísimo.

Otras penas bien hondas se le van preparando a Emilia, que ha de probar su amargura para que también ésas las sepa compadecer. Su madre amada iba enfermando. Hacía bastante tiempo que su salud se resentía de los ya trabajos no poco agobiantes que llevan consigo los deberes de madre de familia y ama de casa; y los más solícitos desvelos y delicadas atenciones que le dedicaron no fueron capaces de sustraerla de las garras de la enfermedad que había de acabar con su preciosa existencia. Nuestro Señor quería ya darle el premio bien ganado con sus muchas virtudes, y antes, darle ocasión de purificarse enteramente del polvo que es casi inevitable se nos pegue en el camino que de la tierra al cielo hay que pasar. ¡Feliz quien logra a fuerza de paciencia y sumisión a la voluntad divina, esa entera y deseable purificación antes de llegar al término del viaje!

Después de trasladarse la noble familia de una parte a otra en busca de mejores aires para la amadísima enferma, y en vista de que doña Trina no mejoraba, terminaron por instalarse en Caracas, donde su esposo e hijas se consagraron a cuidarla.

En especial, tres de sus hijas, Mercedes, Amelia y Emilia, tomaron a su cargo el cuidado de los alimentos y atender a las numerosas visitas que acudían sin cesar para tener noticias de la apreciada enferma.

¡Dura prueba para Emilia, que amaba tan ardientemente a su madre! Sólo el presentimiento de su cercana muerte le desgarraba el corazón. ¡Era natural! Una madre tan buena, tan digna de ser amada..., y una hija tan cuidadosamente educada por ella... y de tan sensible corazón... Era muy grande la corriente de santos afectos que entre las dos había, y la separación, el presentimiento de ella, tenía que ser dolorosísimo.

¡Pobre Emilia! Con Jesús, el Amado de su alma, sólo con Él, expansionaba su corazón, y en su presencia derramaba copiosas lágrimas; pero confortada con la oración, la tierna hija disimulaba su dolor para no afligir a su madre, y en lo posible no se apartaba de su lado. Ella había tomado a su cargo las medicinas.

Entonces fue cuando la madre cariñosa, admirada, aunque no extrañada de ver el amor y la delicadeza con que su querida Emilia desempeñaba el oficio de enfermera, empezó a llamarla la "Hermana de la Caridad". ¿Era presentimiento del corazón materno que soñaba para su hija queridísima la gloria de una entera consagración a la práctica de la más bella y grande de las virtudes? ¿O era que nuestro Señor, para consolar sus penas, le hacía entrever lo que sucedería después de su muerte, y el hermoso destino de Emilia, al cual tan fiel iba a ser?

El caso es que la buena señora se consolaba dándole el simpático nombre que tan bien le venía, y cuando necesitaba de su hija, decía siempre: "Que venga la Hermana de la Caridad".

Esta, en su humildad, no comprendía la frase, ni el nombre con que la distinguía de sus dos hermanas, y le dijo un día:

-Mamá, ¿por qué me dice usted así? ¿Acaso es por caridad solamente que yo la atiendo?

-No, hija mía -respondió la madre cariñosamente-. Es que en todo me representas una Hermana de la Caridad.

Tanto era el encanto de la virtud de aquella joven en quien la Providencia iba preparando la primera Hermana de la Caridad; mejor, la primera Hermanita de los Pobres, de Venezuela.

Dichosa la madre que, como la señora de Chapellín, al ver acercarse el momento de dar cuenta al Padre celestial de la gran misión que le confiara, ve que deja tras sí hijos virtuosos, que aprovecharon los solícitos desvelos con que los inclinó al bien; que siente en su conciencia el testimonio de haber hecho para ello todo lo posible, y que, ya terminada su tarea, puede esperar confiada el premio grande, la corona de gloria que en el cielo le guardan: porque si son grandes los trabajos que una buena madre ha de pasar, es grandísima la gloria de dar a Dios hijos fieles, honor de su Iglesia, y felices pobladores del cielo al terminar ellos a su vez las pruebas de esta vida. ¡Y siete hijos y cinco hijas había ella criado para Dios!...

Doña Trina podía estar consoladísima por la virtud de sus hijos, y en especial de Emilia, en quien veía algo muy particular, que no era otra cosa sino el modo como Dios la iba preparando al cumplimiento de sus fines, y la fiel correspondencia de la joven a las mociones de la gracia, que así la envolvía toda como en una atmósfera sobrenatural.

Emilia, por lo mismo que cuando la piedad es intensa vuelve más sensible el corazón, sufría indeciblemente viendo cómo avanzaba sin remedio la enfermedad de su madre, ahora doblemente querida.

¿Qué podría hacer ella por aliviarla? ¿Qué por obtener de Dios la suspirada gracia de la salud? Así se preguntaba la pobre hija, pidiendo al Señor le inspirara lo que debía hacer.

Ya la vida de la señora de Chapellín parecía extinguirse, y Emilia, movida por impulso natural de su filial afecto, deseaba obtener la curación a costa de cualquier sacrificio, por penoso que al corazón fuera. Pensando qué sería más agradable al Señor y le movería más a conceder la gracia deseada, resolvió sacrificarse como víctima por su amada madre y se ofreció toda a Dios en el altar de su corazón, prometiendo que, si la madre querida

recobraba la salud, se haría ella religiosa, y si podía ser, en una Comunidad que se dedicara al servicio de los pobres.

Dedicarse a Dios en el servicio de los pobres era el sueño dorado acariciado toda la vida, pero que le había parecido irrealizable... y lo iba dejando en sueño... Ahora, en el afán de hacer un sacrificio costoso que le alcanzara el anhelado favor, resuelve, determina realizarlo, cueste lo que costare...

Dificultades grandísimas había, pues aún estaba fresca la sangre que había corrido del corazón de la Iglesia de Venezuela cuando fue cruelmente herida en las místicas esposas del Cordero.

Sí, hacía once años que sañuda persecución había dispersado a las inocentes esposas de Cristo haciéndolas salir de las moradas donde hallaban su paz y su contento. Las silenciosas paredes que las albergaban, testigos de su vida de oración y de sacrificio, no volvieron a contemplar aquellos holocaustos que se interponían entre la justa ira de Dios y las maldades de los hombres, para atraer sobre ellos la misericordia y el perdón.

Venezuela no tenía ya casas religiosas, que han sido y serán siempre el más bello ornato de la Iglesia Católica; focos de donde irradian rayos invisibles, pero muy potentes, de santa caridad, que purifican el mundo; efluvios de virtudes que embalsaman la atmósfera moral y la van librando de los maléficos influjos de los vicios, de los mortíferos miasmas que el pecado esparce por doquier. Nunca sabremos acá en la tierra lo que es para un pueblo, para una nación, una de esas casas religiosas que tal vez algunos ignorantes creen inútiles; la benéfica influencia que ejerce...; las gracias celestes que atrae... Si nuestra vista alcanzara a ello, nos admiraría sobre todo ver cómo, siendo objeto de las complacencias de Dios, aleja de los hombres muchas veces los castigos que la justicia divina estaba pronta a enviar. ¿No estaba dispuesta la misericordia del Señor a perdonar a cinco ciudades prevaricadoras si se hubieran hallado en ellas diez justos solamente?

Por eso es que las almas que aman mucho a Dios, naturalmente desean esconderse en una de esas santas casas, y cuando ven que el Señor quiere que se santifiquen sirviéndole de otra manera, en otro estado, por lo menos procuran emular las virtudes que en ellas se practican y unirse de algún modo a sus buenas obras prestándoles toda ayuda, con lo cual se hacen participantes de sus premios.

Por eso también, cuando un alma quiere alcanzar de la divina misericordia una gracia muy grande, y quiere para ello ofrecer un gran sacrificio, piensa, si aún puede hacerlo, en abrazar la vida de sacrificio y abnegación que se llama vida religiosa. Y esto vemos hacer a Emilia. Pero ¿dónde cumpliría ella su promesa? ¡Dios lo sabía! En El esperaba que le proporcionara el modo. Aunque impulsada por un sentimiento natural de amor a su madre, unido a la gran confianza en el poder y en la bondad de Dios, al hacer esa promesa la movía

el divino Espíritu, que tenía hecha su morada en aquella privilegiada alma. Hizo, pues, su ofrenda y guardó absoluto silencio.

## **CAPITULO VII**

### **MUERTE EDIFICANTE**

Extremábanse los cuidados para con la querida enferma; pero todo en vano. Los días que en la tierra había de pasar aquella alma que Dios llamaba a Sí, estaban contados. Hemos visto que Emilia, en un arranque de amor filial, ofreció consagrarse a Dios y darle su vida en la Religión para obtener la salud de su madre: ¿Diremos también que fue inútil su oración y su promesa?

¡Oh, no, de ningún modo! Jamás la oración toca en vano a la puerta del cielo; y si va acompañada del sacrificio, tiene enseguida franca entrada y llega sin tropiezo al trono de Dios. De allí hace siempre bajar lluvia de gracias; ahora, que Dios, Padre amantísimo, no siempre nos da lo que pedimos, sino lo que a nuestro bien es necesario. Por eso la oración del buen cristiano cuando algo pide, siempre va condicionada: "Señor, si me conviene; que Vos lo sabéis mejor".

¿Quién podría alcanzar a comprender la magnífica respuesta que dio la esplendidez del Señor a la ofrenda y al sacrificio de Emilia? ¿Qué lluvia de gracias no enviaría sobre ella, sobre la amada enferma, sobre la atribulada familia, tan necesitada entonces de socorros especiales del buen Dios para sobrellevar la gran aflicción por la cual había de pasar? Y estas gracias, ¿qué bellos actos de virtud no les ayudaría a practicar?, ¿qué caudal de méritos no les granjearía?, ¿de cuántas otras gracias no serían preparación y prenda?

La muerte iba llegando paso a paso. Convencida la piadosa familia de la triste realidad, se resignó sumisa a las disposiciones del Altísimo, y ya sólo se pensó en fortalecer con los auxilios de la santa Religión a la querida enferma. A principios de junio de 1885 recibió ella los últimos sacramentos y se dispuso con admirable resignación a morir.

La desolación se dibujaba en todos los semblantes. El amable esposo estaba inconsolable, y los caros hijos no acertaban a comprender cómo podrían sobrellevar el inmenso sacrificio. ¡Perder a una madre... y una madre como aquella!... ¡Qué inmensurable era su dolor!...

La enferma a su vez edificaba y consolaba a todos. Había empleado los días de su existencia en el servicio de Dios; irreprochable había sido su vida, y por eso en aquella hora

tremenda en que se hallaba no se la vio turbada. La paz y serenidad de su semblante reflejaban la tranquilidad de su conciencia: que no hay nada como la convicción de haber cumplido a cabalidad los propios deberes y haber bien servido a Dios, para que la hora terrible de la muerte pierda toda su espantosa incertidumbre y se convierta en tranquila y confiada espera de la vida dichosa que tras ella vendrá.

La fervorosa señora presintió la llegada de su Dios y empezó a entablar con Él tiernísimos coloquios; y momentos antes de expirar dijo con voz clara e inteligible, en un arranque de ferviente anhelo: "¡Qué ganas tengo de ver a Dios!"

¡Ver a Dios! Ardorosa aspiración de todas las almas santas, de todos los grandes cristianos a quienes la fe ha llevado hasta la hermosa caridad; anhelo puro, que crece y se agiganta cuando ya próximo a rasgarse el velo de la fe, casi se vislumbra la luz de la bella aurora del eterno día..., del día que ha de empezar cuando la noche de la vida acabe, en la hora de la muerte.

Viendo Emilia, la amorosa hija, que por instantes se acababa vida de aquella madre amantísima, a pesar de que era tan doloroso a su corazón perderla, resignóse a no recibir de su divino Dueño la gracia pedida, y se entregó por completo a su voluntad. Llegó al fin el momento terrible de hacer el completo sacrificio con la suprema despedida, y el 7 de junio de 1885, en las primeras horas de la mañana, se durmió en la paz del Señor la cristiana matrona. Su alma, sin duda, en premio de sus virtudes, fue inundada de luz en la visión beatífica, y entró a gozar de Dios por toda la eternidad.

¡Feliz ella! Mas... los que quedaban...

¡Oh momentos de dolor supremo en que se necesita todo el valor cristiano y la arraigada fe de que tras esta vida volveremos a encontrar a los que amamos y se nos adelantan en el camino de la eternidad! ¡Qué amargos son a pesar de todo, y cómo desgarran el alma!... ¡Ah! Sin recurso a Dios, ¿cómo podrán pasarse?

En un mar de dolor quedó sumida toda la familia Chapellín con esta irreparable pérdida. Mas, Emilia, con un valor heroico, inclinándose amorosamente sobre el cadáver de su madre, quitó el sello de sus labios y, en presencia de todos, ratificó al Señor la ofrenda de sí misma diciendo:

"¡Dios mío, te ofrecí todo mi ser en holocausto para obtener la salud de mi madre, prefiriendo sacrificarme separándome de ella para siempre, con tal de que la conservaras a todos un poco de tiempo más, y no accediste a mis deseos!... ¡Que se cumpla tu voluntad! Lejos, Señor, de retractarme de mi resolución, la ratifico en presencia de su cadáver, y desde este instante quiero ser para siempre toda tuya en la vida religiosa.

¡Acto sublime de abnegación y generosidad! Esta alma pide a Dios un favor ardientemente deseado, ofreciendo un gran sacrificio por obtenerlo; y Dios se lo niega. Entonces su fe se enardece, reconoce la infinita sabiduría de Dios, le comprende infinitamente bueno, le adora como justo y, acatando sus divinos designios y su voluntad soberana, el amor divino que arde en su pecho se eleva por sobre todo sentimiento natural, y besa la adorable mano que la hiere.

Ni por un momento piensa en no cumplir el ofrecimiento hecho; pues la fe le dice que Dios, sapientísimo y amantísimo Padre, al no concederle lo pedido, es para darle algo mil veces mejor, tanto a ella misma como a la madre querida por quien rogaba y a quien ha visto morir como a una santa. ¿No es una santa muerte gracia tan grande, si no mayor, como un tiempo más de vida que pidió para ella?

El mismo doblado anhelo que siente de entregarse a Dios en una vida perfecta toda consagrada a Él, que tanto ha de ayudarla a ganar la eterna gloria, es también una gracia inestimable a la cual, si corresponde, irán eslabonándose muchas más cada vez mayores. No, no duda. Se confía completamente a Dios. Quería ser toda suya si su madre viviera: lo será más por entero ahora que se ha roto en la tierra uno de los lazos más fuertes que a la tierra la ataban, y trasladado al cielo la tira, la atrae con impulso indecible hacia allá.

## **CAPITULO VIII**

### **INGRESA EMILIA EN UNA CONGREGACION EXTRANJERA.**

#### **REGRESO AL HOGAR.**

Dios había querido, con el rudo golpe de la muerte de la señora de Chapellín, preparar al cumplimiento de sus altísimos designios aquel amante corazón que ya le pertenecía por completo. Después de la muerte de su madre, Emilia solo se preocupaba de poner por obra el propósito de consagrarse para siempre a Jesús en la Religión; pero grandes dificultades se le presentaban, porque, como hemos dicho, no había en Venezuela Congregaciones religiosas.

Casi dos años habían transcurrido ya, y siéndole forzoso salir de la Patria para cumplir sus deseos, arrojó ese nuevo sacrificio, tanto más grande cuanto más sensible es el corazón. Mas, ¿qué sacrificio será bastante para detener un alma a la que el amor de Dios impele y está cierta de agradecerle ofreciéndoselo? Ninguno, ciertamente.

Así pues, en el año de 1887, con permiso de su confesor y de su padre, ingresó Emilia en una Congregación de Hermanas Terciarias Franciscanas, holandesas, que por entonces dirigían en Curazao un renombrado colegio en la capital y tenían en los pueblos de la Isla casas de Misiones, donde a la vez procuraban el esplendor del culto divino encargándose del cuidado y arreglo de la iglesia, repartían el pan de la instrucción y difundían la educación cristiana.

Emilia, aunque naturalmente muy apenada por tener que salir de Venezuela, sentía al mismo tiempo palpar de alegría su corazón al dirigir sus pasos en felicidad, que tenía cifrada en procurar la gloria de Dios haciendo todo el bien posible al prójimo, para salvar almas.

Pero no era allí donde Dios quería a Emilia: no era allí donde había de realizar su bello ideal. En los designios divinos, ella no iría a aumentar el número de una Congregación ya formada. Por eso la había dotado de un alma fuerte y la destinaba a una obra grande para la cual necesitaba un espíritu de temple muy elevado. ¿Cómo podía la humilde joven sospechar por entonces lo que había de ser no mucho más tarde?

En Curazao Emilia enfermó. El clima y las costumbres de aquel país extraño, de tal modo afectaron su salud que, a pesar de haber sido tan bien acogida por la Superiora y Hermanas de aquella ejemplar comunidad, y de sentirse ella muy feliz, la Superiora y un íntimo amigo de la familia Chapellín, el reverendo Padre Barat, que también se encontraba en aquella isla, hubieron de informar al señor Chapellín de que en conciencia Emilia no podía seguir en aquel clima, porque moriría muy pronto. Así pues, a los siete meses de su partida tuvo que ir su padre a buscarla.

Obediente a las inspiraciones de Dios, había ido la joven a Curazao creyendo que allí era donde había de consagrarle su vida: obediente de igual modo cuando los superiores, atendidas todas las circunstancias, le aseguran que es la voluntad de Dios que regrese a su país, se somete, y renuncia a ver por entonces realizadas sus queridas ilusiones.

Pero, en lo que suponía alejarse de su ideal, iba más bien aproximándose a realizarlo en toda su plenitud: Dios le iba allanando caminos desconocidos aún, por donde podría darle mucha mayor gloria. ¡Qué bueno es saber fiarse de Dios y dejar a su altísima Providencia la dirección de los sucesos de nuestra vida, atentos nosotros sólo a servirle con fidelidad en el momento presente, y amarle sin medida y sin cesar!

Con sentimiento propio y de sus compañeras, tal vez más todavía de las Hermanas de la comunidad que la conocieron, salió Emilia de la Casa religiosa donde pensó fijar su morada. Ya hemos visto en otra parte cuán indeleble fue la memoria que su bondad y sus virtudes dejaron allí, y cómo y con qué cariño era recordada treinta y cuatro años después.



Se sabe por algunas de sus primeras compañeras de fundación, que la Superiora de aquella comunidad, ya fuera para consolarla, ya fuera inspirada por el Señor, le dijo estas palabras al despedirla: "A usted la quiere Dios en un rinconcito de su Patria".

Vamos a ver a Emilia otra vez en el mundo.

Tan pronto como regresó a Caracas se restableció al parecer, atribuyéndose a San José la gracia de su notable mejoría. Pero, ¿qué hará ella? ¿Podrá continuar viviendo en el mundo, cuando la aspiración de toda su vida había sido abandonarlo? ¿Cómo establecer un medio entre estos dos extremos?...

Dios proveerá... Su vida entera le pertenece, y Él irá disponiendo las cosas según le plazca, como mejor sean. A Emilia sólo le toca estar dispuesta a cumplir la divina Voluntad según la vaya conociendo.

Entretanto, hay que aliviar el corazón buscándole trabajo en que pueda desahogar su fuego, y no pararse en el camino del bien; el cual tiene muchas sendas, y cada cual puede hallar la que mejor le conviene. La madre de San Fernando, doña Berenguela de Castilla (quien por tantas pruebas hubo de pasar) solía decir que cuando Dios cierra una vía hay que convencerse de que no habíamos acertado en ella, y buscar otra nueva que nos lleve a término.

A veces nuestro Señor nos cierra un camino por donde creíamos hallarlo seguramente, para hacernos ganar méritos en nuestra sumisión a sus disposiciones, y en el trabajo de buscar otro. Y eso hay que hacer; parar no debemos nunca.

Así, Emilia, viendo fallidas sus esperanzas de ser religiosa, no puede hallar reposo sino haciendo el bien, y auxiliando a los pobres. Comenzó, pues, a visitarlos en sus casas y chozas, y allí les prestaba sus servicios, consolándolos amorosamente. Si alguno de su familia enfermaba, también estaba allí incansable de día y de noche para atenderle; mas éstos no eran sino entretenimientos que ella ofrecía a su caridad... No se creía desobligada de su promesa al Señor porque no hubiera podido cumplirla en su primer ensayo..., anhelaba ponerla por obra. ¿Qué haría, pues?

Horas enteras se la veía delante del Tabernáculo pidiendo a su Amado la realización de su único anhelo, que no era otro que el de vivir sólo para Él, muy lejos del mundo, y consagrada enteramente al servicio de los que sufren desamparados. Y Jesús, ¿permanecería más tiempo como insensible a aquellos fervorosos deseos?...

No, ya se iba acercando el tiempo de atenderlos; pero era muy beneficiosa para Emilia la dilación que sufría y la espera de la gracia deseada; pues con tanto rogar y expandir amorosamente su corazón con Dios, iba creciendo en ella el espíritu de oración, tan

necesario a todas las almas que buscan la virtud, y más a quien había de ser madre y modelo de tantas otras que tras ella seguirían animosas buscando el mismo ideal. La amorosísima Providencia de Dios todo lo dispone con sapiencia infinita y de todo se aprovecha para el bien de sus hijos amados.

## **CAPITULO IX**

### **EL REVERENDO PADRE MACHADO..., OTRA ALMA GRANDE.**

Es de necesidad imprescindible que hagamos aquí un paréntesis para dar a conocer a nuestros lectores algunos de los principales rasgos de otra alma muy grande y predestinada por Dios a la ejecución de grandes obras: el benemérito sacerdote reverendo Padre Machado, fundador con la señorita Emilia Chapellín, de la primera Congregación venezolana de religiosas.

Nació el reverendo Padre Santiago Florencio Machado el 7 de noviembre de 1850, en la ciudad de La Victoria (Venezuela), y fue regenerado en las sagradas aguas del Bautismo el 22 de diciembre del mismo año. Fueron sus padres don Santiago Machado y doña Bernardina Oyarzábal. Hogar cristiano era aquél, donde sus moradores nutrían sus almas en las consoladoras prácticas de nuestra sacrosanta Religión.

Podríamos repetir aquí lo que hemos dicho respecto al honorable hogar de la familia Chapellín. Cuando veáis un alma grande que procure el bien del prójimo, que le dedique sus afanes, que sepa sacrificarse por él, como ha hecho en su meritoria vida el venerable Padre Machado, tened por seguro que esa alma vino al mundo en un hogar cristiano, porque casi siempre es así. Si queréis, pues, que las almas grandes abunden, que se multipliquen los héroes de la caridad, que la santidad florezca y produzca sus hermosísimos frutos, intensificad en los hogares la cristiana vida; la fe preciosa vivifique las costumbres y crezca así en los corazones el amor a Cristo. De ahí todas las grandezas morales, de ahí los bienes todos.

En el virtuoso hogar de los esposos Machado-Oyarzábal se practicaban y se conservaban con gran esmero las virtuosas costumbres que alimentan la piedad. Esto era, según se cuenta, como su distintivo. Así como cada piedra preciosa tiene su especial brillo, así como en cada alma santa, aunque posea necesariamente todas las virtudes (ya que debe poseer la caridad, y a esta excelentísima virtud todas las otras acompañan), siempre hay alguna que resalta en la variedad y da brillo especial y carácter peculiar a la santidad de cada uno, así también cada familia cristiana tiene su particular virtud, que es como la

predilecta entre todas, y le da su hermosura propia, con que contribuye al hermoso brillo de la Iglesia de Dios.

Acostumbraba la piadosa familia de que hablamos, rezar el santo Rosario todos reunidos en la noche, y repetidas veces las visitas eran invitadas para acompañarlos porque habían dado las ocho, y ésa era la hora fija para cumplir aquel hermoso acto religioso.

Hacíanlo con tan buena gracia, que nadie se disgustaba con los cristianos invitantes; al contrario, se unían gustosos a ellos en la devota práctica tan estimada por nuestros mayores, y salían muy edificados de aquella casa, y con mayor aprecio y respeto a sus moradores, tan amables y buenos.

No es de extrañar, pues, que del seno de este modelo de familias cristianas saliera un ministro del Altar que ha empleado todas sus actividades y fuerzas en trabajar por el reino de Dios; y largamente bendecido por Dios en sus empresas, las ha visto fructificar en obras utilísimas para la Iglesia y la sociedad de Venezuela.

Desde muy pequeño se sintió el venerable Padre Machado llamado por Dios e inclinado al sacerdocio, con gran placer de sus buenos padres, quienes lo trasladaron al Seminario Metropolitano.

Hizo allí sus estudios hasta el 1875. El 12 de febrero de ese año fue, para recibir las Órdenes sagradas a la vecina isla de Trinidad, donde se encontraba desterrado el ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela, doctor Silvestre Guevara y Lira. En efecto, coronando los ardientes deseos de su alma, recibió el dichoso joven las Órdenes menores el 18 de diciembre de 1875, el Subdiaconado el 20 de febrero de 1876, el Diaconado el 25 de abril y el Presbiterado el 10 de junio del mismo año, de manos de monseñor D. O. Carrol. Unos días después, el 23 de junio, alcanzó la dicha suspirada de celebrar la primera Misa.

La inolvidable ceremonia se verificó en la capilla del Calvario de Puerto España (Trinidad), y al poco tiempo regresó el nuevo sacerdote a Venezuela. Lleno de fervoroso entusiasmo empezó su carrera sacerdotal sirviendo en la Parroquia de Maiquetía en calidad de Teniente-Cura del señor presbítero doctor Juan Bautista Castro, siendo no mucho después nombrado Cura de esa Parroquia.

Pequeño escenario, al parecer, para los ardientes deseos de hacer el bien que animaban al joven sacerdote; pero en los designios de Dios, que gusta de los medios humildes, era muy apropiado para iniciar las grandes obras que el amor divino, el celo por la salvación de las almas y la misericordia para con los pobres le irían inspirando, y a las cuales iba a consagrar su vida y sus desvelos, sin escasear trabajos ni sacrificios.

Las almas grandes en cualquier lugar expanden sus energías, y cuando las impulsa un ideal hermoso y elevado, de toda circunstancia se aprovechan para alcanzarlo, saben sobreponerse a los obstáculos y vencerlos, y al fin el éxito corona sus esfuerzos y ven con alegría el florecer de las obras emprendidas, y el logro de sus deseos.



Rvdo. Pbro. Br. Santiago F. Machado O.

## **CAPITULO X**

### **PRIMEROS TRABAJOS DEL PADRE MACHADO.**

#### **TRISTE SITUACION DE LOS POBRES EN**

#### **MAIQUETIA.**

Si el campo en que le tocaba trabajar al nuevo y celoso ministro del Señor era pequeño, eran en cambio grandes y urgentes las necesidades que tenía, y había menester de toda la buena voluntad, desinterés y celo que podía encerrar un gran corazón deseoso de remediarlas, como por dicha poseía él.

Maiquetía, graciosa población a orillas del mar, está junto a La Guaira, que es el primer puerto de Venezuela, pero alejada de su bullicio, apacible y tranquila. Posee también las medicinales aguas de Quenepe; es un sitio ideal para quien busca reponer su quebrantada salud, y ha sido siempre muy estimada como lugar de temperamento.

Mas todas esas ventajas atraían también a los enfermos pobres de Caracas y pueblos circunvecinos. Los que padecían enfermedades que se curan con los baños o simplemente con el aire del mar, se iban a Maiquetía, atendidos a quien quisiera alojarlos y darles alimento.

En los tiempos en que el joven sacerdote empezó a ejercer su sagrado ministerio, eran muchos los enfermos que se encontraban en aquella población carentes de todo medio humano de vivir, agobiados de dolencias de alma y cuerpo, y que sólo contaban con la caridad de las almas buenas, implorando a sus puertas un mendrugo de pan para satisfacer su necesidad. Muchos se guarecían de las inclemencias del tiempo en algún rincón bajo los aleros de las casas; en algún rancho abandonado, y hasta bajo la sombra de un árbol.

El reverendo Padre Machado, de compasivo corazón, estaba como sediento de hacer el bien y se sentía irresistiblemente atraído hacia estos sus pobrecitos hermanos. Así, pues, ante aquellos tristísimos cuadros que se presentaban a su vista cuando iba a auxiliar a los enfermos y comprobaba el abandono en que estaban, experimentaba una amargura tan grande que aquellos infelices a quienes no podía socorrer como deseaba, eran su tormento de cada día e imploraba al Señor con ardoroso ruego que le sugiriese un medio de poner término a semejante miseria.

Mientras tanto, hacía lo posible por remediarlos. A veces, cuando era llamado para visitar alguno de aquellos infelices, lo primero que hacía era dar una limosna a los vecinos para que le proporcionaran algún alimento; y luego procuraba que llamaran al médico y le compraba las medicinas.

Viendo que eran muchos los enfermos, y cada vez más ansioso de remediarlos, redoblaba las súplicas pidiendo el remedio al Dios de toda misericordia. Dios atendió sus ruegos y le inspiró la formación de una Junta de Señoritas que practicaran la caridad a domicilio. Determinó también crear una Junta de Caballeros que suministrara los recursos necesarios para socorrer a los pobres enfermos; y aunque esto no satisfacía plenamente su corazón, le sería ya grande alivio poder remediar en parte las apremiantes necesidades de aquellas predilectas ovejas de su querido rebaño... poniendo en manos de Dios otra idea grande, muy grande, que El mismo le había inspirado en favor de los que sufrían.

Los proyectos del venerable Padre respecto a la obra de la asistencia de enfermos, fueron acogidos con mucho entusiasmo; y se formaron listas de personas que se comprometían quién a cuidarlos, quién a procurar limosnas con que mantenerlos, quién a conseguirles ropas y otras cosas necesarias. En vista de esto, se trató formalmente de establecer las Juntas ideadas, que habían de hacer viable el proyecto.

La Junta de Caballeros fue constituida en noviembre de 1887, y la de Señoritas lo había sido un poco antes. La primera reunión se verificó el 26 del mismo noviembre, y en ella se adoptó el nombre de "Asociación de San José", sin que se hubiera notado la coincidencia de que ese día era precisamente la fiesta de los Desposorios del Santo Patriarca con la Santísima Virgen. Feliz augurio de que el bendito Santo quería tomar bajo su protección desde sus humildes principios una Obra que tan grata había de ser a Jesús y a María.

## **CAPITULO XI**

### **PRIMER ENCUENTRO DE DOS ALMAS GRANDES**

Por el mismo tiempo en que el venerable Padre Machado daba vueltas en su mente a los hermosos proyectos que ideaba para gloria de Dios y alivio de los pobres (proyectos que por entonces, de ser conocidos, cualquiera habría tachado de quiméricos), mientras tanteaba los primeros ensayos de asistencia eficaz a los pobres desvalidos, la señorita Chapellín, que no veía esperanzas de ser religiosa en su misma patria, se esforzaba en vencer los obstáculos que se oponían al logro de sus deseos, y los vencía por fin, consiguiendo ser admitida en una edificante comunidad de Curazao, y ofreciendo a Dios el sacrificio de salir de

Venezuela con tal de emplear la vida entera en el divino servicio ligada con los santos votos religiosos que unen inefablemente el alma a su Dios.

Creyendo Emilia haber alcanzado el cumplimiento de sus dorados sueños, y unos días antes de encaminar sus pasos al hermoso puerto de la vida religiosa, quiso cumplir con un deber de gratitud filial despidiéndose del señor Arzobispo de Caracas, quien de seguro hubo de ayudarla en las diligencias necesarias para obtener su admisión entre las reverendas Hermanas Franciscanas de Curazao. Fue, pues, a visitarlo; manifestóle su decisión de partir en breve, y humildemente imploró una paternal bendición.

Cumplido este sagrado deber de buena hija, salía de palacio por demás consolada, y como absorta en la dicha inmensa que presentía.

En los momentos en que bajaba las escaleras, subía un sacerdote joven a quien Emilia nunca había visto. Como humilde, dióle ella el puesto de honor, y haciéndole respetuosa reverencia, continuó recogida su camino.

Este sacerdote era el Padre Machado. No pudo sustraerse al influjo que ejercía la presencia de Emilia. Aunque solamente la vio de paso, le hizo honda impresión aquella joven tan modesta, que revelaba tener una alma grande y hermosa.

¿Quién sería?... ¡Oh!, si hay santos en la tierra, ésa era una... Se transparentaba.

Bajo esta impresión, al hablar el Padre con el digno Prelado, y apenas hubo cambiado con él algunas frases de saludo, inquirió con marcado interés:

-Monseñor: ¿Quién será una joven que acaba de salir de la presencia de Su Ilustrísima, y con quien me he cruzado en la escalera? Parece un alma de gran virtud...

- ¡Ah! -le contestó monseñor Uzcátegui-, ésa es la señorita Chapellín, que ha venido a despedirse de mí antes de ir a encerrarse en una casa religiosa. Todavía quedan en el mundo almas grandes que aman a Dios con ardor y quieren sacrificarse por el bien de sus semejantes.

Y el excelente Prelado mostraba bien en el modo de hablar y en el tono de su voz, la estimación que Emilia Chapellín le merecía.

Para el Padre Machado fue eso un rayo de luz y una esperanza. Sí, todavía quedan almas que amando a Dios quieren sacrificarse por sus semejantes, por auxiliarlos, por hacerles todo bien. Tal como él las necesitaba, tal como deseaba encontrar algunas que le ayudaran, para llevar a cabo sus hermosísimos proyectos, los santos ideales que acariciaba. ¡Él las hallaría con la ayuda de Dios, pues las había en Venezuela! Todavía la caridad daba

flores espléndidas y hermosos frutos. Acababa de ver un alma que se adivinaba toda de Dios...; posiblemente hallaría algunas otras...

Todos estos pensamientos, que animó la vista de Emilia y el saber sus propósitos, confirmaban en sus anhelos al Padre Machado. No se habló más del casual encuentro; pero la impresión recibida con la vista de la señorita Chapellín la guardó siempre el joven sacerdote, y se complacía en recordarla cuando, en días no muy lejanos, volvió el Señor a ponerla en el camino de su vida, entonces no de paso, sino para que fuera su ayuda en la gran empresa que habían de realizar los dos en favor de los desdichados.

## **CAPITULO XII**

### **LA SEÑORITA CHAPELLÍN, EN MAIQUETÍA, SE PONE BAJO LA DIRECCIÓN DEL REVERENDO PADRE MACHADO.**

Habíamos dejado a Emilia en su hogar, desconsolada y triste porque veía irrealizable el hermoso ideal largos años dulcemente acariciado, de consagrarse para siempre a su amado Jesús en la vida religiosa.

Deseaba esa vida, que ella consideraba como la antesala del cielo, porque apartada el alma de todas las cosas del mundo, puede ocupar su pensamiento sólo en Dios cuanto hace es puramente por agraderle, sin que interés alguno se mezcle en ello; y por lo mismo, le es fácil alcanzar y conservar la unión divina, crecer en el divino amor a cada momento, dar a Dios mayor gloria y prepararse la dicha de mejor comprenderlo y gozarlo cuando sea llamada a la unión eterna.

¡Ah! Cuando así se comprende la vida religiosa y el alma se siente llamada a ella sin que de otra cosa puede convencerse, y al mismo tiempo ve cerradas las puertas de la ventura soñada; cuando el Señor en sus santos, quizá para que más crezca la estimación y el deseo quizá para más purificar esa alma, quita toda esperanza designios de alcanzar esa ventura... ¡cuánto se sufre! ¡Cuánto sufría Emilia!

Pero bien: ¿No había hecho ella de su parte cuanto podía para cumplir lo que entendía ser voluntad de Dios? ¿No había ido hasta más allá de lo que buenamente parece estaba obligada a hacer, yendo tan lejos de su familia por abrazar la vida religiosa?

¿No lo reconoció así ella misma cuando los Superiores, viendo que no podía continuar en la Congregación, le aconsejaron volver a la Patria? ¿A qué, pues, sufrir ahora acosada



por anhelos sin esperanza, en vez de resignarse? Y pues podía creerse desligada de su voto en la imposibilidad de cumplirlo, ¿por qué no quedarse tranquila al calor del dulce hogar donde era tan amada, y continuar como antes haciendo todo el bien que estuviera a su alcance?

¡Cuántas veces estas reflexiones la herían más! ¡Cuánto aumentaban sus sufrimientos!

¡Ah! Cuando se ama mucho a Dios y se ha sentido el verdadero deseo de vivir para El solo y de sacrificarle la vida por ganarle almas, no se puede, no, renunciar a ese deseo fácilmente. Las dificultades más bien lo avivan, y en Emilia iba creciendo a par de ellas.

¡Pobre alma! ¡Qué necesitada estaba de encontrar un corazón que la comprendiera! ¡Ah, sí!, cuando se sufre, y sobre todo cuando la causa del sufrimiento es el divino amor, hay absoluta necesidad de ser comprendido, de ser ayudado. A Nuestro Señor le plugo aminorar el dolor de la prueba a que tenía sometida a su privilegiada Emilia concediéndole este bien.



Srta. Emilia Chapellín Istúriz

La mejoría que experimentó al volver a Caracas después de su estancia en Curazao, no fue durable. Parece que Dios quiso mostrar con ella solamente que la vuelta había sido de su agrado; pero a poco, y con tanto sufrir, Emilia sintióse de nuevo quebrantada, y llegó en viaje de salud a Maiquetía, con su familia, que resolvió establecerse allí por algún tiempo. En esa simpática población, tan atractiva, apacible y bella, la esperaba el alivio que le deparaba el Señor.

El primer cuidado de nuestra joven, ya que iba a vivir allí por entonces, fue buscar un guía para su alma desolada, encontrándolo, con grandísimo consuelo, en el virtuoso sacerdote Cura de aquella Parroquia, a quien Dios había dado discreción y celo grandísimo para la dirección de almas.

¡Oh, qué bien se entendieron aquellas dos almas tan grandes: ¡el Padre Machado y la señorita Chapellín!... ¡No podía ser menos! El Padre Machado encerraba en su pecho un incendio de amor de Dios y del prójimo; la señorita Chapellín ardía en la misma caridad y sentíase cada vez más inclinada a servir a los pobres de Jesucristo, anhelando también cumplir el voto que había hecho ante el cadáver de su madre.

Les vemos, pues, unidos en aquellos santos sentimientos que al comunicarse crecían y buscaban expansión, ir poco a poco, paso a paso, hasta satisfacer con el tiempo los ardorosos deseos de hacer el bien que dulcemente les atormentaban, y buscar y hallar el modo de establecer con la bendición misericordiosa del Señor una Obra estable, un Instituto de Caridad que perpetuara sus buenas obras y fuera alivio y remedio de miles de pobres desamparados de humano consuelo, y por lo mismo amados especialmente del dulce Padre celestial, que en los menesterosos tiene siempre fijas sus miradas de amor.

## **CAPITULO XIII**

### **PRIMERAS PRUEBAS**

Deseando pues Emilia amoldarse en todo a la divina Voluntad, crecer en amor divino y adelantar en las vías de la perfección a que se sentía llamada, se puso bajo la dirección del Padre Machado, gustando muy luego la dulce seguridad que suele sentir el alma que halla el verdadero guía que Dios le destina; y con ella crecieron sus anhelos por subir la senda tan ardua de las virtudes, hermosísima y atractiva para el alma generosa que ansía dar a su Dios pruebas ciertas de amor y de procurar la divina gloria.

El joven, pero prudentísimo director no dio desde el principio todo el vuelo al espíritu de su penitente. Trató primero de probarlo.

Más pronto pudo admirar la obra de la gracia que se veía clara en Emilia. Eran muy grandes los deseos de aquella alma y su amor a Dios. Su desprendimiento de todo lo terreno, admirable. Se encontraba dispuesta a cualquier sacrificio por hacer el más insignificante servicio a los pobres, y a dar su vida si fuere necesario para remediar sus necesidades, por hacerles llevaderas sus penas y, sobre todo, por enseñarlos a conocer a Dios y a conseguir su

salvación eterna. Este era verdaderamente su objeto al socorrer a los necesitados: llevarlos a Dios. No podía otro modo, pues impulsada por amor de Dios los socorría.

Consoladoras eran estas disposiciones para el que había tomado el cargo de dirigir la hermosa alma con ellas adornada, y con razón se prometía verla llegar a la cima de las virtudes.

Por una parte, era tan humilde y abnegada, y por otra pertenecía aquella dama a una familia distinguida y brindábale el hogar todo el calor y afecto que es posible, siendo grandemente amada por su padre y cariñosos hermanos. Por las virtudes que estimaban en ella y por su salud endeble, se desvivían en prodigarle atenciones y mimos, rodeándola de todas las comodidades; pero nada de esto llenaba su corazón, que estaba como en prensa hasta que no pudiera realizar su ambición única: ser religiosa y consagrada a la atención de los pobres.

Muy grande había de ser la virtud de la persona en la cual tantos halagos, de que tranquila y santamente podía gozar, no hacía más que avivar el deseo de privarse de ellos para mejor servir y honrar al amantísimo Dueño de quien todo bien recibía en fin de cuentas. Sólo a Dios quería; y agradeciendo sus amorosos presentes, cifraba su felicidad en retornárselos y renunciar a toda posesión en la tierra para llegar a la posesión incomparable del divino amor.

Todo esto lo pesaba y reflexionaba el Padre Machado, quien de todos modos y por diferentes estratagemas se dio a probar a aquella alma, hasta llegar a la conclusión de convencerse, con gran admiración gran temple y solidez.

Entonces vio en su mente casi realizadas las hermosas esperanzas que se complacía en alimentar. Reconoció en la virtuosa Emilia a la mujer escogida por Dios para hacerlas realidad viviente. Ya no dudó. Ella debía ser el instrumento de que se valdría para dar vida a su predominante idea, que era, digámoslo ya, convertir la Junta de Damas que apenas comenzaba a ejercer su ministerio de caridad, en la primera Congregación Religiosa venezolana, dedicada a recoger a los pobres mendigos abandonados de la sociedad; a todos los que sufren en la orfandad, miseria y desamparo, y a servirles de madres cariñosas y tiernas.

Jubiloso el corazón del caritativo Padre, por haber hallado tesoro tan grande; seguro de que llegaba la hora que la divina Providencia tenía marcada para llevar a la práctica la grandiosa obra que le inspiró y por la cual le hacía suspirar desde largos años atrás, habló de sus proyectos a Emilia; despertó fácilmente su entusiasmo, pues ella tenía idénticas aspiraciones, y le encareció la absoluta renuncia que había de hacer de sí misma si quería ser en manos de Dios el instrumento de sus misericordias.

¡Oh, qué diversos y embriagadores afectos sentía Emilia en su corazón al pensar que la divina Bondad quería servirse de ella para tan grandes fines! ¡Cómo se derretía de amor y gratitud para con Dios misericordioso!

Cierto que su humildad le hacía ver casi imposible que sirviera ella para tan altas cosas; pero sabía muy bien que Dios no necesitaba instrumentos grandes, sino dóciles, mientras más pobres mejor, porque así toda la gloria es (como debe ser) para Él solo.

Al conocer tan bellas disposiciones, el Padre Machado quiso manifestar de una manera muy sencilla a su dirigida cuál sería el trabajo que ejecutaría en su alma si enteramente se ponía en sus manos. Tomó su pañuelo de seda, lo redujo todo dentro del puño y, presentándoselo, le preguntó:

- ¿Está usted dispuesta a dejarse hacer lo que ha visto he hecho yo con este pañuelo? Es decir, ¿a dejarse plegar y desplegar según la obediencia, renunciando por completo a su propia voluntad para hacer sólo la de Dios?

Resuelta contestó la joven que sí, que a todo estaba dispuesta. A cuanto él le ordenara, obedecería como a órdenes de Dios mismo.

Así, empezó Emilia con decisión y generosidad sin límites a echar los cimientos de su vida religiosa, que iba a ser la piedra angular de su Congregación.

## **CAPITULO XIV**

### **AMISTAD SANTA**

Ansiosa estaba Madre Emilia de mostrar al Señor la fidelidad con que deseaba servirle, sometiéndose por obediencia a todas las indicaciones que en miras a su bien espiritual y a la caridad que deseaba ejercer con el prójimo, le iba haciendo su virtuoso director.

Los primeros ensayos del señor Cura en la nueva vía por donde ideaba llevar aquella alma que tan decididamente se había puesto en sus manos, fue inclinarla a la Junta de Caridad a domicilio. Por lo tanto, hizo conocer a la señorita Chapellín la Asociación recientemente establecida y la excitó a tomar parte en ella, cosa que mucho agradó a la caritativa Emilia.

Presidía entonces dicha Asociación la piadosa señorita Isabel Lagrange, que con el tiempo fundó la benemérita Congregación de Hermanas Franciscanas, gran benefactora de la juventud femenina aquí en Venezuela. Isabel y Emilia se conocieron y simpatizaron.

Luego, ante la divina Eucaristía, en presencia de Jesús, dulce imán de sus corazones, donde pasaban horas enteras, comenzó la amistad santa de las dos futuras Fundadoras. Llenas de amor a Dios, animadas de igual celo, aspirando a idéntico ideal, de una vez se comprendieron sus almas, y sus conversaciones eran leña que alimentaba el fuego de sus elevados deseos, a cuyos reflejos iban perfilándose los contornos de las magníficas empresas que no tardarían en comenzar.

Emilia contaba a su querida amiga la grande ilusión que vio a punto de ser realizada en su ida a Curazao, y los sufrimientos que le causó el perderla, no habiendo perdido con ella sus irresistibles deseos de consagrarse a Dios en la vida religiosa; le decía cuánto, por el contrario, esos deseos habían crecido al ver por sus ojos la felicidad extraterrena de que puede gozar el alma en una comunidad observante, donde todo lleva a la virtud y se presta a la vida de unión con Dios; y cuánto más posible es hacer el bien a las almas viviendo entre otras dedicadas al mismo fin, que no en particular, donde a veces se estrellan todos los esfuerzos en invencibles obstáculos...

Le contaba también los bellos ejemplos de virtud que había presenciado y la santa emulación que despertaron en ella haciéndola desear imitarlos, y cómo ansiaba ahora practicar en lo posible aquellas virtudes hermosísimas....

Con el grande influjo que ejercía Emilia sobre cuantos la trataban, robustecía (si no fue que los hizo nacer) los deseos que también Isabel iba sintiendo de consagrarse más completamente a Dios, de ser religiosa; y Emilia por su parte hallaba grande estímulo, ayuda y consuelo en las santas disposiciones para la virtud que iba conociendo en su estimada Isabel.

¡Oh cuán provechosa y deseable es la amistad santa que une a las almas con estrechos lazos de mutua caridad, y las sostiene y presta ayuda en los ásperos senderos de la vida, encaminándolas y uniéndolas también a Dios!

Sobre todo, en el siglo, donde tantas dificultades halla el alma que desea conservarse virtuosa, ¡feliz la que encuentra otra alma que abundando en los mismos sentimientos la ame santamente y le dulcifique las penas inevitables que a cada paso se hallan, y acompañándola en el camino de la virtud, le preste auxilio en las dificultades que se presentan!

Nuestro Señor concedió ese bien singular a Isabel y Emilia. Así fue su amistad desde que se conocieron; y en nuestra Congregación se conserva con veneración grande una carta de la reverenda Madre Isabel, ya Fundadora de las Hermanas Franciscanas, a nuestra reverenda Madre Emilia, carta que revela la vida sobrenatural y santa confianza y amistad que unía a estas dos almas.

Cuando la divina Providencia las unió en la Asociación de San José, en Maiquetía, comunicándose mutuamente el fuego de su encendida caridad para con Dios y para con los desvalidos, y animándose la una con la compañía de la otra, diéronse de lleno a la misión hermosa de socorrer y asistir a los enfermos.

De esta misión comenzó pronto Emilia a ser como alma y vida. Con la exquisita ternura por ella practicada desde la infancia con aquellos a quienes asistía, curaba sus asquerosas llagas, y mientras tanto les hablaba de Dios y de su bondad infinita; derramando también sobre las llagas de sus almas el bálsamo cicatrizador que les daba conformidad en sus penas y la esperanza de aquella vida feliz que después de ésta podían gozar.

Con grandísima alegría vio el Padre Machado la unión de aquellas dos almas. Ellas, bajo la sabia dirección del celoso sacerdote, seguían practicando la caridad y haciendo oración a su dulce Jesús para que las iluminara y les mostrara el modo de seguir cada una la misión a que se sentía llamada, aunque no sospecharan todavía el destino tan grande que les marcaba el Señor.

## **CAPITULO XV**

### **PRIMER GRAN TRIUNFO**

La Asociación de Caridad en que con tanto ahínco trabajaban las dos amigas seguía viento en popa en cuanto al trabajo, pero no así en cuanto a los medios con que hacer frente a los gastos imprescindibles.

Una mañana se presentaron ellas al señor Cura para darle ciertos detalles sobre las dificultades económicas que se atravesaban, y pedirle consejo sobre los medios de que se valdrían para superarlas. Él, después de oír a las piadosas damas y buscando solución al asunto, se le ocurrió que lo mejor y más seguro sería que fueran ellas mismas de puerta en puerta a pedir limosna para sus pobres. Lo recibió como una inspiración de Dios y lo propuso.

Pero la proposición alarmó a las dos jóvenes, que, a pesar de su caridad y abnegación, no habían llegado hasta ese punto de generosidad. Indecisas y turbadas, de momento no sabían qué hacer.

Miráronse una a otra... ¡Ir a mendigar!...

-Pero, Padre, dijeron: ¿Cómo haremos eso?

-Vayan, vayan en nombre de los pobres, y pidan limosnas entre sus amigas y conocidas.

Así dijo el señor Cura, y se levantó de su asiento casi sin darse cuenta de lo que había ordenado, e ignorando entonces, según confesó más tarde, que con eso estaba ya poniendo los sólidos cimientos que luego habían de sostener materialmente la Institución de "Hermanitas de los Pobres".

Decidiéronse las dos amigas a probar, y salieron...; mas, hablando entre sí del disgusto que con esto causarían a sus familias, que seguramente no lo llevarían a bien, volvieron sobre sus pasos y lo manifestaron al señor Cura.

Con la cabeza algo inclinada y con marcada atención, él las escuchaba... Estuvo reflexionando unos momentos... Luego, levantando la cabeza y en tono jovial, pero algo conmovido, les dijo:

-Todo eso es verdad; pero lo que ustedes tienen, sobre todo, es que les da vergüenza pedir. Vayan, pues; y no sólo me traen limosnas, sino también Hermanas de Caridad. Con esto, las despachó amable, pero inflexible.

¿Qué hicieron ellas?...

Ciertamente era grande el sacrificio que Dios les pedía..., pero el amor de Dios venció la repugnancia natural, ¡y se resolvieron! Y cuando el alma inspirada por el divino amor se resuelve a hacer algún sacrificio grande, recibe del Señor gracias tan abundantes que ya no hay vacilación posible..., y muy pronto inefables consuelos, prenda de los celestes goces, son el primer anticipado premio que el alma disfruta, y llena de alegría el corazón.

Empezando a gustar las dos amigas la dulzura de estos sentimientos y enardecidas en amor de Dios, ¿de qué no serán capaces por agradarle? Salieron, pues, de allí, y al tocar a la primera puerta, con humildad y timidez pidieron una limosnita para sus pobres, no sin haber colorado vivo carmín sus mejillas...

¡Ese día alcanzaron las jóvenes su primer gran triunfo! Ese día dieron un paso decisivo en el camino de la perfección por la vía en que Dios las llamaba; pues un acto heroico hace adelantar más el alma que miles de otros actos de virtud no tan costosos; y heroico fue para ellas aquel ejercicio de pedir limosna por primera vez."

Sí, ese día triunfaron; mejor dicho, la gracia triunfó en ellas; vencieron el respeto humano, pisaron el "qué dirán y pusieron el mundo bajo sus pies.

De regreso de su piadosa correría entraron a la Casa Parroquial, donde el señor Cura les brindó una amable sonrisa por el triunfo que le manifestaron haber obtenido y las felicitó con cariñosas palabras.

Desde ese día se hicieron mendigas por amor de Dios y quedó iniciada la misión hermosa que luego habían de seguir sus Hijas, especialmente las Hermanitas de los Pobres: pedir de puerta en puerta, con cuantos trabajos y sacrificios que eso supone, una limosna por amor de Dios, para dar el pan de cada día y auxiliar en cuanto necesitan a los miembros pacientes de Cristo que la divina Providencia trae a nuestras Casas y confía a nuestros cuidados.

## **CAPITULO XVI**

### **EMILIA, ENFERMERA.**

Como el objeto de aquella Asociación que había tomado el nombre de San José, y bajo la protección del Santo Patriarca iba floreciendo, era asistir personalmente a los pobres en el lugar donde se encontrasen, el director designó a la señorita Chapellín el suyo.

Era éste un pobre infeliz que tenía una pierna ulcerada, de donde manaban asquerosos gusanos. Inútil es añadir que era insoportable la fetidez que exhalaba.

La heroica joven, sobreponiéndose a las repugnancias de la naturaleza, lavaba todos los días la fétida úlcera, extrayendo los infectos gusanos que en ella pululaban, con sus mismas manos. Le llevaba alimentos, medicinas y ropa limpia; le hacía la cama, y le instruía con grandísimo celo para que pudiera recibir los santos Sacramentos.

El señor Chapellín y sus hijos, conocedores de la encantadora misión de caridad que desempeñaba Emilia, no cesaban de admirarla. Pero, aunque tan buenos y caritativos, casi no podían comprender cómo una joven delicada hacía por sí misma oficios tan repulsivos sólo por caridad, sin ninguna obligación para con la persona así servida, con absoluto desinterés, sin contar ni con la gratitud.

Uno de sus hermanos decía con gracejo: "Si yo tocara con un solo dedo a ese enfermo que está curando Emilia, me lo haría cortar". Tal era el asco que el pobre hombre inspiraba.

Tenía razón. Sólo por motivos sobrenaturales y por especial gracia de nuestro Señor, es posible desempeñar esos oficios como lo hacía Emilia; con los cuidados más solícitos, con amor y paciencia de madre y con desinterés completo. Dios da esa gracia algunas veces



en premio de la fidelidad con que se ha procurado servirle y practicar las obras de caridad que más de ordinario se ofrecen.

¡Grande gracia alcanzó de Dios quien ésta ha recibido! Si es fiel a ella, irá multiplicando actos heroicos de virtud que serán ricos florones de su corona eterna, y tendrá fundada esperanza de oír en el gran día aquel deleite y sin par apetecible "Venid, benditos..."

Emilia, de vencimiento en vencimiento, con la poderosa ayuda del Señor que fortificaba su buena voluntad, iban haciéndose fáciles los actos heroicos que a diario practicaba, y en ellos iba encontrando insospechados consuelos. ¡Oh, quién hubiera podido sondear los sentimientos de su corazón, siempre tan caritativo y proclive al servicio de los pobres, ahora que podía presentarse a ellos como oficialmente en nombre de Dios, por el compromiso moral que contrajo de asistirlos, y certificada por la obediencia a su director de que ésa era la voluntad particular que sobre ella tenía el Padre celestial!

No se daba descanso la piadosa joven en su santa tarea. Murió aquel pobre incurable que asistía, y sucediéronse otros y otros...

Para ella ya no existían los goces que el mundo ofrece; a otros más altos y mayores, a la íntima satisfacción de ser útil a los miembros pacientes de Cristo, aspiraba tan sólo su grande alma, y a ellos dedicaba todo el tiempo de que podía disponer.

Su caridad delicada y atenta a no causar molestia a nadie, en particular a los de su casa, la hacía en extremo cuidadosa para que no tuvieran nada que sufrir a causa de las buenas obras que hacía. Era tal su delicadeza en este punto, que tenía un traje especial para visitar a sus enfermos, y cuando volvía a su casa, lo hacía con mucho sigilo hasta llegar a la última habitación, donde se mudaba de traje para presentarse luego a la familia.

El Padre Machado admiraba más que nadie la solicitud que por sus enfermos tenía la futura Fundadora de las Hermanitas de los Pobres; porque además de las obras exteriores veía él los santos anhelos que la impulsaban. Por eso, entreviendo viables los bellos ideales que acariciaba, trabajaba infatigablemente por levantar, sobre las ruinas de un caserón abandonado, un edificio donde poder albergar a sus mendigos, y que serviría de cuna a la Congregación ya concebida en los eternos designios, y que pronto saldría a la luz en aquel rinconcito bien parecido al Establo de Belén.

Sí, Dios inspiraba al celoso y caritativo Párroco, en el recogimiento de su oración, que aquellas almas que dirigía eran, aunque no todas, las escogidas por su divina Providencia para fundar, presididas por Emilia, una Congregación dedicada al servicio de los pobres, tal como él la soñaba en su ardiente imaginación.

## CAPITULO XVII

### NUEVOS HORIZONTES

Pasaban los meses. La amiga íntima de la señorita P Chapellín, Isabel Lagrange, tenía que regresar a Caracas; y poniendo los ojos en su virtuosa amiga, cuyas aptitudes conocía y apreciaba, le pareció bien declinar en ella la Presidencia de la Asociación. Consultado su parecer con los miembros de la Junta, fue aceptado por unanimidad.

He aquí, pues, a Emilia presidiendo una Obra que por entonces parecía llenar todas las aspiraciones de su noble alma, pues era lo más aproximado a la vida religiosa que anhelaba, dedicada a Dios y al socorro de los pobres, al mismo tiempo que a trabajar en su propia santificación. Vida de comunidad, no vislumbraba aún cómo pudiera establecerse en Venezuela, donde no había por aquellos tiempos ninguna Orden religiosa, ni Congregación de Caridad, ni siquiera otra Obra como la que ella entraba a presidir, y era casi recién fundada.

Esperando que Dios en su bondad se dignaría aclarar el camino a seguir, propúsose aprovechar el más amplio horizonte que a su frente se abría, y se esforzó cuanto pudo en dar impulso a la recaudación de limosnas, tanto en efectivo como en objetos útiles, para la instalación del Hospital que el Padre Machado fabricaba, ayudado por la generosidad de la Junta de Caballeros, que desempeñaba con marcado interés y celo su cometido.

El celoso Párroco, ya de por sí entusiasta y dinámico, animado por tan buena ayuda, no descansaba. Tan pronto se le veía al pie del altar tratando sus asuntos con el Señor, como dirigiéndose bajo su quitasol al soñado Hospital, que iba poco a poco surgiendo. Ya iba a administrar a algún enfermo de la población, ya visitaba algunos de los pobres asistidos por las damas asociadas.

La nueva presidenta no contaba con fuerzas naturales para la misión aceptada, que ya comenzaba a ser muy dura; pero la desempeñaba con todo el fervor de su corazón. Su salud en verdad era delicada, pero su espíritu era muy fuerte y capaz de dominar todas las enfermedades. Así que, sobreponiéndose a sí misma, como si gozara de perfecta salud, a todo atendía, trabajaba incansable, y servía de estímulo y ejemplo a sus piadosas compañeras.

El amor de Dios, a la vez que abrasaba su corazón, ensanchaba su espíritu. Jesucristo la fortalecía; y en la soledad y el recogimiento de la oración le dejaba sentir que no tardaría mucho en colmar sus anhelos de ser religiosa; de consagrarse por los tres santos Votos, y dedicarse enteramente al servicio de los mismos pobres que ya cuidaba por su amor.

Empezaba a nacer la esperanza de que se le unirían algunas de aquellas fervorosas almas que la acompañaban en sus caritativas tareas, y que pertenecían a la Junta.

¿Cómo sería esto? Lo ignoraba aún, pero confiaba verlo hecho realidad, puesta su esperanza en Dios todopoderoso y bueno.

¿Y no era un vano sueño esperar ver establecida en Venezuela una Comunidad religiosa, cuando no tantos años atrás habían sido disueltas todas?

La oración todo lo puede. Emilia, que había prometido a Dios consagrarse a Él, y ahora más ardientemente que nunca deseaba unir a esa entera consagración el servir especialmente a Dios en sus pobres, oraba sin cesar para merecer del Señor el cumplimiento de sus deseos; y porque sabía que las almas religiosas dan a Dios una gloria muy grande, ella quería no sólo darle esa gloria, sino abrir camino para que otras lo hicieran. ¡Cuán agradables eran al infinito amor de Dios esas férvidas súplicas y santos anhelos! Por eso estaba ya pronta la misericordia infinita a conceder la gracia: en breve se vería la bondad inefable del Padre celestial allanar todos los obstáculos: los estaba allanando ya.

En tanto, Emilia cumplía ciegamente las órdenes de su director, en quien ella se apoyaba después de Dios; y como lo creía elegido por el Señor para dar cumplimiento a sus altos designios y por tanto favorecido con las luces necesarias, seguía con docilidad cuantas él le iba comunicando, convencida de que así andaba segura. A no tardar, el éxito le dirá que no estaba equivocada.

Y el Padre Machado, ¿qué hacía? ¿qué pensaba?

¿Veía ya satisfechos sus deseos con la próxima conclusión del Hospital, donde sus pobres iban a tener un refugio? ¿Colmaba sus anhelos esa Obra de gran utilidad social que ni Caracas por entonces poseía? ¡Ah, las almas grandes no se conforman con cosas pequeñas! El bien que hacen quieren hacerlo completo.

El Padre Machado resolvía en su cerebro grandes problemas.

"Los pobres están mejor atendidos, es verdad, se decía; pero yo no estoy satisfecho. Se terminará el Hospital, y pronto irán allí las damas a prestar sus cuidados a los enfermos; en cuanto a recursos, la Junta de Caballeros proveerá con fondos recaudados a este fin; pero esto no es suficiente... Seguramente Dios quiere más. Si pudieran ser atendidos los enfermos en la misma forma que lo hacen las Hermanas de la Caridad..."

"Hermanas de la Caridad", "Hermanitas de los Pobres"... ¡Qué visión cruzaba entonces por la ardiente imaginación del Padre Machado! ¡Qué ensueño de felicidad!

En su primer viaje a Europa había podido admirar cómo esos ángeles humanos asistían a los enfermos, ancianos y pobres... ¿No podría en Venezuela hacerse lo mismo? ¡Oh!, si él llegara a ver con sus ojos ángeles terrenos alrededor de sus pobres, endulzando sus penas, curando sus llagas, curando también sus almas y restaurando en ellas la imagen divina para presentarlas como rico trofeo a su buen Dios, y velando después la agonía de los que Dios llamara, hasta cerrar con mano cariñosa los párpados ya helados...

Si llegara a convertir aquel Hospital humilde que veía levantarse poco a poco en Casa-Cuna de una Congregación religiosa, a cuyo frente pondría aquella alma grande y generosa, la señorita Chapellín, cuyas virtudes interiores y sed insaciable de socorrer a los necesitados tanto había admirado él...

Estaba íntimamente convencido de que ella era la dilectísima alma que el divino Corazón había escogido para esparcir en Venezuela los tesoros de su misericordia entre los predilectos de su amor, los pobres..., y conocía que, vencidas las primeras dificultades del comenzar, siguiendo su iniciativa y ejemplo, muchas de aquellas otras almas buenas que formaban la "Junta de Damas", serían las Hijas de la que ya él se figuraba "Madre Emilia".

Estos pensamientos se sucedían en su imaginación durante el día, y le robaban el sueño durante la noche.

Mientras tanto, se terminaba la fábrica del Hospital, y la hora de Dios se acercaba

## **CAPITULO XVI**

### **INAUGURACION DEL HOSPITAL**

El deseado Hospital era al fin un hecho. Estaba terminado. Habían circulado con profusión las invitaciones para el trascendental acto: se iba a inaugurar.

Cerraba la noche del 22 de abril de 1888. Todo el pueblo de Maiquetía se encontraba reunido en el nuevo edificio. Este, aunque de humilde y modesta arquitectura, brindaba a todos un ambiente de contento y celestial piedad seguramente fruto de los trabajos y sacrificios que para fabricarlo se habían impuesto aquellos buenos feligreses que, dóciles a la vez del querido Párroco, llevaron a término una obra de tal importancia entonces por la falta que hacía y por el gran vacío que venía a llenar, pues hasta se adelantó algunos años al famoso Hospital Vargas, honor de Caracas.

Había, como se ve, motivos muy justos de congratularse no sólo por la bella esperanza de dar remedio a muchos infelices, sino también por las dificultades superadas, y por el bien

que habla de producir el hermoso y útil ejemplo. El reverendo Padre Machado estaba en el colmo de la alegría y prodigaba a todos sus más benévolas frases de gratitud.

De Emilia, ¿qué diremos? ¡Cómo debieron de ser le sentimientos de su corazón viendo que ya sus pobres tenían donde albergarse! Ella había también firmado las invitaciones como presidenta de la Junta de Damas de la Asociación de San José, y no es preciso detenernos en recontar los trabajos que hubo de tomarse a fin de disponer todo para la fiesta memorable, y de qué manera comunicaría su entusiasmo a las compañeras que tenían la dicha de compartir sus piadosos quehaceres.

Llegado ya el momento que tan alegremente esperaban para la bendición del local, en tanto que la orquesta llenaba los aires con las dulces vibraciones del himno a Pío IX. Terminado el acto, el secretario de la Junta Directiva del Hospital dio lectura a la última acta de aquella Corporación, y enseguida ocupó la tribuna el reverendo Padre Machado.

Un respetable cronista de la fiesta decía luego, refiriéndose a las palabras que brotaron entonces más del corazón que de los labios del orador: "Feliz, sumamente feliz, fue su corta improvisación...".

¡Tenía que serlo con el entusiasmo que la caridad desbordante ponía en ella!

Después de dar gracias a Dios todopoderoso, centro y fin de todas sus actividades, trazó un magistral paralelo entre el desprecio con que el paganismo veía el dolor del pobre, el inhumano placer con que se divertía contemplando las torturas y agonías de las víctimas humanas en los sangrientos espectáculos del circo, y la hermosa caridad cristiana que reunía en aquella inolvidable tarde tantos buenos corazones, gozosos con la esperanza de enjugar lágrimas y aliviar infortunios; y tuvo palabras de la más tierna gratitud para aquel piadoso pueblo que con tanta generosidad había contribuido a la caritativa empresa de la fábrica del Hospital.

Acto continuo, la concurrencia, invitada por el celoso Párroco, cayó de hinojos para honrar con el rezo del santo Rosario a la excelsa Reina del cielo, como queriendo significarle que Ella, la Esperanza del cristiano, era desde aquel día la Dueña y Protectora de aquella Casa.

Después del Rosario, la orquesta entonó el Ave María, y enseguida ocuparon la tribuna los señores: General J. A. Mejías, jefe civil del Municipio, y Félix María Castañeda.

En último término se procedió a hacer una colecta entre los presentes. La orquesta tocaba entretanto un himno al Sagrado Corazón y una marcha final. Eran las nueve de la noche cuando se concluyó el acto.

Quedaba bendecida y en disposición de recibir a sus habitantes aquella santa mansión, que no tardaría en convertirse en uno de esos místicos albergues donde el divino Esposo halla sus delicias. A su sombra y amparo iba a formarse en el retiro y el sacrificio un nuevo ejército de vírgenes esposas del Señor. Esto lo ignoraba entonces la entusiasmada concurrencia; más pronto le sería dado ver cuánto más grande y meritoria de lo que suponía, era la Obra a que estaba contribuyendo.

Otra coincidencia providencial fue notable. Ese día, 22 de abril, era la fiesta del Patrocinio de San José. El Padre Machado confesó después muchas veces que a los principios no pensó nunca en poner en manos de San José ni la Asociación de Caridad, ni el Hospital. Fue Dios mismo quien confió la Obra al Santo Esposo de María.

Vimos que, sin acuerdo previo, los miembros de la Asociación, al reunirse por primera vez, tomaron el título de "San José" y que casualmente al parecer, esa primera reunión se verificó en la fiesta de los Desposorios. Poco más tarde entró a presidir la Asociación un alma devotísima del Santo Patriarca, Emilia Chapellín, a quien nuestro Señor amorosamente había ido preparando el medio en que debía actuar y explayar su celo, al amparo de su excelso Patrón; y al terminarse el Hospital se bendice, sin procurarlo adrede, el día en que la Santa Iglesia celebra el Patrocinio Universal del bendito Santo. Ya no quedaba más sino dar también el nombre de San José al Hospital que iba a ser la sede de los trabajos de la Asociación y donde se iba a consolidar su Obra, y así se hizo.

El glorioso y castísimo Esposo de María nunca ha dejado de proteger la Obra que tomó bajo su amparo. Ya veremos cómo hasta por medios extraordinarios por no decir milagrosos, correspondió a la filial confianza de su gran devota, Emilia, y socorrió al Hospital en apremiantes necesidades. Igual ha hecho en otras Casas y en muchas ocasiones, pues las Hermanitas han imitado como buenas Hijas el amor de su venerada Madre al excelso Protector, y saben que acudiendo a él son remediadas.

A los grandes favores que San José les prodiga corresponden las Hermanitas con devoción cada vez más afectuosa. Como nuestra amada Madre Fundadora quiso llamarse en Religión "Emilia de San José", y dejó en herencia el venerado nombre a todas sus Hijas, las Hermanitas tienen a gloria estamparlo a continuación del nombre que reciben al tomar el santo Hábito; y quieren también como ella aprender del gran Santo la total consagración de su vida a Jesús Nuestro Señor.

## CAPITULO XIX

### RISUEÑA AURORA

Inaugurado felizmente el Hospital, la Junta de Damas que presidía nuestra caritativa Emilia comenzó llena de fervor a servir a los ocho primeros enfermos albergados ya. La señorita Chapellín se dio con infatigable celo a organizar por turnos los servicios a sus amados pobres, en los cuales tomaba ella la parte más activa y trabajosa; y su contracción a la abrumadora pero amada tarea era gran estímulo para sus compañeras, que de día en día se veían adelantar más en ardorosa caridad.

Aquellas grandes mujeres, con su fervor y sumisión a los que miraban ya como sus superiores, y con sus sacrificios y ternura para con los enfermos, emulaban a las más abnegadas Hermanas de la Caridad.

Bajo las órdenes del señor Cura, que las instruía diariamente en sus deberes, seguían un reglamento de conducta que les había organizado de acuerdo en todo con la señorita Chapellín. Tenían sus días fijos para atender a los pobres. Unas curaban las úlceras; otras les hacían las camas, barrían las habitaciones, remendaban las ropas, preparaban los alimentos y las medicinas... En fin: más que una corporación de seglares parecía aquello una comunidad de religiosas.

La señorita Chapellín no descuidaba el proporcionar a aquellas jóvenes, de condición humilde, sí, pero de un linaje de almas muy noble y escogido, todas las reglas de vida interior que su celo le sugería; y enseñábales no tanto con las palabras como con el ejemplo. Movidas ellas a vista de una vida tan piadosa y tan sacrificada, que era su característica más notable, sentíanse desde entonces atraídas por la santa Fundadora, que tenía el don de llevar suavemente las almas a Dios; fueron uniéndosele cada vez más, y casi todas llegaron a ser sus Hijas.

Así, en aquel Hospital iba alboreando otra vez la vida religiosa extinguida tiempo hacía en Venezuela. Aquellas buenas almas se iban empapando en deseos de practicarla, dándose cuenta de las ventajas que para la propia santificación podían hallar en ella, y la gran eficacia que tendrían sus servicios a los pobres estando reunidas en comunidad, aunando sus esfuerzos y trabajos, y con la especial ayuda de Dios, que seguramente las bendeciría.

¡Bella y gran misión dio Nuestro Señor a su amada Emilia! Encender y avivar el fervoroso anhelo de consagrarse a Dios, y por Él al servicio de los pobres, en el grupo de

almas selectas de que la rodeó, haciéndolas capaces de los grandes pero sublimes y meritorios sacrificios que exige la vida religiosa; dirigir esos anhelos a formar en Venezuela la primera Congregación de Caridad, y dejar encendido el fuego que después había de prender en tantas almas; y dado el ejemplo y abierto el camino para las demás Congregaciones que irían naciendo en el país, y tanta gloria a Dios y provecho al prójimo también habían de dar.

Y tal gracia le dio el Señor para cumplir sus misericordiosos designios, y tan bien correspondió Emilia, que muy pronto nació en la mayor parte de las señoritas que la acompañaban en sus trabajos de caridad, verdadero y santo deseo de consagrarse a Dios, a su servicio, a su gloria; es decir: la vocación religiosa.

Ha contado, años más tarde, una de aquellas almas, que, sintiendo ya vivamente los indecibles anhelos que da la vocación e ignorando todavía que estuviera tan próxima en los decretos de Dios la fundación de las Hermanitas de los Pobres, paseábase a veces por los corredores de su casa pensando y preguntándose cómo haría ella para llegar a ser religiosa; dónde hallaría esa mansión de paz, de oración, de santa entrega a Dios, como suponía había de ser un convento..., y rogaba, rogaba al Señor misericordioso e infinitamente digno de ser amado, que le diera los medios de colmar los deseos que Él mismo inspiraba..., y por eso decía con gracia: "Esta Congregación fue fundada para mí".

Sí, ¿por qué no? Para ella y para las demás que seguramente rogaban igualmente a Dios les concediera ese bien. Nuestro Señor tomó a Emilia Chapellín como instrumento para dar vida a la Obra que inspiró al venerable Padre Machado, y le dio la fortaleza y las virtudes necesarias para que, a pesar de las dificultades de los tiempos, regara las semillas de la vocación, cultivara desde el nacer las primeras plantas, como abnegada y solícita jardinera las cuidara y luego las reuniera en lozano jardín, que ¡bendito sea Dios! ha llegado a florecer en múltiples flores de virtudes.

Podemos creer que las fervientes oraciones de aquellas primeras almas que al calor de las virtudes y ejemplos de Emilia sintieron nacer la santa vocación, apresuraron el cumplimiento de los deseos de los santos allanándoles dificultades que de otro modo habrían sido insuperables.

Los primeros frutos de las nacientes vocaciones se estaban viendo. Aquel modo de cuidar a los enfermos, con tanta abnegación y tan puramente por Dios, atraía las divinas bendiciones. Dios las enviaba con profusión sobre el incipiente Hospital, con la conversión de muchos enfermos que habían llegado a él postrados por la enfermedad y la miseria. De ellos, unos no habían recibido ni el santo Bautismo, y otros se habían olvidado hasta de que existía Dios, y nada sabían de la obligación de atender a los dictados de la conciencia... ¡Ni



conciencia tenían, diremos mejor! ¡Oh, qué suerte para ellos ir a dar a las piadosas manos que los atendieron!...

¡Felices almas las que instruidas en vuestros deberes religiosos salisteis de allí dispuestas a vivir cristianamente! ¡Felices almas las que volvisteis a Dios y, regeneradas con la Sangre de Cristo, fuisteis de allí despachadas para el cielo!

Llenas de consuelo y de alegría, la señorita Chapellín y sus compañeras, cuyo único y ardiente anhelo era la gloria de Dios y la salvación de las almas, presentaban al Señor esos primeros frutos de sus fatigas; y enardecidas con el éxito, cada vez más encendidas en ardiente caridad, proseguían su generosa empresa con plenísima confianza en la divina ayuda, tan claramente manifiesta.

## **CAPITULO XX**

### **LUCHAS Y TRIUNFOS**

Mientras los consoladores éxitos sobrepasaban las halagüeñas esperanzas de nuestras jóvenes heroínas, Emilia sostenía dura lucha con su propio corazón para romper de una vez, y ya para siempre, las ligaduras que la retenían aún en el seno de la familia.

¿Y por qué era tan grande la lucha? ¿No había dejado una vez la casa paterna para ensayar la vida religiosa, pensando que la dejaba para siempre también? Y la resolución de ahora, ¿no era una consecuencia del mismo deseo que entonces la impulsaba, al cual no había renunciado jamás?

Misterios del corazón humano, que al mismo tiempo desea y teme, y ama cosas distintas, aunque buenas, incompatibles entre sí; como la compañía de los seres queridos en la familia y el silencioso recogimiento del claustro, la quietud de la vida tranquila y el continuo desvelo, el ímprobo trabajo de una sala de enfermería, cuya natural repugnancia vence el amor de Dios...

Los santos no son insensibles. Por el contrario, suelen ser dotados de más exquisita sensibilidad y, por tanto, las luchas que sostienen son a veces mayores que las nuestras.

Cuando Emilia fue a Curazao, iba a una Congregación no sólo ya formada, sino en todo el auge de la observancia y próspero trabajar, y al natural e inevitable dolor de la separación no se le añadía para los suyos inquietud ninguna respecto al porvenir. Ahora... ¡cuán distinto!... ¡Cómo teme la pobre hacer sufrir a su padre al hablarle de sus proyectos,

de una obra que, aunque muy buena, humanamente no se veía viable! Y cómo la naturaleza toda había de estremecerse ante la determinación de dar lo que seguramente disfrutaba para ir en busca de trabajos sin cuento, privaciones sin número, escasez de todo..., quién sabe si carencia de lo más necesario algunas veces...

El corazón estaba resuelto al sacrificio; pero no podía dejar de sentirlo. Quería hacerlo, y le apenaba llevarlo a la práctica. ¡Oh, qué fuerza más grande necesitó que Dios le diera!

Emilia lucha, pero la lucha, aunque dolorosa, es pacífica. Su padre no se opone abiertamente al sacrificio, pero la hace esperar por prudencia hasta ver qué forma tendrá el Hospital y si con toda dignidad podría instalarse en él...

¡Pobre padre! Él ignora que precisamente hacen falta los sufrimientos, las privaciones, los trabajos que su amada hija va a padecer, para que la hermosa y santa obra sea una realidad. El mismo sacrificio de su vida que Emilia ofrecerá gustosa, será tal vez la condición precisa para que la Congregación florezca, y su holocausto no será como el de Isaac sólo ofrecido en el corazón, sino consumado en realidad.

Ya dos de aquellas piadosas almas que pertenecían a la Junta de Damas, guiadas por el divino Espíritu, habían dado de mano a todo lo del mundo, instalándose en el Hospital, y con gran abnegación lo atendía de continuo, siguiendo siempre las órdenes de la señorita Chapellín.

Esta comprendía con grandísima claridad que Dios la instaba y debía establecerse definitivamente al lado de sus pobres. El director, conociendo haber llegado el momento de la inmolación, la animaba a dar el paso decisivo, y la joven estaba resuelta a darlo; pero no pudiendo aún, por la forzosa demora que la prudencia de su buen padre le hacía sufrir, y tímida para enfrentarse a la voluntad paterna, tan razonable a los humanos ojos, esperaba de Dios se cambiara la determinación del señor Chapellín, y redoblando su oración y penitencia, se preparaba al heroico sacrificio. Mientras tanto había suplicado a su padre y obtenido de él que le hiciera una pequeña habitación separada a modo de celda. En ella puso el moblaje de la santa pobreza: una cama, una mesita y dos sillas. Santificando la habitación con su presencia, un Crucifijo, y por todo adorno, dos cuadritos devotos. Este fue desde entonces todo su ajuar.

Más no le bastaba eso. Los anhelos de Emilia eran ya tan grandes que no se pudieron contener más: habían llegado a su colmo. Los pobres del Hospital constituían su familia de adopción, y le urgía irse a reunir para siempre con ellos.

Su buen padre, con parte de la familia, se encontraba en Caracas, y era preciso resolverse al viaje para obtener el deseado permiso. Hacía vacilar a la joven el temor de una negativa formal, y así lo manifestó a su director.

El Padre Machado no conocía obstáculos cuando había cifrado su confianza en Dios, y para confortarla y al mismo tiempo ir preparando las impresiones del señor Chapellín y de todos los parientes de Emilia, se valió de una piadosa estratagema. Tomó un crucifijo de metal, por cuya anilla pasó una cinta negra, y lo entregó a la joven diciendo:

-Póngase este crucifijo sobre el pecho y llévelo visible, a ver qué efecto causa.

¡Este era el primer anuncio de nuestro amado hábito! No fue el crucifijo añadido a él como un accesorio, sino que por la adorable imagen de nuestro Salvador crucificado empezó a revestirse la primera Hermana de los Pobres. Como si nuestro Señor nos hubiera querido dar a entender que lo primero para nosotras es el amor a Jesucristo y al sacrificio, aceptado por Él.

Al recibir el precioso regalo, parecióle a Emilia que le venía de las mismas manos de nuestro Señor. Sintióse como revestida de una fuerte coraza. Estaba santamente orgullosa, y tan fortalecida, que ya nada temió.

Marchó a Caracas, a la casa paterna; correspondió a los mil agasajos de los suyos, y por fin descubrió a su padre la determinación formal de instalarse de un todo en el Hospital de Maiquetía. Los efectos que tal resolución causaron en el corazón del amante padre y de los no menos cariñosos hermanos, son más para imaginarse que para describirse.

La consternación hirió a toda la familia. ¿Qué pensaba hacer Emilia en aquel Hospital sin rentas, y aun sin las precisas comodidades para habitar en él una señorita? ¿No era esto una locura? ¿Por qué no esperar un poco más de tiempo? ¿Qué se perdería en ello?

Así discurrían todos; pero después de unos días la valerosa joven, recordando a su padre el objeto de su visita, tuvo el consuelo de oír de labios del autor de sus días el anhelado sí, que llenó su alma de alegría inefable, aunque a su corazón lo traspasó de dolor...

¡Era forzoso separarse de todos los que tanto amaba! ¡Había que superar heroicamente los sentimientos naturales y obedecer a Dios antes que complacer a los hombres!...

Dios la llenó de fortaleza; y aunque con el corazón traspasado por la pena, dio el adiós definitivo a su amantísimo padre y a todos sus hermanos, serena y tranquila, quedando para ella sola la amargura de su dolor.

## CAPITULO XXI

### LLEGADA DE EMILIA AL HOSPITAL

Llenos de tristeza quedaron en Caracas los familiares de Emilia, mientras ella, felicísima en medio de su natural dolor, porque veía cumplirse el único ideal de su alma, salió el día 25 de septiembre de 1889, a las siete y media de la mañana, hacia su amado Hospital. Acompañábanla varias amigas, entre ellas su muy querida Isabel Lagrange. También por disposición de su padre, la acompañó hasta Maiquetía el venerado amigo de la familia Fray Olegario de Barcelona. A las diez y media estaban ya en la estación de Maiquetía, donde muchas personas esperaban para recibir afectuosamente a la "Señorita presidenta", que tan estimada se había hecho a todos.

¡Cuáles serían los sentimientos de Isabel Lagrange cuando, emocionada, acompañaba a su buena amiga en ese día en que, triunfante ya de todos los prejuicios, de todos los naturales recelos, de todas las dificultades que podían oponerse a su vocación, la veía dirigirse al Hospital para dar principio a la suspirada obra, tan necesaria entonces, de una Congregación de Caridad que atendiera a los pobres desvalidos!

¡Cómo admiraba su fortaleza para lanzarse por un camino no explorado, donde no tenía ejemplos que imitar, y sí muchos inconvenientes que temer! ¡Qué grandeza reconocía en su confianza en Dios, y su completa entrega a la divina Providencia!

Ya el corazón le urgía a imitar a la amiga entrañable. Si, ella también seguiría la voz del Señor. En efecto, poco más de un año después, también Isabel Lagrange seguía el camino de Emilia Chapellín, y ponía los cimientos de su Congregación, dedicada especialmente a la educación y amparo de las niñas pobres.

Sigamos a la dichosa Emilia, que en medio de sus acompañantes iba hacia su nueva casa. De paso entraron a la iglesia parroquial, donde la señorita Chapellín visitó al Santísimo y rezó un *Te Deum* en acción de gracias; mostrando todo su porte, angelical modestia y amable sencillez, sin ostentación ninguna y reprimiendo los íntimos afectos de su alma, a los cuales no daría expansión sino en el secreto de su oración agradecida, a solas con Dios.

Cuando pisó el umbral del querido Asilo, su ser fue inundado de indecible contento. Allí estaban reunidas las damas que prestaban sus servicios al Hospital, vestidas con su uniforme, representándole algo una Comunidad religiosa. El Padre Machado, que no cabía en sí de santa alegría, había puesto una imagen de San José en el patio, pues conocía la ferviente devoción que la señorita Chapellín le profesaba, y a la entrada le dijo:

-Mire al Dueño de la Casa.

Emilia fijó los ojos con respetuosa mirada en el Santo Patriarca e inclinó luego la cabeza en señal de sumisión y reverencia a su excelso Abogado.

Las dos piadosas jóvenes instaladas un poco antes en el Hospital, según hemos dicho, condujéronla después hasta una humilde y pobre pero limpiísima celdita. Allí, en la soledad, dio libre curso por un rato a los sentimientos que la embargaban en aquellas horas tan solemnes de su vida.

Enseguida fue a visitar a sus amados pobres. Radiantes de alegría la recibieron ellos como a la tierna madre que la divina Providencia les enviaba, y no había de apartarse más de su lado. Unos con lágrimas de gozo, otros con sencillas frases llenas de ternura, le manifestaron como mejor pudieron la felicidad que sentían.

En ese mismo día, una de las jóvenes de quienes hemos hablado, la señorita María de Jesús Badillo, puso en manos de Emilia las llaves de la Casa con todos sus tesoros, es decir: doce enfermos, dieciocho enfermas, algunas facturas por pagar y unas piezas de plata que tal vez no alcanzaban para los gastos del día; y junto con su otra compañera, la señorita María Eustaquia Ochoa, se puso por completo bajo sus órdenes, principiando así ambas el postulante, que había de preceder al dichoso día de su toma de hábito. Este había sido ya ideado en sus líneas generales por el Padre Fundador según un modelo que le agradó en el Vaticano.

He aquí, piadoso lector, la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, tal cual ha sido en sus humildes principios. Tenemos sumo placer en presentársela.

La señorita María de Jesús Badillo, en Religión Sor María Anastasia de San José, después de haber llenado una vida de amor a Dios, de abnegación y de todas las virtudes, murió en la Congregación a la edad de noventa y seis años.

La señorita María Eustaquia Ochoa, en Religión Sor Eustaquia de San José, murió también de edad muy avanzada. Después de haber sido modelo de religiosas. Toda su ejemplar vida la pasó en su querida Casa-Cuna de la Congregación: el Hospital de Maiquetía.

Ellas fueron las que con nuestra venerada Madre Fundadora llevaron todos los grandes sacrificios del principiar, y fueron también ejemplo y dechado para las que vinieron después al naciente Instituto. Hasta el fin de su vida se las vio obedientes y sumisas como las que más a las superiores, sin hacer cuenta por su parte de que habían sido las primeras piedras del edificio de la Congregación.

A los pocos días de morir la bonísima Hermana Eustaquia, decía de ella su última Superiora, que le admiraba y edificaba ver cómo siendo una Superiora joven que por primera vez ejercía el cargo, la Hermana le pedía licencia para todo y no hacía nada sin permiso.

La Hermana María Anastasia, en sus últimos años ciega y enferma, era entonces a la par de piedad edificante y sumisa como un niño.

Dios habrá premiado largamente tantas virtudes, que a la vez muestran el gran temple de alma de nuestras primeras Hermanas, y nos dicen cómo fueron de grandes la virtud, la prudencia, los dones especiales de Dios que adornaban a la Madre Emilia, que en la vida religiosa las formó.

## **CAPITULO XXII**

### **NUESTRO SANTO HÁBITO Y PRIMERAS REGLAS**

La Congregación estaba ya formalmente iniciada. Emilia no cabía en sí de admiración viendo cómo el Señor, dueño absoluto de los acontecimientos, había ido preparándolos todos para el logro de sus fines.

¡Conque ella iba al fin a ser religiosa en su misma patria, donde al parecer no podía ni soñarse con eso! Y Nuestro Señor la escogía para iniciar un género de vida todo nuevo en Venezuela, y con la Congregación que se empezaba a formar sería glorificado por la vida de oración y sacrificio que llevarían las Hermanitas; las almas fervorosas y buenas a quienes Dios otorgara la gracia especial de servirle en esa vida de abnegación continua y de santos gozos espirituales, no sospechados siquiera del mundo.... que hasta increíbles parecen a los que no llegaron a probarlos.

Y pues esas almas que Emilia entreveía, numerosa legión, la llamarían Madre, y habían de poner en ella sus ojos para ir copiando, como de su modelo, cuanto debían hacer. ¡Cuán obligada estaba a procurar de veras la perfección, a vencer sus debilidades, a santificarse, en fin!...

Ese era ya todo su empeño. A eso tendían sus actos.

¿Y no se descorazonaba ante la magnitud de la empresa?

¡Oh!, de seguro hubo de pasar momentos de angustia y ansiedad, siendo tan humilde y viendo su pequeñez para tan grande Obra; pero muy luego sentíase revestida de la fortaleza

que le prestaba el saber que estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Mientras más humilde es el alma, más cortos son los desfallecimientos que sufre. Cuenta con Dios, en Él halla fuerza y eficaz ayuda. Sabe que Dios le dará las gracias que necesita a medida de su generosidad con El, y se esfuerza en ser cada vez más generosa.

Por eso, instalada Emilia en su nueva morada, ya no pensaba en otra cosa que en hacer completa la ofrenda de su vida, y para ello empezar por vestir la santa librea de Jesucristo que hacía patente su separación del mundo. Por eso instaba a su director espiritual a que fijara el día de su Toma de Hábito. Mientras tanto se esforzaba en preparar su alma con la oración y el retiro.

-Pero... ¿qué forma se le dará al hábito? -preguntaba Emilia a su director y Padre.

- ¿Qué forma?... decía él; y queriendo darle a entender lo que tenía ideado, explicaba:

-Pues creo que debe ser un vestido negro de lana, muy sencillo, con manguillos ajustados y mangas largas, sin corte; una toca que inventará usted; una esclavina blanca; todo de lienzo, nada de hilo; y el manto, como uno que yo vi en las salas del Vaticano. Era negro, y tenía una orla o forro azul alrededor de la cara. Así quisiera yo que fuera el de las Hermanitas.

El vestido así dibujado adoptóse desde entonces como hábito distintivo de la Congregación naciente, y gracias a Dios, muy pocas modificaciones ha sufrido. En su conjunto es el mismo que vistió la primera Hermanita de los Pobres en Venezuela: nuestra Madre Fundadora.

La venturosa fecha de la Toma de Hábito, que Emilia con afán deseaba, no se hizo esperar mucho. El Padre Machado obtuvo del señor Arzobispo de Caracas, doctor Crispulo Uzcátegui, el debido permiso, y podemos suponer con cuánto gusto fue concedido por el digno Prelado, sabiendo la estimación en que tenía a la señorita Chapellín. De seguro fue para él muy consolador verla arrastrar tan grande empresa como era iniciar de nuevo en el país la vida religiosa, y más, en la simpática forma de una Congregación de vida mixta, dedicada no sólo a procurar la propia santificación, sino también a remediar las necesidades de los pobres que yacían en tanto abandono.

El 25 de octubre, justamente un mes después de su ingreso, engalanóse Emilia con los bellos arreos de la pobreza, vistiéndose el sencillo y atractivo hábito que sus Hijas habían de llevar también con santo orgullo. Desde entonces la llamaron todos la Hermana Emilia.

Otra alma de excelentes dotes se había agregado unos días antes, el 16 de octubre, a la piadosa Comunidad: la señorita Trinidad Orta. Ella y las otras dos postulantes, adoptando un vestido negro sencillo, parecido al de nuestra Hermana Emilia, comenzaron a prepararse

para su Toma de Hábito; pues la prudente Fundadora quiso que hicieran primero el ensayo del estado que pensaban abrazar, al mismo tiempo que darse ella mejor cuenta de sus disposiciones para la vida religiosa, y mediante el ejercicio de la más perfecta Obediencia y de todas las virtudes, probar un poco más y al mismo tiempo afianzar su vocación.

La Hermana Emilia empezaba entonces una nueva vida de ímprobo trabajo. Además de la asistencia al Hospital había de ocuparse en la formación de las almas que Dios le confiaba, y de ir moldeando el modo de ser de la Congregación.

Principió desde luego a observar algunas cosas a manera de reglas, aunque en la materia bien poco sabía. Recuérdese que sólo estuvo siete meses en Curazao, y aunque algo le sirvió lo que allí viera, su Instituto había de ser diferente de aquél, cuyas costumbres no podían tampoco ser trasladadas a Venezuela, donde, puede decirse, se había olvidado ya lo que eran reglas de Comunidades.

El Padre Machado tenía aún menos conocimiento de ellas; pues él mismo dijo muchas veces: "Yo no sabía nada absolutamente de vida religiosa. Allí todo lo iba inspirando nuestro Señor."

Cierto que el Padre había procurado ver casas religiosas en sus viajes a Europa, especialmente en el último, del cual volvió precisamente en agosto de aquel año. Entonces, ya determinado a fundar la Congregación, se fijó mucho en los hábitos que veía, para escoger el más apropiado a lo que deseaba. Vio y admiró las obras de caridad de varios institutos, pero de su régimen interior pocas informaciones pudo obtener.

Nuestro Señor envió en ayuda de nuestros Fundadores a un piadoso y docto sacerdote español, amigo de toda confianza del Padre Machado, el reverendo presbítero Domingo Lamolla, que además de ser dignísimo de aprecio por su vida virtuosa y ejemplar, conocía bastante el estado religioso. Dotado por Dios del don de consejo, ayudó mucho a la Hermana Emilia a trazar las primeras reglas que debían regir la Comunidad; pero siempre la parte principal quedaba para arreglarla nuestros Padres Fundadores bajo la inspiración de Dios; ya que las experiencias del Padre Lamolla se referían a la vida religiosa en Europa, y había que adecuarlas al medio tan diferente de la vida en Venezuela.

La Madre Fundadora se propuso desde el principio reproducir en cuanto fuera posible la vida mixta de Nuestro Señor, dedicando una parte del día a la oración, y otra parte a las obras de celo y caridad. Compartieron, pues, las horas entre la oración mental, rezo del Oficio de la Santísima Virgen y otras prácticas piadosas; y por otra parte la asistencia personal a los enfermos, la enseñanza del Catecismo para disponerlos a vivir y morir cristianamente, y la recaudación de las limosnas de puerta en puerta en nombre de los pobres; trazando así el primer plan de vida de las Hermanitas de los Pobres, que se ha venido observando hasta hoy.



## CAPITULO XXIII

### ANECDOTAS DE LOS PRIMEROS DIAS

Dejemos por algún espacio de tiempo a nuestros Padres Fundadores ocupados en el laborioso trabajo de ir formando la Congregación; trabajo fortísimo sobre todo para la Madre Emilia, que iba viviendo las múltiples dificultades que se presentaban, y había de buscar para cada una el oportuno remedio.

Entretanto referiremos algunas anécdotas que con suma gracia contaba la Hermana Trinidad.

Decía esta Hermana, con su carácter franco y alegre, a las Hermanas que ingresaban años después a la Congregación:

"Ustedes han encontrado la mesa puesta. (Aludía a la Congregación ya formada.) Nosotras, las primeras, ¡sí tenemos qué contar!"

"Teníamos que velar por turno media noche cada una, y todas las noches, porque así lo mandaba el reglamento. Luego, a las cuatro y media sonaba una campanita que nos obligaba, quieras o no, a dejar el lecho, no mullido, por cierto, pero que a nuestro rendido cuerpo le agradaba bastante.

"De cinco a seis, oración mental; y como no teníamos misa ni comunión en casa, había que ir a la iglesia parroquial, quedando siempre dos al cuidado de los enfermos. Las que quedaban les rezaban las oraciones de la mañana y les preparaban el desayuno. Al regreso ya estaban nombradas las dos que habían de ir a recolectar.

"¡Oh, cuánto sueño, Hermana, cuánto sueño tenía yo en la recolección! -decía riéndose la Hermana Trinidad- A veces me quedaba dormida los momentos que me hacían esperar para darme la limosna.

"¡Bendito sea Dios, y qué contentas estábamos! Yo recuerdo esos días con placer y me siento feliz de haber participado de todos los trabajos que en nuestra Fundación pasamos.

"Al volver de la recolección era raro que nos pudiéramos recoger un poco a descansar, porque era la hora de distribuir el almuerzo a los enfermos.

"Después nos llamaba a nosotras la campana para el almuerzo, seguía breve recreo y el Oficio de la Santísima Virgen, que se rezaba en comunidad. El resto del día, si otra vez no se salía a recolectar, teníamos que ocuparnos de enseñar el Catecismo a los enfermos, curar las úlceras y remendar la ropa. ¡¡Esa era nuestra vida!... ¡Cuán felices éramos! -repetía-; no

hubiéramos cambiado nuestra toca y la cesta por el cetro y la corona de la reina más poderosa y feliz de la tierra..."

En estas sencillas relaciones de alma tan llena de su vocación, se puede ver cómo aquella pequeña Comunidad que la Madre Emilia gobernaba con tanto acierto, vivía llena de fervor y espíritu religioso, mientras iba creciendo poco a poco en las obras de celo y caridad para con los enfermos.

Vemos qué afortunadamente se engañaron los que suponían imposible el establecimiento de una Congregación religiosa en Venezuela, dados los tiempos que corrían y el espíritu reinante, y hasta insinuando que no había almas capaces de tanto sacrificio como se necesitaba para ello.

Cuando el reverendo Padre Machado, determinado ya a fundar la Congregación y seguro de que Emilia Chapellín sería la piedra fundamental de ella, empezó a abrir camino a la idea para allegar medios con que hacerla realidad, entre los que más dudaron del éxito estuvo su gran amigo el presbítero doctor Juan B. Castro, quien, como se recordará, era el Párroco de Maiquetía cuando el Padre Machado empezó a servir a la Iglesia como Teniente-Cura de aquella Parroquia.

La opinión del doctor Castro, hombre sabio, prudente y de sólida virtud y piedad, era al principio totalmente opuesta a la fundación y, según se cuenta, aseguraba que en Venezuela no daría resultado una Congregación religiosa.

Más aún. Durante el viaje que en 1889 hicieron ambos amigos a la capital del orbe católico, no cesando el Padre Machado de trazar planes para la fundación, que miraba próxima, trataba el doctor Castro de disuadirle de ello como de cosa imposible, y en una ocasión el P. Machado le preguntó:

-Si yo le presento a usted cincuenta religiosas de las que pienso formar, ¿creerá usted en la Congregación?

- ¡Con veinte me conformo! -respondió el Padre Castro dando a entender en la voz y el ademán que no esperaba ver esa realidad.

Por esta anécdota puede vislumbrarse el sinnúmero de prejuicios que nuestros Padres Fundadores hubieron de vencer, los obstáculos que superaron, la fuerza moral que tuvieron y la ilimitada confianza en Dios, que les dio el triunfo.

Emilia, destinada por la Bondad divina a llevar a cabo la gran obra ideada por la caridad del Padre Machado, fue tan fiel a Nuestro Señor que recibió todas las gracias necesarias para cumplir su misión. Atrajo con su virtud un grupo de almas, no muy numerosas (no podía serlo en un país de población escasa), pero que, al calor de su materno

corazón, se encendieron tanto en amor de Dios y anhelos de abnegación y sacrificio, que dejaron prendida llama viva, no sólo para que en ella encendieran su fervor las futuras Hermanitas de los Pobres, sino para que otras almas, viendo iniciada en el país la vida religiosa y vencidos los obstáculos mayores, se animaran a seguirla por diverso camino, esmaltando así con nuevas y variadas flores de virtudes el jardín de la Iglesia Venezolana. Haremos resaltar esa misión tan bella que dio Nuestro Señor a la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía.

Veinte Hermanas había pedido el Padre Castro para creer en la posibilidad de la Congregación. Fundada ésta según hemos visto, el 25 de septiembre de 1889, cuatro años más tarde ya contaba con las veinte religiosas, y el influjo que ejercía a su alrededor era decisivo.

Ya para esos días Isabel Lagrange, siguiendo los pasos de su entrañable amiga Emilia, había fundado la Congregación de Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón, siendo cofundadora con ella la señorita Adela Álvarez Chapellín, prima hermana de la Madre Emilia; y algo más adelante, en 1892, había ingresado en aquella Congregación Mercedes Chapellín, la hermana queridísima de Emilia, y en la niñez su compañera inseparable en las obras de caridad que ejercitaba. Por medio de Emilia conoció Mercedes a Isabel, intimó con ella, participó de sus entusiasmos y la acompañó por fin; por lo cual no puede dudarse del influjo de las virtudes y ejemplos de Emilia en la vocación de su hermana, y puede creerse que también en la de su prima Adela. Más adelante diremos algo de ellas todavía, porque ahora otra cosa notable reclama nuestra atención.

Un alma llena de piedad y deseosa de servir al Señor, la señorita Carmen Rodríguez Díaz, admirando las virtudes que practicaban las primeras Hermanitas de los Pobres, sintió nacer en su corazón la vocación religiosa y quiso ingresar en el Instituto. Rotunda negativa de sus padres la paró en el camino. Sometióse ella a la obediencia; pero la vocación, que había prendido de lleno, fue creciendo y arraigando.

Por eso suplicaba muchas veces y con gran empeño a su director, presbítero doctor Juan Bautista Castro, le abriera camino para cumplir sus anhelos; se atrajo amigas que compartieron sus deseos, y resultó de ello..., ¿quién lo creyera?, que el P. Castro, ya bien convencido de que sí podía haber religiosas en Venezuela, y aun religiosas de gran virtud, fundó con la señorita Rodríguez Díaz, superando no pocas dificultades y contratiempos, la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento.

Si, en 1893 el Padre Machado arregló una fiestecita para presentar a su gran amigo el doctor Castro a las veinte Hermanitas exigidas para creer en la existencia de la Congregación, en 1899, cuando en una numerosa Toma de Hábitos de las Hermanitas de los Pobres se completó el número de cincuenta religiosas, hubo una alegre fiesta de familia,

a la que asistió el antes Padre Castro, ya Arzobispo de Caracas y Venezuela; y entonces, con filial confianza hicieronle notar las Hermanitas, en una graciosa poesía que divirtió mucho a Su Ilustrísima, que tras de tanto asegurar que no podía fundarse una Congregación en Venezuela, el mismo era ya Fundador.

Vemos ya clara la misión notable que confió el Señor a nuestros Fundadores, que fue no sólo establecer la Congregación, sino abrir camino en el campo inexplorado para que tras ellos otros sembradores cultivaran también bellos jardines de frescas flores. Volvamos ahora a la reverenda Hermana Emilia y admiremos cómo al mismo tiempo que atendía a los mil detalles de los servicios del Hospital, y a la buena formación de las hijas espirituales que el Señor le iba dando, se preparaba fervorosamente para su Profesión religiosa, pues se acercaba el día de pronunciar los santos Votos.



Hospital San José, donde se fundó la Congregación.

## CAPITULO XXIV

### ANHELOS CUMPLIDOS

Una de las primeras preocupaciones del Padre Machado en cuanto se fundó la Congregación, fue la de instalar el Santísimo Sacramento en su humilde Hospital. El número de enfermos aumentaba. Era, pues, de urgente necesidad fabricar una capilla donde con el posible decoro se instalará el divino Huésped, y que sería para las Hermanitas y sus pobres como el vestíbulo del cielo.

El dulce Jesús parecía haber encontrado sus delicias entre las humildes paredes de aquel pequeño Asilo de Caridad, donde nuestras cuatro valerosas jóvenes, arrostrando privaciones y sacrificios en medio de una vida de tan fuertes trabajos y fatigas, se multiplicaban para atender a todo y se esforzaban animosas para cumplir todas las reglas establecidas; obedeciendo puntualísimamente a sus superiores y haciendo las veces de madres con sus amados enfermos.

El pueblo de Maiquetía, que tan de su cuenta había tomado el Hospital, y lo mismo digamos de los habitantes de La Guaira, sentíanse orgullosos de su empresa y se aprestaron con entusiasmo santo a contribuir a la fábrica de la capilla.

Colocóse la primera piedra el 12 de febrero de 1890, con gran solemnidad y mayor contento. Asistió a la ceremonia el presbítero doctor Antonio Ramón Silva, que después llegó a ser Arzobispo de Mérida; muchísimos bienhechores del Hospital, y todos los enfermos que pudieron ser llevados por las Hermanitas al lugar de la futura capilla.

Las Fundadoras conservan un recuerdo de aquel día de gracias, y cuentan que en los momentos mismos de la bendición vino una paloma blanca a posarse en los brazos de la cruz que siempre se pone detrás de la pequeña fosa donde se coloca la piedra; y allí permaneció durante toda la ceremonia. A todos los concurrentes causó muy grata impresión, tomando a la graciosa paloma como anuncio de las bendiciones del cielo para la Obra.

Los trabajos se empezaron con grandísimo entusiasmo, porque debía bendecirse la capilla el 19 de abril, día del Patrocinio del Señor San José. Para conseguir esto los operarios trabajaban algunas veces hasta la medianoche.

¿Quién podrá expresar las grandes alegrías de las dichas Hermanas mientras iban los trabajos adelantando, alzándose las paredes, terminándose, por fin, uno tras otro, todos los detalles?

Con grandísima satisfacción de todos se concluyó la obra en poco más de dos meses; y como se había deseado, se pudo bendecir en aquel gran día del Patrocinio, escogido para la Profesión de la fervorosa Hermana Emilia, y la Toma de Hábito de sus tres primeras compañeras y de otras dos postulantes que, atraídas por el ejemplo de aquellas cuatro primeras heroínas de la caridad, se les habían unido ingresando en la Comunidad del Hospital el 12 de febrero.

El corazón de la Hermana Emilia y los de sus compañeras se inundaron de felicidad inefable. ¡Al fin tendrían a su amado Jesús viviendo de continuo con ellas! ¡Sus enfermos recibirían el bálsamo de la divina consolación en su misma fuente! ¡Cuántas pruebas de amor les daba Jesús, por quien habían dejado todo!... Y considerándolo ellas, ¡en qué ardores tan celestiales e inflamados ardían sus puras y abnegadas almas!

Y si tal era el contento, la dicha que sentía la Hermana Emilia al ver que pronto iba a vivir de continuo, como quien dice, junto al Sagrario, por la hermosa realidad de tener a Jesús en casa, ¿qué sentiría mientras esperaba la aurora del suspirado 19 de abril, en que iba por fin a ser verdadera religiosa, consagrándose a Dios por los santos Votos de Pobreza, Obediencia y Castidad?

Ya quedaría absolutamente apartada del mundo; hecho completo y perfecto su holocausto, pertenecería sólo a Dios.

¡Oh, qué dicha! ¡Nuestro Señor la aceptaba por esposa! Honor incomparable que por ningún otro de la tierra cambiaría. Ahora estaría, sí, obligada a tender a la perfección, no como cualquier alma piadosa, sino por obligación de estado, solemnemente contraída con nuestro Señor; pero también tendría las gracias de estado para cumplir ese deber; los auxilios especiales que Dios da con abundancia a las almas religiosas.

Ahora iba a ser verdaderamente "Hermanita de los Pobres", y como cada vocación tiene gracias vinculadas que ayudan a su buen cumplimiento, podía confiadamente esperar de la divina Bondad particulares ayudas para bien atender a los menesterosos que le enviara la Providencia...

¡Cuántos se iban a remediar en el querido Hospital! ¡Cuántos iban a salvar sus almas, y a ganar el cielo, y a prepararse allí una dichosa eternidad!

Estos pensamientos enfervorizaban más y más a la feliz Emilia, que no sabía cómo dar cumplidas gracias al buen Dios. Sus Hijas participaban de su felicidad y contento, soñando también con el día en que les sería permitido pronunciar a su vez los santos Votos, y, sobre todo, estaban llenas de entusiasmo porque se iban a revestir con la estimada librea de la Congregación.

Un fervorosísimo retiro dirigido por el reverendo Padre Machado, precedió al hermoso 19 de abril de 1890. Ese día, muy temprano, se dirigieron a la iglesia parroquial para recibir la sagrada Comunión y hacer la Hermana Emilia la completa oblación de sí misma pronunciando los tres sagrados Votos, y luego recibir el santo Hábito las cinco postulantes. Después regresaron plenas de felicidad a su Casa, donde dieron expansión a la inmensa alegría que las embargaba. A la Hermana Emilia la llamaron en adelante "Madre".

A las nueve fue la bendición de la capilla. El ilustrísimo señor Obispo de Mérida, Monseñor Román Lovera, la bendijo en nombre del ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas, Monseñor Crispulo Uzcátegui; acompañándolo en la bendición y demás actos el reverendo Padre Olegario Planas, Monseñor Gámez y el Presbítero Antero Delgado.

Hubo sermón, y por la tarde ejercicio solemne, en el cual ocupó la cátedra sagrada el doctor Nicanor Rivero, el primer orador de su tiempo, y se terminó con el canto de las letanías.

La fiesta, pues, fue hermosa. Pero Nuestro Señor, a los que mucho ama no suele darles completas las alegrías de la tierra, aunque sean tan bellas y santas como las de ese memorable día; y la Madre Emilia no tuvo el consuelo de que quedara instalado el Santísimo Sacramento, por no haber llegado aún el necesario permiso.

Todavía hubo de esperarse para ello algunos meses, y por fin se obtuvo la anhelada gracia. El 30 de agosto del mismo año de 1890 fue el venturoso día de la instalación del Santísimo Sacramento.

## **CAPITULO XXV**

### **FUNDACION EN CARACAS**

La pobreza del Hospital de Maiquetía y la necesidad de dar acogida a mayor número de enfermos, obligó a la reverenda Madre Emilia a buscar medios de aumentar los recursos, y para ello pensó en recoger limosnas en la ciudad de Caracas. Por medio del reverendo Padre Machado solicitó de las autoridades civil y eclesiástica las licencias necesarias.

Esto dio motivo a resolver una empresa mucho mayor.

Tocaba a su fin el año 1891. La Congregación contaba con doce miembros: siete Hermanas profesas y cinco novicias. De las cinco primeras postulantes que tan fervorosas tomaron el santo Hábito el día de la Profesión de la reverenda Madre Emilia, una de ellas, muy piadosa y buena, no pudo soportar las grandes penalidades que en el Hospital sufrían;

enfermó a los pocos meses, y tuvo que volver al seno de su familia, donde vivió una vida ejemplar, conservando siempre en su alma el bien que había recibido en la Congregación. En cambio, envió nuestro Señor otras dos postulantes, que, por ser almas ya muy probadas y fundadas en virtud, y también por las necesidades de la Fundación, hicieron más corto el noviciado y profesaron, junto con las otras cuatro, el 19 de julio de 1891. Estas seis, con la Madre Fundadora, eran las profesas. Las cinco novicias, a la vez que se preparaban con gran fervor para emitir sus Votos, trabajaban esforzadas -así tenía que ser entonces- en todos los oficios de las Hermanas.

Con este personal, los Fundadores pensaron que podían establecer Casa de Noviciado en Caracas, donde se fijaría más tarde la sede del Instituto y, por consiguiente, la residencia de la Superiora General.

Obtúvose el permiso del señor Arzobispo, quien, con la bondad que lo caracterizaba, lo otorgó manifestando sumo placer en tener más cerca de sí a las que con razón podía llamar sus Hijas muy queridas. Un nuevo campo de acción se abría con esto a la ardiente caridad de las primeras Hermanitas, y se apresuraron a trabajar en él.

Habida la licencia se eligió el personal: la reverenda Madre Emilia y las Hermanas Trinidad, Dolores, Elena y Jerónima, esta última novicia todavía, e inmediatamente se hicieron los preparativos de viaje, que consistían en que cada Hermana tuviera lista la escasa ropa de su uso particular, y en preparar también un anciano que se llevaría a la Fundación como rico tesoro dado por la divina Providencia, y por el cual comprometían a nuestro Señor a derramar sobre la nueva Casa sus celestiales bendiciones. Llenas de esperanza en la divina protección, esperaron con entusiasmo el momento de emprender los nuevos trabajos y sacrificios que había de traer consigo la Fundación deseada.

Llegó el día 15 de enero de 1892, fijado para la partida.

El Padre Fundador celebró el santo sacrificio de la Misa y todas las Hermanas comulgaron. Expuso después el Santísimo Sacramento, y dirigióle fervientes súplicas por el feliz éxito de aquella nueva empresa que se proponían realizar para gloria de Dios, y alivio de la humanidad doliente. Los corazones henchidos de emoción le acompañaban, y el incienso de las sentidas preces llegaba inflamado de amor al trono del Dios Santo. Al fin, como prenda de celestial auxilio, dioles la bendición con la Divina Majestad.

Tomaron las viajeras un ligero desayuno y llegó la hora de ponerse en marcha. ¡Momento solemne fue aquél!

La Madre Emilia, entre los brazos de sus Hijas, que no acertaban a dejarla marchar... Los enfermos, colocados a la puerta del Hospital, bañados en lágrimas, se negaban a abrir paso a su venerada Madre, pues creían perderla de vista para siempre... Llegado el último



instante no pueden más, y reverentes inclinan la cabeza para que ella extienda su mano y los bendiga.

Todos la rodeaban. Quién le besaba la mano, quién le tomaba el crucifijo, el rosario, el manto... La buena Madre a todos dirigía una mirada cariñosa, y su humildad estaba casi alarmada por tantas demostraciones de estimación y cariño.

Desde el Hospital hasta la estación fueron acompañadas de muchas personas y, por supuesto, del Padre Fundador, que iba con ellas hasta Caracas. Al tomar el tren, embargadas con tantas y tan grandes impresiones, cada una se recogió en el santuario de su alma y empezó el rezo del Oficio y luego la oración mental, interrumpida alguna vez por una frase cruzada entre las Hermanas y su querida Superiora.

A las diez y media llegaron a Caracas, sin que nadie las esperara en la estación. Tomaron dos coches y se dirigieron a la casita que había sido previamente alquilada, donde las aguardaban la señorita Amelia Chapellín, hermana de nuestra reverenda Madre, y la señorita Trinidad Alvarado, amiga muy íntima de ella y que más tarde entró en la Congregación.

¡Qué pobreza más grande la de aquella casita! El mobiliario lo componían: una mesa vieja, cuatro sillas desiguales, una cama, tres o cuatro platos, un tarrito de tierra y en la cocina dos ollas sin tapa.

En el zaguán había colocado la fiel amiga de la Fundadora un cuadro de Santa Teresa, como modelo y maestra que fue de fundaciones pobres, y en la salita un cuadrito de San José.

Las abnegadas Fundadoras, en quince minutos revisaron la casa, y como no tenían nada que admirar, admiraron la infinita bondad de Dios, que tanto contento les daba en medio de aquel desamparo y pobreza.

¡Y verdaderamente es admirable el valor que da el amor divino para arrostrar sacrificios y penalidades! ¿Cómo iban a arreglarse en aquella casita, en cuya comparación el pobre Hospital de Maiquetía era como un palacio?

¡Ya iría el Señor dando todo lo necesario! Entretanto, para el fervoroso deseo de aquellas grandes almas, por dar a Dios verdaderas pruebas de amor, era inestimable ocasión el sufrir aquella falta de lo más preciso, y las llenaba de alegría padecer tales privaciones. El ejemplo y compañía de la amada Madre Emilia, tan delicada de salud y tan dispuesta a padecer, era estímulo y contento de sus buenas Hijas.

La familia Chapellín envió el primer almuerzo. Pasada la tarde en algunas diligencias y en el arreglo de lo más preciso para acomodarse, la cama única fue destinada al enfermo;

y cuando rendidas del trabajo y de las grandes, imborrables emociones del día, las Hermanas se retiraron a descansar, sirviéndoles de lecho el duro suelo, donde arreglaron sus camas lo mejor que pudieron.

Este fue el principio del Asilo de la Providencia de Caracas, donde han hallado refugio y amparo, hogar y consuelo, tantos ancianos y ciegos que habrán estado muy lejos de pensar que por proporcionarles el bien de que disfrutaron, la venerable Madre de la Congregación y las Hijas que en la Fundación la acompañaron, estuvieron contentas de pasar tantos trabajos, que ni cama tuvieron los primeros días en qué reposar.

Dios premió largamente tanta abnegación, y es incalculable el bien que el Asilo ha hecho y hace. Sea todo, como la reverenda Madre Fundadora lo deseaba y quería, a mayor gloria de Dios.

Hoy, a principios del 1940, todavía nos conserva la Bondad divina a dos de las beneméritas fundadoras: Sor Dolores y Sor Jerónima de San José. La reverenda Hermana Elena murió en septiembre de aquel mismo año con muerte muy edificante, y la reverenda Hermana Trinidad murió varios años después de la reverenda Madre Emilia, dejando en la Congregación gratísima memoria de sus eminentes virtudes.

## **CAPITULO XXVI**

### **DIGRESION**

Vamos a entrar ya en el último año de la vida de la reverenda Madre Emilia: año de más acrisoladas virtudes, por los sacrificios incontables, visibles a veces, casi siempre más bien ignorados, que le costaban los grandes trabajos que sobrellevaba con su completa falta de salud. Iba agotándose en el servicio de Dios, y no era en ella una metáfora bonita decir que le había hecho el holocausto completo de su vida, dándosela toda por la salvación de las almas y por el remedio de los pobres.

Deseamos hacer una breve reseña de las virtudes que dejó vislumbrar en su vida religiosa la humildad con que cuidadosa las encubría. Pero como el buen carácter de la Madre Emilia y las virtudes que practicó desde su niñez influyeron poderosamente en sus hermanos, y en sus hermanas en particular, daremos de dos de éstas algunas noticias, lo cual será una digresión agradable que nos hará admirar las trazas de que la divina Providencia se vale para realizar sus grandes designios en bien de las almas.

Ya dijimos cómo siendo Emilia de los menores entre sus hermanos, tuvo gran ascendiente sobre ellos, que la querían mucho y la acompañaban por complacerla en sus

obras de caridad. Dos hermanas siguieron después el ejemplo que les dio y abrazaron la vida religiosa.

Mercedes llevó una santa vida entre las Hermanas Franciscanas, donde ingresó en 1892; fue Superiora y Vicaria varias veces, y murió siendo Vicaria en el año 1922.

Su prima, Adela Álvarez Chapellín, cofundadora con la reverendísima Madre Isabel de la Congregación de Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón de Jesús, ejerció los cargos de Maestra de Novicias, Superiora y Vicaria. Fue fundadora del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe en El Recreo, y murió en el año 1920.

La vocación y destino de la otra hermana, compañera más unida a la Madre Emilia, Amelia Chapellín Istúriz, fue muy notable. Cuando la Madre Emilia pasó de esta vida, Amelia, por el mucho amor que le guardaba, visitaba con frecuencia el Hospital de Maiquetía, donde tan vivo se conservaba su recuerdo y tan fragante el olor que dejaron sus virtudes. En el año 1894 llegaron los Padres Salesianos a Venezuela, y a veces el Padre Riva iba a celebrar al Hospital de Maiquetía y les dejaba a las Hermanas el boletín salesiano. Allí lo leyó Amelia, y por él se sintió atraída a la Congregación de Hijas de María Auxiliadora.

¡Cuántas dificultades se oponían al logro de sus deseos! Pero el ejemplo de Emilia, que tantas venció, le daba ánimo y esperanza. No dejó medio que no probara, y logró que el señor Arzobispo de Caracas y Venezuela, monseñor Castro, en viaje a Roma y de paso por Barcelona (España) la recomendara en la Casa Noviciado de Sarriá. Con tan valiosa recomendación fue recibida por la reverenda Madre Inspectora, Sor Christina Giustimani.

Se fue, pues, a España, y en la Casa de Sarriá hizo provechosamente su noviciado. Después de profesar la destinaron sus superiores a Andalucía, siendo por varios años Ecónoma en el "Patronato o Talleres de Niñas Pobres" que tienen las Hijas de María Auxiliadora en Jerez de la Frontera.

Su Superiora de aquellos años guarda de ella gratísimos recuerdos. Dice que Sor Amelia trabajaba mucho en su santificación, y el medio principal de que se valía era la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a quien amaba con todo el fervor de su alma.

Se distinguió notablemente por su humildad. Tenía el carácter fuerte, pero como era humilde, las mismas faltas que le hacía cometer su carácter la ayudaban para adelantar en la virtud. Se humillaba apenas caía, y como una niña iba a su Superiora, quien la animaba con caridad y le repetía las palabras del Evangelio. Dispuesta a vencerse, nunca se iba a la cama sin arreglar el pequeño desacuerdo que hubiera tenido con cualquier Hermana.

Una gran pena y un gran deseo tenía el corazón de Sor Amelia por aquellos tiempos y eran objeto de sus ardientes súplicas al Sagrado Corazón, interesando también en ello a su amada Superiora, a quien había comunicado los sentimientos de su alma.

Su pena, grande por demás, era que uno de sus hermanos, a pesar de los buenos principios de su educación, vivía alejado de Dios, y hacía varios años no cumplía con las prácticas de nuestra Religión santa. Ya se comprende cómo la Hermana, que siempre vivió en ambiente de piedad, y era tan buena religiosa, sufriría con esto, y con qué anhelo pediría al Corazón Sacratísimo la vuelta a Dios del hermano amado.

El deseo que alimentaba era que las Hijas de María Auxiliadora pudieran fundar en Venezuela, para que llegaran hasta la patria querida los beneficios que abundante mente repartían en otras partes.

Ambos favores fueron concedidos por el cielo, si bien el segundo no lo vio en la tierra, pues más bien después de su muerte lo alcanzó de Dios.

En cuanto al hermano por quien rogaba, el Sagrado Corazón lo llevó a España, y habiéndose establecido en Barcelona, las superiores dispusieron que fuera allí también Sor Amelia. Esta le regaló una placa del Sagrado Corazón pidiéndole que la tuviera la vista. Así lo hizo él por complacer a su hermana, y la promesa del Señor se cumplió como siempre.

Cuando unos años después, la antigua Superiora de Sor Amelia, de paso por Italia, estuvo en Barcelona, Sor Amelia le contó llorando de agradecimiento que su hermano volvió a Venezuela, que precisamente en junio había recibido de nuevo con todo fervor los santos sacramentos y a los pocos meses había muerto como buen cristiano.

Sin duda que Jesús atrajo a su amor misericordioso a esta pobre alma descarriada, movido por las oraciones de su buena hermana.

En esta entrevista con Sor Amelia, por entonces directora en Barcelona, la reverenda Hermana de quien vamos hablando, Sor Dolores Ruiz, le preguntó por su salud, que sabía era bastante delicada.

Sor Amelia respondió:

-El doctor me ha dicho que la enfermedad del corazón está muy adelantada, y en cualquier momento puedo morir. Pero yo estoy bien tranquila, porque todos los días comulgo como por viático.

El 19 de junio habló Sor Amelia a las Hermanas animándolas a preparar muy bien adornada la imagen del Sagrado Corazón, para empezar al día siguiente la novena que desea hacer con mucho fervor.

Después, acompañada de una Hermana, salió para la Casa Noviciado; pero apenas había dado ocho pasos, dijo a la Hermana:

- ¿Qué me pasa?

La Hermana la miró y la vio cadavérica. La cogió por un brazo, volvió atrás y pidió una silla.

Acto continuo llamaron al médico y al sacerdote, y la pusieron en cama. La muerte llegó antes que ellos; y dijo el Doctor que no se explicaba cómo pudo dar esos pasos, pues debió morir en el acto.

De seguro, el Sagrado Corazón, para premiar el amor y devoción de Sor Amelia, quiso llevarla al cielo para celebrar con Él la hermosa fiesta que ella deseaba hacerle en la tierra.

Por la muerte de Sor Amelia y de otra directora de España, tuvo que volver a esta nación Sor Dolores Ruiz, que había ido a Italia para emprender viaje a la China. Dos años después, el 18 de junio leían las Hijas de María Auxiliadora en el necrologio el nombre de Sor Amelia Chapellín, para encomendarla a Dios en el aniversario de su muerte. Es natural que con este motivo su antigua Superiora, que tanto la estimó, la recordara a ella, a sus deseos y proyectos, y aún que le rogara interpusiera su valimiento con Nuestro Señor para llevarlos a cabo.

El mismo día del aniversario, 19 de junio, recibió Sor Dolores una carta de la reverendísima Madre General proponiéndole la venida a Venezuela y diciéndole que, si se sentía con ánimos, le contestara enseguida, porque tenía que resolver.

La reverenda Hermana no dudó un momento de que la proyectada fundación en Venezuela fuera gracia alcanzada del Sagrado Corazón por los ruegos de Sor Amelia, y llenóse de alegría por ser escogida para realizar ese deseo suyo. Fue, pues, a la capilla a dar gracias a Nuestro Señor, y contestó inmediatamente a la Madre General aceptando, y gozosa porque se veía claramente la voluntad de Dios.

Estas coincidencias providenciales nos llevan a pensar que, como nuestra reverenda Madre Emilia fue escogida por Nuestro Señor para revivir en Venezuela la vida religiosa, e impelida por su inmensa caridad hubiera ella querido remediar todas las necesidades de la patria (como en su tiempo, y refiriéndose a España, decía la santa Fundadora de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, Beata Joaquina de Vedruna), cosa imposible a solas sus Hijas por más que multipliquen sus afanes; no es descaminado decir que alguna influencia ha tenido en la feliz venida a Venezuela de las reverendas Hermanas Salesianas, y en el bien que a manos llenas prodigan a la juventud femenina, y con ello a toda la nación.

¿Y eso cómo? ¿Rogando tal vez en el cielo para que se cumplieran los anhelos de su cara hermana Amelia?

Seguramente sí, unió sus ruegos poderosos a los de Sor Amelia; pero no es sólo eso.

Recordemos la gran influencia que tuvo la reverenda Madre Emilia en la vocación de su hermana, con el aprecio que comunicó de la vida religiosa y con las obras de caridad que le vio practicar. Recordemos que fue en el Hospital de Maiquetía donde iba para reavivar la memoria de su llorada hermana Emilia, donde sintió Amelia el llamamiento a la Congregación Salesiana. Para más asegurarnos en nuestra placentera suposición, cuando en venturoso día llegaron a Caracas las Hijas de María Auxiliadora, fue en la Casa Madre de las Hermanitas de los Pobres donde el buen Dios les preparó alojamiento; y las Hermanitas sintiéronse felices de tenerlas consigo hasta que, terminados los indispensables preparativos, salieron de allí para fundar los colegios de Mérida y San Cristóbal.

A esta última ciudad entraron juntas con las Hermanitas, quienes tomaron a su cargo el Hospital Vargas, mientras las Hermanas Salesianas fundaron un colegio, hoy tan próspero que es honor de la floreciente capital del Táchira.

## **CAPITULO XXVII**

### **VIRTUDES QUE PRACTICÓ LA MADRE EMILIA EN SU VIDA**

#### **RELIGIOSA.SU ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN**

Hacía algún tiempo venía padeciendo la Madre Emilia de una seria enfermedad que la minaba poco a poco. Según hemos podido ver en estos breves apuntes, la vida de las primeras Hermanitas de los Pobres era de continuo y heroico sacrificio.

Muy pocas en número, tenían que multiplicarse para atender a todos los agobiantes deberes que se habían impuesto. Penosa por demás era la recolección de las limosnas bajo rayos del sol, en aquel ardiente clima de Maiquetía, pues no sólo cuidaban y atendían a los pobres, sino que buscaban ellas mismas lo necesario para sostenerlos.

Era raro que la Madre Emilia dejara de ir a las recolecciones. Su delicada salud exigía reposo; pero ella, apasionada por el sufrimiento y olvidada por completo de sí misma para ocuparse de la Obra de Dios, no concedía a sus cansados miembros otro descanso que la más severa mortificación.

Sus primeras hijas la veían con gran dolor llegar de la recolección, pálida y sudorosa; la respiración jadeante, y exhausta de fuerzas físicas, no a descansar, sino a ponerse delantal

para atender el almuerzo de los enfermos; y esto con aire de alegría y contento que encubría en parte la fuera de su mal. ¡Oh, cómo saben los santos disimular sus mortificaciones!... ¿Será que no las sienten?

De seguro que, como nosotros, tan poco habituados al sacrificio; porque si bien la naturaleza se queja en ellos de la peña que le imponen, el amor a Jesús les da para vencerla una fuerza de que nosotros, ¡ay!, no tenemos ni aproximada idea.

¡Y la Madre Emilia amaba a Jesús tanto y tanto!...

Y sabía, además, que la Hermanita de los Pobres que no tuviera un grandísimo espíritu de sacrificio, no podría cumplir con la sublime misión que Dios le encomendaba y su vocación le imponía; y creíase obligada a dar ejemplo la primera, sin tener para nada en cuenta su quebrantada salud.

Por eso también, después de haber atendido a los enfermos sirviéndoles el almuerzo con sus manos y de haber tomado ella su ligera refección en compañía de sus hijas, continuaba con éstas la cotidiana tarea del aseo de los enfermos, curar úlceras, lavar ropas, cocinar y, en fin, todos los otros menesteres indispensables en el Hospital; siempre escogiendo la parte más penosa para sí.

No era esto sólo. La Madre Emilia no se conformaba con tomar la parte más penosa de los trabajos a que le obligaban sus deberes de caridad. Cuando por la noche su inocente y rendido cuerpo le reclamaba por fin un poco de descanso, ella, como respondiéndole aún no, lo atormentaba con una sangrienta disciplina, después de lo cual se ceñía un áspero cilicio.

Sus Hijas, las Hermanitas de los Pobres, conservamos como una reliquia estos instrumentos de que se valió la penitente Fundadora para afligir su carne, tener a raya la naturaleza, y dar aquel elevadísimo vuelo a su alma, que la mantenía tan unida a Dios, y tan dueña de misma, y que hacía tan fecundo su santo apostolado.

Sabiendo todo esto, casi no es necesario decir nada de su notable mortificación interior, que en la modestia y suave gravedad de su porte se transparentaba; porque a no ser por el continuo refrenar sus sentidos, y el haberse habituado a privarse con frecuencia de muchos gustos lícitos, y hasta necesarios a las almas no tan perfectas para que puedan proseguir sin desmayo el camino de la virtud, no hubiera la Madre Emilia alcanzado la heroica abnegación que en ella vemos, ni hubiera podido soportar sus grandes austeridades.

Según podemos recordar, la modestia y la sencilla gravedad de su porte, fue lo que impresionó al reverendo Padre Machado cuando por vez primera vio a la señorita Chapellín, y desde entonces reconoció que era persona de gran virtud. ¡A qué altura llegaría después, en su ferventísima vida religiosa!

Su recato fue siempre muy grande al tratar con todos: enfermos, bienhechores, personas amigas de la Casa. Las Hermanas antiguas contaban que cuando la Madre Emilia hablaba con el Padre Fundador, lo cual tenía que ser muy frecuente a los principios del Instituto, además de hacerlo siempre en sitio bien visible, apenas levantaba los ojos durante la conversación. De modo que las Hermanas procuraban ocasión de contemplarla de lejos y se edificaban grandemente a su vista.

En fin: el espíritu de mortificación de la Madre Emilia se va viendo todavía al hablar de las demás virtudes que prado, pues todas necesitan de grandes vencimientos.

¡Cuánta abnegación no pide la perfecta obediencia? ¿Cuánta no necesita la práctica continua de la austera pobreza e la Madre Emilia abrazó? ¿Cuánta la nunca desmentida paciencia con que prodigaba a los pobres los cuidados de su ardiente caridad?

Porque si el hacer los trabajos que esto supone requiere gran espíritu de sacrificio, ¿qué será el hacerlos incansablemente un día tras otro día, siempre con igual amabilidad, con la misma dulzura, con inalterable constancia, sin ninguna variación?

Con todo, bueno será presentar algún ejemplo del espíritu de mortificación de la reverenda Madre.

Como sus amantes Hijas la veían correr al sepulcro, prodigábanle cariñosas atenciones; le buscaban médicos, remedios, temperamentos; y también la familia Chapellín tomaba parte en buscar alivios para la amada enferma. Todo parecía inútil; pero a la virtuosa Madre le proporcionaba grandes ocasiones de practicar actos heroicos. Agra decida, correspondía a tantas atenciones, haciendo de su parte cuanto le exigían para que recuperara la salud, y cuando se trataba de mortificarse, estaba siempre dispuesta.

Así fue cuando los médicos, creyendo que su afección era hepática, quisieron probar en ella un procedimiento que, según decían, había obtenido algunos resultados. Se llamaba aplicar un sedal, y consistía en atravesar un pliegue de la piel del paciente con una aguja tal como las de coser piezas de talabartería, y hacer pasar un cordón de seda grueso cuyo rollo va dentro de un saquito. Pasando el cordón se ataba con una lazada floja, y se sujetaba el rollo de seda con su saquito al enfermo, para ir corriendo cada día un poco de la seda, y cortando la que estaba infestada por el pus.

La Madre Emilia llevó por largos meses este doloroso y molesto instrumento, dedicándose a sus tareas de limosnera, enfermera y Superiora como si tal cilicio no llevara. ¡Qué espíritu de mortificación necesitaba para eso!

Al volver a Maiquetía después de la fundación del Asilo de la Providencia, por las vivas instancias de su hermana Dolores de Castillo Chapellín, unidas al mandato de su



director, fue en busca de un poco de descanso a la hacienda Suárez, en Macuto. Más de veinte años después recordaba su honorable hermana que la reverenda Madre pasó aquellos días como un santa.

Nunca se quejaba de los ardores de la fiebre, ni del dolor que le causaba el sedal, ni de la dificultad de comer; jamás dejaba sus ejercicios de piedad; su semblante sonreía siempre; y en los intervalos de descanso que le dejaba su dolencia, se dedicaba a enseñar el Catecismo a los niños pobres de los alrededores, siendo verdaderamente conmovedor ver a la piadosa enferma rodeada de muchachos mal vestidos y no siempre limpios.

Así, siempre su espíritu de mortificación se sobreponía a sus dolencias, y no perdía ocasión de hacer algún sacrificio. Aún más: era tanto lo que temía faltar a la mortificación cristiana y dejarse resbalar a la sensualidad, que, según veremos, en su lecho de agonía preguntaba a su director si sería permitido que las Hermanas le proporcionaran alivios, como cambiar de posición, etc. ¡Qué delicadeza de sentimientos para con Dios y cuánto deseo de amoldarse a la perfección en todo, nos muestra eso!

## **CAPITULO XXVIII**

### **OBEDIENCIA Y DOCILIDAD DE LA MADRE EMILIA**

#### **A SU DIRECTOR**

Tal vez donde la Madre Emilia dio mayor prueba de su mortificación fue en la sumisión absoluta de su voluntad a la de su director, en quien, llena de espíritu de fe, veía siempre a Dios.

Una palabra que él pronunciara bastaba para que prescindiera por completo de sus intenciones y pareceres propios. Dicen sus primeras compañeras que hasta en las cosas más pequeñas recurría a someterlas al director de su alma, y más cuando se trataba de sí misma. Así lo practicó hasta en su lecho de agonía.

No tenía un año de fundada la Congregación cuando ocurrió un hecho muy doloroso para el corazón de la Madre Emilia, que nos muestra cuán desasida estaba ella de la propia voluntad, aun en las cosas espirituales.

Fue en la instalación del Santísimo Sacramento en la Casa. La Madre Emilia lo había deseado tanto, que su corazón latía con dulce y creciente emoción al sentirse al fin tan cerca, a unos pasos tan sólo de Jesús, y no acertaba a dejarlo.

Llegó la noche. Imposible le era retirarse de la divina presencia. Como irresistible imán atraía la el Amado de su alma, y deseaba acompañarlo en esa primera noche en que tomaba posesión de la pobre morada que con tanto mor y alegría le había preparado; pero acostumbrada a obrar por Obediencia, y a no hacer nada por propia voluntad, mandó a suplicar a su director (muy llena de confianza de que había de obtener favorable respuesta) que le permitiera pasar la noche en la capilla haciendo compañía a Nuestro Señor.

Pero... un no rotundo fue la contestación del Padre, quien no sabía qué admirar más: si su conformidad y perfecto rendimiento de juicio, o la grandeza de su amor a Jesús, que al verse contrariado no pudo menos de manifestarse al exterior con dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos y rodaron silenciosas por su rostro.

Llena de dolor, pero resuelta a obedecer como en todo, fue a despedirse de Nuestro Señor sin prorrumpir en una sola queja. ¡Cuán agradable sería este sacrificio al divino Prisionero! ¡Con cuánto amor la esperaría en la comunión del día siguiente para resarcirla con sus inefables caricias de la privación sufrida!

Así, la virtuosa Madre, sabiendo cuán necesaria es la obediencia en la vida religiosa, había procurado arraigarla perfectamente en su alma, y a toda costa, y con gran esmero, la cultivaba practicándola sin cesar. Era en esto espejo y modelo de sus Hijas, quienes veían en ella fielmente practicado lo que se esforzaba en enseñarles; y les probaba con su ejemplo que en habiendo grande amor a Dios, nace el deseo ardiente de cumplir su santa voluntad, y por lo tanto la disposición de obedecer sin réplica a los que tienen la misión de intimarnos esa voluntad santísima.

Obedecer sin réplica: no sin sentir dificultades; pero superándolas por amor, y obrando en lo posible como sin ese sintieran. Ahí está el gran mérito: la prueba de amor fino que Jesús espera de las almas que se le han consagrado.

No creamos que a la Madre Emilia le fuera connatural esa docilidad perfecta, y que jamás se rebelara la naturaleza al tener que obedecer disposiciones ajenas, aun viniendo de persona tan venerada como lo era para ella el Padre de su alma y Fundador de la Congregación. No: la hemos visto luchar y hemos admirado su pronto vencimiento al serle negado el permiso de pasar con Nuestro Señor la noche del día memorable en que Jesús se quedaba para acompañarlas ya siempre más en el bendito Hospital donde era tan amado. Así, en toda ocasión, el perfecto dominio que a fuerza de vencimientos había alcanzado sobre sí misma, le facilitaba la práctica de la Obediencia, aun cuando alguna vez sintiera en ello natural repugnancia.

Acostumbrada desde niña a llevar la iniciativa en las obras de caridad que en compañía de sus hermanitos practicaba; disfrutando cuando joven de la libertad que para las buenas obras le concedían sus piadosos padres; estando adornada de claro talento, criterio recto, energía y fuerza de voluntad notables: todo esto más bien había de inclinarla naturalmente a la independencia de carácter que a la incondicional sumisión que practicó.

Su docilidad fue, pues, puramente virtuosa, practicada constantemente por amor a Dios, y a pesar de cualquiera dificultad y repugnancia que pudiera sentir, para cumplir con perfección el voto de santa Obediencia que había hecho.

Pero cuando esta sagrada virtud de la Obediencia costó heroicos sacrificios a su corazón fue en los últimos meses de su vida, cuando el reverendo Padre Machado, dándose cuenta de que se acababa aquella preciosa existencia en los momentos en que la necesitaba más, agotaba todos los recursos imaginables para ver si la restablecía, y hacía ir de una parte a otra en busca de mejores aires.

Solamente la Obediencia podía hacer abandonar a la Madre Emilia su querido Hospital, sus Hijas, sus enfermos, que constituían en la tierra su felicidad y alegría.

En uno de esos temperamentos, en Macuto, en casa de su familia, la Madre Emilia cogió cama para no levantarse más...

¡Qué sacrificio para su corazón!... Mas su director lo mandaba y, magnánima y heroica, se resignó a esperar la muerte sin ver por última vez a sus pobrecitos enfermos.

Sus Hijas, con su presencia continua, procuraban endulzar el sacrificio que sabían martirizaba su corazón encontrándose lejos de aquella pobre celdita que había sido para ella la antesala del cielo y desde donde había soñado volar a su Jesús después de su muerte. Ellas adivinaban su sacrificio porque la conocían bien; pero de los labios de la enferma no salió nunca una palabra que pudiera dar a conocer el martirio de su corazón en aras de la más sublime obediencia al que representaba para ella la adorable voluntad de Dios.

## **CAPITULO XXIX**

### **SU ALEGRIA Y RECTITUD**

Estas dos preciosas cualidades supieron hermanarse muy bien en la Madre Fundadora de las Hermanitas de los Pobres.

Así en verdad tenía que ser para cumplir a cabalidad la empresa ardua y difícil que Dios le encomendó; porque sin la atrayente alegría que iluminaba su semblante, y difundiéndose sobre sus Hijas les suavizaba las grandes asperezas de su trabajoso vivir, ¿cómo hubieran podido ellas resistir los no interrumpidos sacrificios de que sus días estaban llenos? Y sin la gran rectitud de que estaba dotada y le obligaba a procurar que todo se hiciera ni más ni menos de cómo debía hacerse, según el espíritu que debe animar a las Hermanitas, ¿cómo hubieran podido sus Hijas formarse en las virtudes necesarias, en la santa observancia de los Votos, en la vida religiosa, en fin, donde todo debe hacerse al impulso de santos ideales, con la mira de que cada obra sea digna de ser presentada al Señor y merezca el beneplácito divino?

¡Ah! Cumplida así la vida religiosa, con esa alteza de miras, recto al cielo siempre el pensamiento, ¡cómo exulta el corazón el gozo santo y la suave alegría llena el alma, que se siente feliz entregada por completo al divino servicio y, por lo mismo, al amparo del mejor de los padres!

Por eso en la Madre Emilia se hermanaban tan bien la rectitud y el alegre y espiritual gozo. Cuentan las Hermanas antiguas que en tiempo de Pascua de Navidad se llenaba de infantil y comunicativa alegría. Se la veía afanosa en proporcionar santas distracciones a todos. A los enfermos buscaba instrumentos de cuerda para que alegraran con música aquellas sencillas y gratas fiestas; cantando ella en compañía de sus Hijas piadosos villancicos delante del Portalito que con sus mismas manos arreglaba, para conmemorar el nacimiento del Niño Jesús.

En los recreos le gustaba ver a las Hermanas contentas y hasta festivas; y tenía por buena señal de vocación que se distinguieran las postulantes por su sencillez y alegría. Una de las Hermanas que sobreviven de las que conocieron a la Madre Emilia, recuerda aún llena de consuelo que, habiéndole regalado su hermano una sinfonía cuando era postulante, la Madre, complacida por su infantil entusiasmo, sentándose con ella en una pequeña grada, le hizo acompañarla en un *Tantum Ergo*, que cantó con singular devoción y contento.

Era tanta la alegría que se respiraba en aquella santa casa donde faltaban todas las comodidades, y las necesidades más urgentes apenas se podían remediar, y donde los sacrificios y trabajos abundaban, que los bienhechores de la pequeña Comunidad se veían precisados a exclamar: "Verdaderamente, el dedo de Dios está aquí".

Pero, ya lo hemos dicho, esta santa alegría que tan agradable hacía a la sencilla y piadosa Madre, como era fruto de sus virtudes sobrenaturales, estaba limitada por la más justa y severa rectitud cuando se trataba de cumplir con el deber, y más aún cuando había que evitar alguna ofensa a Dios, por pequeña que fuese.

Hemos visto en los primeros días de su vida religiosa que era puntualísima en observar las más mínimas reglas trazadas. Después de dar ella, la primera, el ejemplo, su celo por el cumplimiento de éstas era grandísimo, y con dulce seriedad reprendía y avisaba a sus Hijas, haciéndolas caer cuenta hasta de las menores transgresiones.

Así, por ejemplo, un día que la Hermana campanera salió a la recolección sin dejar encargada la campana, la Madre Emilia amarró la cuerda para que no pudiera tocarse, y no se tocó a ningún acto de comunidad en toda la mañana, ni aún silencio.

Cuando regresó la buena Hermana advirtió su descuido y, toda humillada, fue a implorar el perdón de su falta y la correspondiente penitencia. La buena Madre, para hacerle notar más la falta, se había encerrado en su celda y no la atendió de pronto. La Hermanita no tuvo más remedio que quedarse de rodillas del lado afuera de la puerta, muerta de vergüenza y..., bien resuelta a no descuidarse más.

Ese fue el remedio que curó de una vez para mucho tiempo, y a muchas Hermanas, de pequeños descuidos que tanto entorpecen la buena marcha de la Comunidad; y bastantes años después aún se contaba el caso en la Congregación, como advertencia. Lo que de paso nos muestra el caso que hacían las primitivas Hermanas de los avisos de los superiores.

Otra Hermana dejó las llaves olvidadas en una cerradura, lo cual estaba mandado no hacer. La Madre acertó a pasar por aquel sitio, y con disimulo se guardó las llaves, hasta que la olvidadiza Hermanita fue humildemente a reparar su falta.

Deseaba y aconsejaba la Madre Emilia que todo se hiciera con cuidado, sin precipitación ni ruido inútil, que no se cerraran las puertas de golpe, y, en fin, que se guardara siempre circunspección y religiosa modestia.

Quería que al terminar las Hermanas un oficio, dejaran bien ordenado cuanto usaron para hacerlo, que tuvieran regularmente recogidos los sentidos y, en particular, la vista baja. En la guarda de la modestia era tal su cuidado, que encargaba durmieran muy cubiertas, y más de una vez entrando en las celdas de las Hermanas, las arropaba hasta el cuello con maternal solicitud. Ella sabía bien que la modestia es adorno de todas las virtudes y guarda segura de la castidad.

Si vemos a la venerada Madre tan cuidadosa de la observancia de cuanto podía ayudar a la práctica de la virtud, y de corregir las faltas leves, a que la humana fragilidad arrastra fácilmente, ¿cómo sería su celo para evitar las faltas notables, para impedir que se ofendiera a Dios?

Eso sí, no podía tolerar la Madre Emilia una ofensa a Dios en su propia casa. Siempre decía enérgicamente: "No consentiré jamás que aquí se ofenda a Nuestro Señor" Y cuando

entreveía alguna, aunque leve, ofensa, aquella buena Madre tan cariñosa y tan dulce siempre para con todos, se la veía salir de su habitual mansedumbre y tomar una actitud inflexible para evitarla o corregirla.

Digamos aún que no solamente procuraba la fervorosa Madre que floreciera la observancia regular, y prevenir y evitar toda falta; sino que, además, como amaba tanto a Jesús y pensaba de continuo en honrarle y darle gusto, deseaba que las Hermanitas hicieran lo mismo, y que en todas sus obras el primer intento, el pensamiento eje, fuera nuestro Señor: honrarle, obsequiarle, darle gloria... y no le agradaba se obrara por otros motivos, aunque buenos tal vez.

Así notó muy pronto que una de las primeras Hermanitas, de las más jóvenes, no se vestía de limpio los domingos hasta haber terminado las ocupaciones más pesadas de la mañana, y después de haber servido el almuerzo a los enfermos. Una vez la Madre se le hizo enconradiza cuando acababa de vestirse, y le preguntó:

- ¿Va la señorita a la ventana?

La Hermana conoció con eso que a la Madre Fundadora le agradaría se vistiera desde por la mañana para la misa y comunión, y pensara más bien en honrar a Jesús que en aparecer luego muy compuesta a las miradas de los visitantes del Hospital, y así lo hizo desde entonces, y no sólo ella, sino que a todas las Hermanas sirvió la advertencia.

Hagamos hincapié en este episodio al parecer tan simple. Tiene grandísima importancia para conocer los piadosos y bellísimos sentimientos que animaban a las primeras Hermanitas, y sus deseos de buscar la perfección.

Si reflexionamos, no sabremos qué admirar más: si el cuidado de la Madre para que sus Hijas obraran siempre con intenciones santas, puesto el pensamiento en Dios, o la docilidad y perfecta obediencia de las Hijas, a quienes bastaba una leve insinuación de la Superiora, la sola expresión de un deseo, para que dejando sus miras particulares amoldaran su proceder a la indicación recibida, que miraban llenas de fe como mandato del mismo Dios.

Bien se ve cómo las iba formando la venerada Fundadora, cómo iba trasmitiéndoles su espíritu, el influjo que sobre ellas tenía y el espíritu religioso que a todas llenaba.

## CAPITULO XXX

### SU ESPIRITU DE POBREZA

Desde muy joven viviendo aún en el siglo había sentido Emilia una irresistible atracción por esta amable virtud, tan propia de almas como la suya, enamorada de Jesucristo y deseosa de imitarlo.

Vimos cómo su director, en las primeras entrevistas con ella, estaba admirado ante aquel absoluto desprendimiento de todas las cosas de la tierra. Nada de aquí abajo tenía importancia para aquella joven, sino en cuanto era útil para el divino servicio, y, por lo tanto, a nada tenía apego, y usaba solamente lo indispensable, de que no se podía razonablemente privar.

Como sabemos, era de familia rica; y aunque el fausto no visitó nunca su cristiano y bendito hogar, abundaban en él, como era natural, las comodidades que le permitía su fortuna. Emilia, cuyo corazón estaba lleno de amor a Dios, usaba de aquellas riquezas, pero sin amarlas; y en los últimos días que pasó en el siglo, usó, como ya dijimos, una pequeña habitación a manera de celda, donde una cama, una mesa y dos sillas fueron todo su moblaje.

Si en el siglo era así, consideremos cómo sería al entregarse a Dios en Religión. Desde el punto que puso los pies en la humilde casa donde a costa de tantos sacrificios había de formar la primera Congregación venezolana, dio de mano a todos aquellos cuidados que sus amorosos padres y hermanos se esmeraban en prodigarle a causa de su delicada salud, y quiso compartir en todo, la pobreza más absoluta.

La ternura de sus Hijas para con ella, a quien veían ya enferma, no pudo lograr jamás que aceptara ni el más leve alivio. Ávida de conformarse cuanto fuera posible a su divino Esposo, era sumamente ingeniosa para tomar para sí lo más pobre.

Su celdita... ¡qué pobre era!, y por eso, ¡cuánto la amaba!... Su hábito, aquella santa librea por la cual tantos años había suspirado, no podía ser más humilde. Su calzado y los objetos de su uso particular, apenas si servían.

Sí, la santa Pobreza la atraía con especial encanto. Quien por primera vez llegara a verla tan pobremente vestida, y sobre todo con tanta sencillez y naturalidad como si hubiera nacido y crecido en medio de la miseria (así puede decirse, pues las primeras Hermanitas carecieron muchas veces de sillas para sentarse, del más pobre lecho y del alimento preciso), no hubiera podido adivinar en ella a la señorita Chapellín, nacida y levantada en el seno de una distinguida familia de la sociedad caraqueña.

Pero la Madre Emilia se encontraba muy bien así. Sentíase alegre y dichosa de ser pobre voluntaria por amor a Jesucristo. Era verdaderamente pobre de espíritu, y se complacía en parecerlo. Aunque muy fina y amable en su trato por efecto de la esmerada educación que había recibido, y más aún por la grande elevación de su alma y la caridad que usaba con todos, uníase esto perfectamente a su sencillez y humilde apariencia. Podía verse que tenía lleno el pensamiento de los ejemplos del divino Artesano de Nazaret, que siendo Rey del cielo pasó tantos años pareciendo solamente un pobre y simple obrero; y ella se honraba en imitar a quien tanto su corazón amaba y tan fervientemente servía.

Por eso, no solamente en la habitación y el vestido y parecía pobre. Sus primeras compañeras contaban que, en la comida, aquella alma fervorosa y mortificada contentaba con tomar para sí de lo común y peor puesto que en aquel Hospital lo mejor que pudiera conseguirse iba directamente a parar a la mesa de los enfermos, los predilectos en todo; sino que había de encontrar algo que le hiciera sentir más los efectos de la santa Pobreza.

Era costumbre ver aparecer en el puesto de la Madre ya un pedazo de duro y viejo pan recogido de limosna, o alguna otra vianda parecida; y téngase en cuenta que la Madre Emilia estaba en sus últimos años minada por la enfermedad de la tuberculosis, que, como se sabe, suele martirizar con una cruelísima desgana, falta de fuerzas y de ánimo para todo; condiciones físicas tan difíciles de superar que elevan a un grado heroico las grandes virtudes de su alma practicadas sin intermisión y saturadas de elevadísimo amor a Dios.

Para terminar este capítulo, recordemos la fundación de la segunda casa del Instituto, en Caracas, y lo felices que la Madre Emilia, y por su influjo sus Hijas, se sentían en medio de tanta pobreza.

Una casita alquilada y desprovista de todo, albergó a aquellas primeras Madres, que traían como trofeo y gran tesoro a un anciano. La cama que tenían fue destinada para éste, y ellas por muchos días se acostaron en el duro suelo. Se tomaban los frugales alimentos en una mesa que tenía para la Madre Emilia el especial privilegio de estar coja; y por el estilo era todo lo demás de que usaban. Sin embargo, hallábanse en el colmo de la felicidad, y bendecían a Dios que les presentaba tan buenas ocasiones de practicar la santa virtud de la Pobreza.



## CAPITULO XXXI

### SU HUMILDAD

Todas las Hermanas primeras compañeras de la Madre Fundadora que viven aún, y a quienes preguntamos: "Hermana, ¿en qué virtudes se distinguió más nuestra Madre Emilia?", sin poder contenerse nos responden prontamente: "¡Era humildísima!". Y después de este estribillo van desfilando todas las otras virtudes que practicó.

Era humildísima... Sí, lo pudimos apreciar cuando vimos que antes de fundar la Congregación de Hermanitas de los Pobres, seglar aún, le fue mandado ir de puerta en puerta pidiendo limosna, un socorro material para el sostenimiento de los enfermos que asistía a domicilio. Hay que pensar cuán humillante sería para una noble señorita este oficio de mendiga, y cuánta había de ser ya entonces su humildad para aceptar y cumplir ese mortificante mandato.

Pero si es de admirar que una señorita de su posición se doblegara a humillarse pidiendo limosna, más lo es que conociendo por experiencia lo repulsivo y costoso de esa práctica a la propia dignidad, cuando se trató de arreglar los estatutos que habían de seguir observándose siempre en la naciente Congregación, habiéndose podido elegir diversos medios de subsistencia, como sucede en otras pías Congregaciones, eligiera la Madre Emilia, de acuerdo con su director, que nuestro Instituto se sostuviera principalmente con limosnas recogidas de puerta en puerta; como poniendo con esto a las Hermanitas en la apremiante necesidad de ser humildes.

Desde antes de estudiar a fondo las virtudes religiosas, sabía por intuición nuestra venerada Fundadora que la humildad es guarda de todas ellas y quiso que de continuo se practicara entre nosotras.

Otra prueba de humildad, y no pequeña, vemos en la Madre Emilia cuando se preparaba a seguir definitivamente el llamamiento de Dios en la vida religiosa.

Mientras Emilia, como presidenta de la Sociedad de San José, organizaba el Hospital de Maiquetía y procuraba con tan solícito empeño, en unión del reverendo Padre Machado, el establecimiento de una Comunidad religiosa que se encargara del cuidado de los enfermos, al mismo tiempo que trabajara en la propia perfección con la no interrumpida práctica de los consejos evangélicos, ni por un momento pensó que estuviera ella haciendo el oficio de Fundadora, y que iba a ser la primera piedra y fundamento de la nueva Congregación. Creía que sólo estaba ayudando a abrir camino para que la Congregación se fundara, muy dispuesta a obedecer a quien tuviera luego la misión de gobernarla.

Así, en los precisos momentos en que Dios nuestro Señor urgía a la señorita Chapellín a dejar la casa paterna para vivir como religiosa entregada al cuidado de los pobrecitos enfermos, no pensó ella más que en llevar a la práctica lo que desde tantos años atrás anhelaba su corazón, es decir: consagrarse para siempre a Dios. Pero ya en el Hospital vio que todos la tomaban por Superiora, y acudió inmediatamente al Fundador creyendo que él daría otras disposiciones, y el Padre entonces le declaró que la Superiora había de ser ella.

Extrañada y sin saber qué hacer quedó la humilde joven; pero, como de costumbre, venció la sumisión a que su misma humildad la inclinaba, y tomó sobre sí la pesada carga sin objeción ninguna, atenta sólo a cumplir la voluntad de Dios manifestada por la obediencia.

No podemos tampoco pasar en silencio la humildad profundísima que se ve en la Madre Emilia, al comparar por todos respectos su clase social con la de sus primeras compañeras. Varias veces hemos hecho notar que era de las principales familias de Caracas; mas ella, para quien sólo valía la virtud, tomó para acompañarla en los principios de su grande Obra a tres personas de condición humilde, porque veía en sus almas el mayor timbre de honor: un grandísimo amor a Dios y a los pobres.

Desoyendo las reflexiones que sobre esto le hacían los suyos, formó con ellos su nueva familia, llena de gozo y bendiciendo a Dios, que ha revelado sus secretos a los pequeños y los ama con especial complacencia. Con ellas empezó la Congregación naciente, y siempre tuvo especial inclinación a las jóvenes de familia humilde pero honrada, y gustosa las admitía por Hijas con tal que poseyeran un corazón amante de Dios y de los desdichados, y desasido de todas las cosas de la tierra.

No nos cansemos más en notar hechos particulares de la gran humildad de la Madre Emilia. No hay para qué. Hemos visto que Dios nuestro Señor le encomendó una misión muy grande: la de restaurar en Venezuela la vida religiosa, mejor dicho, empezarla de nuevo adecuándola a la forma que urgentemente pedían las necesidades de los tiempos, cuando tanto había de trabajar la caridad en aliviar males de cuerpo y de alma; enfermedades, ignorancias, dolores y miserias. Para cumplir esa misión extraordinaria, necesitaba Emilia gracias especiales, muy grandes y extraordinarias también; y esas gracias no suele darlas el Señor sino a las almas humildes. Por ahí ya empezamos asegurarnos de que Emilia poseía esa virtud, guarda de todas las otras.

Para conservar esas gracias y hacerlas fructificar necesitaba también Emilia humildad invencible; y pues vemos que a pesar de todas las contradicciones, obstáculos y dificultades que necesariamente tuvo que arrostrar, cumplió su misión agotando en ella su fuerza y su vida; pero dejando tan lleno de poderosa y rica savia el árbol religioso que plantó, que a su benéfico influjo nacieron y crecieron exuberantes y bellos otros árboles que adornan y

hermosean el jardín de la Iglesia venezolana; tenemos con esto segura prueba de que la hermosísima e indispensable virtud de la humildad no solamente acompañó a nuestra venerada Fundadora, sino que fue por ella poseída y practicada en grado heroico. Tienen, pues, razón las Hermanas antiguas cuando, al preguntarles por las virtudes de la Madre Emilia, responden: "Era humildísima".

Con eso ya sabemos también cómo alcanzó tan completo dominio de sí misma, cómo consiguió vencer su genio de natural fuerte y su carácter de por sí inclinado a la independencia, hasta llegar a la práctica de tan completa sumisión como en ella hemos admirado.

"Era humildísima"; y reconociendo al punto la más leve imperfección en que cayera, trabajaba por corregirla; y desconfiando de sus fuerzas, rehuía los peligros de nuevas faltas, al mismo tiempo que Dios bondadoso, complaciéndose en su humildad, la ayudaba con especiales auxilios y la mantenía unida a sí: que es el mejor medio de corregirse el alma de todas sus imperfecciones y elevarse a la santidad.

## **CAPITULO XXXII**

### **SU ESPIRITU DE ORACION Y VIDA INTERIOR**

He aquí el secreto de todas las virtudes que practicó la Madre Emilia: la no interrumpida unión con Dios en que vivía. Ellas eran sólo irradiaciones del vivo fuego que ardía en el hermoso santuario de su alma, que, al contacto con Dios por medio de la continua oración, se llenaba de fuerza y de luz que se transfundía al exterior y hermoseaba todas sus obras y aun los más sencillos actos.

Hemos visto que desde niña hallaba la Madre Emilia dulces delicias en la oración, aprendiendo en ella la manera de agradar al Amado de su alma perfeccionándose en las virtudes cristianas. Cuando logró la dicha de consagrarse a Dios, sintiéndose más obligada a buscar la perfección y más atraída a la dulce unión con que Dios bondadoso convida a las almas que de veras le aman, tornóse la oración indispensable y sabrosísimo alimento de su espíritu que la vigorizaba para mantenerse en la santa unión tan deseada, y sin menoscabo de ella atender a las múltiples obras en que su ardiente caridad la empeñaba.

Y este espíritu de oración que en su recogimiento exterior se veía, era tan notable, que una de las Hermanas que tuvieron la dicha de tratarla, años después decía de ella:

"Su amor más grande era la oración, y lo fue siempre. La conocí unos días antes de fundarse la Congregación precisamente en la iglesia. De rodillas, muy cerquita del Sagrario, la veía permanecer horas enteras sin cambiar de posición. Durante la misa su actitud me encantaba; sus ojos clavados en el altar, sus manos juntas y con recogimiento tal como si estuviera contemplando a Jesús en el momento de ser crucificado."

Después, ya religiosa, su recreo más agradable era estar un ratito en la capilla haciendo compañía a su divino Esposo; y por eso, en medio de sus múltiples ocupaciones, siempre sabía encontrar algunos momentos libres para ir a compartir sus penas y alegrías con nuestro Señor, y esto lo aconsejaba mucho a las Hermanas como medio de conservar el recogimiento, de crecer en el amor a Jesús y de hallar fuerza para cumplir los deberes que nuestra santa vocación impone.

Jamás la vieron faltar a un acto de comunidad. Los días de exposición mayor permanecía como clavada en la capilla adorando a su Dios, y sólo el deber era capaz de arrancarla de tan dulce ocupación.

¿Que había alguna pena más notable, alguna contradicción, algún asunto de solución difícil?... Allí se la veía, al pie del Sagrario, en busca de la luz necesaria para arreglarlo todo como a su Dios mejor agradara. Las reglas y otras santas costumbres que dejó a la naciente Institución fueron largamente maduradas en presencia del Sol de Justicia, Cristo Jesús: que precisamente está en el Santísimo Sacramento para ser nuestra luz y nuestro guía, a la vez que nuestro dulce Compañero en todas las vicisitudes de este destierro.

Cuando una Hermana le decía que tenía necesidad de hablar con ella, antes de atenderla iba siempre a la capilla, aunque fuera unos momentos, a los pies de nuestro Señor. Nunca omitía esta preparación, y por eso sus palabras, consejos y advertencias, tenían tanta fuerza y eficacia.

La humildad de la Madre Emilia nos priva del contento que tendríamos dando a conocer a nuestros piadosos lectores los tesoros de su interior, pues era muy poco comunicativa de las cosas de su alma, Con todo..., por el fruto conoceréis el árbol, y en este breve relato de sus virtudes hemos podido apreciarlos muy numerosos.

Era tanta su estima de la vida interior, que de continuo la aconsejaba a las Hermanas. No quería de ningún modo que sus Hijas absorbieran todas sus actividades en las ocupaciones exteriores. Por eso con frecuencia les decía: "Primero, la vida interior. Que vuestras ocupaciones y trabajos no impidan vuestra unión con Dios".

Cuando recién fundada la Congregación le fue impuesto el cargo de Superiora, quiso como su divino Maestro prepararse con largo retiro en la soledad a dar comienzo a su

delicada misión, y obtenido el permiso de su director, se mantuvo en continua oración durante diez días.

¿Cuáles serían las íntimas comunicaciones con Dios de que gozó entonces esta alma ávida de perfección? ¿Cuáles las luces que recibió, estando el Señor tan dispuesto a prodigarlas sin medida en las almas que bien se disponen?

Son de suponerse las gracias que el divino Espíritu derramaría sobre aquella buena Madre, que, a su vez, ansiosa de comunicarlas a sus Hijas, las apartó también por diez días de todas las cosas exteriores, y encerrándose con ellas les dio los santos ejercicios, abrasándolas en el mismo amor de Dios que a ella la consumía.

Puestos así los cimientos de la Congregación, unidos los ministerios de caridad con una vida sólidamente interior y de unión con Dios, no son de admirar los frutos valiosos que recogen las Hermanitas en el pasar de los tiempos.

Sí: ellas, asimilándose el espíritu de su amada Madre Fundadora, trabajan primero esforzadamente en cultivo de su íntima vida espiritual, en adornar su interior con las virtudes propias de la vida religiosa; y una vez hecho esto, lo principal, lo esencial, lo indispensable, sin perderlo de vista jamás, entonces se inclinan hasta las miserias de sus semejantes y ejercen un grandísimo apostolado, casi sin darse cuenta de ello.

### **CAPITULO XXXIII**

#### **SU ESPIRITU DE FE Y CONFIANZA EN DIOS**

Desde muy niña se había distinguido la Madre Emilia por una fe inquebrantable al mismo tiempo que por su ardiente amor a Dios. Ya desde entonces en todas sus acciones dejaba conocer el espíritu de fe sobrenatural que la guiaba, obrando siempre por motivos de virtud.

Naturalmente, a medida que aprendía más a conocer a Dios, la fe se hermoseaba y hacía más viva, llegando a ver en toda la mano sapientísima de Dios, ordenando y disponiendo cuanto sucedía, y su amorosa Providencia, que con tanto cuidado vela por los que a Dios se entregan y en Él confían.

De ahí se derivaba la tranquila sumisión con que recibía los acontecimientos como dispuestos por la divina mano, y la confiada seguridad con que esperaba en Dios. Estos sentimientos fueron acrisolándose, afirmándose y embelleciéndose durante toda la vida, particularmente en la época de su vida religiosa; y llegaron a ser virtudes de las más notables.

En esta última época resaltó sobre todo y fue admirable su amorosa confianza en Dios, en su Providencia amabilísima.

La Madre Emilia, lo hemos dicho ya, era humildísima; no se creía capaz de nada, y sin embargo acometía las mayores empresas porque era muy grande su confianza en Dios; y este Dios misericordioso que encuentra sus delicias en un corazón humilde, amante y confiado, se le dejaba sentir abajándose, digámoslo así, hasta ella para ayudarla y complacerla aun en las más insignificantes cosas.

Muchos hechos hay en su corta vida religiosa que nos demuestran su confianza en Dios y la paternal solicitud de Él hacia su humilde sierva. Algunos son muy hermosos, no precisamente por la grandeza de sus circunstancias, sino por el amor y la delicadeza con que el Señor la favorecía.

Antes de relatar algunos de ellos, fijémonos para admirarla en su grandísima confianza en Dios, cuando abandonó el hogar paterno para irse a fundar una Congregación en aquellos tiempos aún difíciles para la Iglesia de Venezuela, en los cuales se miraba todavía con marcada hostilidad hasta el nombre de religiosa, y admirémosla también viéndola instalarse en el Hospital donde con ningún recurso fijo se contaba; y después de serle impuesto el cargo de Superiora, abrir de par en par las puertas para recibir a cuanto pobre se presentaba para refugiarse en él, sin decir jamás que no a ningún desvalido.

Allí faltaba hasta lo más necesario. ¿Con qué, pues, se alimentaría a los enfermos que día por día iban aumentando?...

A esto no le tocaba a ella responder. En este punto carecía de prudencia humana. Dios lo quería; Dios conducía aquel pobrecito hasta el humilde Hospital, y había que recibirlo. Y como sabía que jamás abandona Dios a los que a Él se entregan con absoluta confianza, lo recibía llena de gozo; y Dios premiaba esa confianza ilimitada de modo que nunca faltó a la Madre Emilia el alimento y lo demás preciso para socorrer las necesidades de sus asilados.

Un día en que era humanamente imposible recibir a un enfermo más, porque no había ni cama donde acostarlo, se presentó en el Hospital un pobre mendigo que apenas si podía sostenerse de pie. La Madre Fundadora fue puesta en conocimiento de ello, y de nuevo también advertida que recordara no había ninguna cama.

“Solamente, le dijo la Hermana que exponía el caso, hay armaduras de tres catres; pero ¿de dónde se va a conseguir tela para los forros?”

La Madre no titubea. Va en persona, recibe con grandísima ternura al enfermo y lo pasa a la enfermería. A poco, llaman a la puerta: Una señora enviaba al Hospital tres forros de catre nuevos.

¿Qué hacía la Madre en estos casos?

Llena de agradecimiento y de amor, se iba directamente a la capilla a dar gracias a su divino Esposo, y su corazón se ensanchaba considerando la bondad infinita de Dios. Estos casos fueron tantos, que bien justificada quedaba la confianza de la Madre. Veamos algunos más.

Un día la Hermana dispensera le dijo que no había una escoba con que barrer.

Vaya usted -mandó la Madre Emilia- a poner el resto de alguna a los pies de San José, pidiéndole que nos mande unas nuevas.

Así se hizo, y la petición fue atendida. Dentro de breves instantes mandaban una docena de escobas nuevas al Hospital.

Cuando la Madre Emilia llegaba de la recolección, después de arrodillarse unos momentos en la capilla, iba a hacer una corta visita a sus enfermos. En una de esas visitas, un pobre tísico que se encontraba gravísimo, al cual (según decían las Hermanas) la Madre tenía muy mimado, le manifestó sus deseos de comer un poquito de dulce de lechosa.

Espere unos momentos -dijo la Madre Emilia- Voy enseguida a buscárselo.

Bien sabía ella que en su pobre dispensa no había nada que se pareciera a lo que deseaba el enfermo; pero, ¿acaso Jesús no veía aquella necesidad?

Se la hizo presente, y al sentir a poco tocar a la puerta, va presurosa a abrirla. Ya nos suponemos para qué tocan, ¿verdad? Pues así es. Allí está el poquito de dulce de lechosa, que la Madre va radiante de contento a ofrecer al querido enfermo. Es una bienhechora que manda ese platito de dulce para la Madre Emilia.

Parecido a éste fue el caso de un enfermo que pidió unos buñuelitos con melado. Esta vez nuestro Señor atendió a los deseos de la buena Madre aún antes de manifestárselos, pues al salir ella de la enfermería para ir a dejar el manto, ya le trajeron a la puerta los buñuelos que necesitaba para atender a su enfermo.

No se olvidaba tampoco el buen Dios de las necesidades particulares de las Hermanitas. ¿Cómo habla de olvidarlas, si ellas sólo pensaban en agradarle y servirle? Un día, pues, estando todas las Hermanas en la mesa para el desayuno, la Madre les dijo:

-Hijas, no hay pan, pues el que había se dio a los enfermos. Tomen su cafecito y se van a la recolección, que Dios proveerá. Advirtamos que era, y es, costumbre entre nosotras que los enfermos coman primero, para que, si falta, falte a las Hermanas.

Acababan de bendecir el café las Hermanas, y al sentarse a la mesa, tocan a la puerta. Era un panadero que al pasar por delante del Hospital se le ocurrió bajarse y dio a la Hermana portera un pan tan grande que alcanzó para toda la Comunidad.

Otra vez, después de atendido el almuerzo de los enfermos, la Hermana dispensera manifestó a la Superiora que para la Comunidad no había pan. Ella ordena tocar la campana como de costumbre, y después de hacer una breve plegaria, se dirige al refectorio. La Madre bendijo la mesa y mandó dar principio a la lectura. En esto, tocan el timbre de la puerta y luego se presentó la portera con un cesto de pan que enviaban de limosna. Mientras lo comían, derramaba la Comunidad lágrimas de agradecimiento, considerando la bondad de Dios.

Por fin de muestras, una tierna delicadeza de Jesús. Como sabemos, la Madre Emilia estaba muy enferma. Una vez en que, quizá desganada, no había podido comer a su hora, sintió mucha fatiga al acostarse; llamó a una Hermana y le pidió algo que tomar. La Hermana sabía que no había nada que darle en aquella hora, pues en aquel Hospital se había concentrado la esencia de la bendita pobreza; sin embargo, buscó en la despensa y en el refectorio. Fue inútil. Volvió a la celda y dijo:

-Nuestra Madre, no hay nada que darle.

-Bueno, hija -repuso ella- ¡qué se va a hacer!

Y se acostó.

Estando ya acostadas, tocan a la ventana de la celda de la Madre Emilia, y era una señora que le traía un pedacito de jamón, unas aceitunas y unas galletas. En una de las casas vecinas se celebraba un matrimonio, y dijo la señora que en aquel momento se le ocurrió apartar un plato para las Hermanas.

La buena Madre se sentó en la cama, y con grande y humilde agradecimiento a nuestro Señor por tanta bondad, se tomó aquel alivio que tanto necesitaba.

Ved si es cierto que no hay madre amante que tanto y con tal ternura cuide de sus hijos, como cuida la amorosa providencia de Dios de las almas que amantes le confían su suerte. La gran confianza en Dios que tuvo la Madre Emilia y supo transmitir a sus Hijas, no solamente le alcanzó muchos favores como los que por vía de ejemplo se han relatado, sino que Nuestro Señor se ha complacido en seguir premiándola y ha continuado prodigando esos favores con verdadera profusión en todas nuestras Casas.



## CAPITULO XXXIV

### SU CARIDAD MATERNAL

Desde el comienzo de esta biografía casi no hemos hecho otra cosa que hablar de la gran caridad de la Madre Emilia, porque toda su vida está saturada de esta excelentísima virtud, pero... ¡nos queda tanto por referir!...

Diremos algo ahora de la tierna caridad que atesoraba su corazón para sus hijas. Las pocas que la sobreviven, ¡cómo se hacen lenguas para ensalzar sus virtudes y con qué emoción y amor recuerdan su caridad inagotable y comunicativa!

Refieren que todas sus alegrías, sus tristezas, sus proyectos y esperanzas, iba a desbordarlas en el corazón de sus Hijas. Si alguna tenía una pena, si le acaecía algún suceso que le causara tristeza, su corazón maternal era el primero en afligirse, y tenía un especial don para consolarla y prestarle ánimo y aliento.

Jamás les hablaba de mal modo, ni siquiera seria. Aun en las pocas ocasiones en que tuvo que reprenderlas (ya sabemos que las quería perfectas), lo hacía con tanta dulzura, que les robaba el corazón para Dios y para la virtud; por lo cual no es extraño que adelantaran ellas tanto en las vías espirituales y crecieran cada día en el espíritu de su vocación.

Era un lince para adivinar las necesidades materiales de sus hijas, y no escatimaba ningún sacrificio para remediarlas. Si alguien le daba un objeto para su uso, éste iba a parar con toda seguridad a las manos de alguna de las Hermanas que supusiera ella que lo necesitaba.

¡Con cuántas lágrimas de consuelo recuerdan aún las antiguas aquella santa unión y alegría que reinaba en la Comunidad, donde una Madre tan dulce y tierna era toda para todas! La Madre Emilia se ingeniaba para sorprender a las Hermanas con inocentes y sencillas alegrías; pues era su mayor felicidad verlas contentas. En retorno, ellas, no queriendo dejarse ganar en pruebas de cariño, se desvivían por complacerla, y de dondequiera sacaban alguna cosita mejor para ponérsela en la comida, sabiendo que estaba enferma. En estos casos, la Madre, compartiendo el obsequio en tantos pedacitos cuantas eran en número, se levantaba de la mesa y se los iba poniendo en el plato con sus propias manos.

¡Cuánto la amaban sus hijas! Después que se fundó la Casa de Caracas, hubo de compartir su vida entre ésta y la de Maiquetía; y por motivo de temperamento no pocas veces tuvo también que ausentarse de las dos. ¡Con qué sentimiento y lágrimas la despedían, y cuántas pruebas de cariño le prodigaban a su regreso!

Si alguna enfermaba, ella no dejaba a nadie el cuidado de atenderla. Se constituía su enfermera y la cuidaba cual no lo hubiera hecho mejor la más amorosa madre, pues era grande su sentimiento al verlas padecer.

Se refiere que uno de los motivos que aceleró el fin de su vida, fue la gravedad y muerte de la primera de sus Hijas que al Señor plugo llamar a Sí: la Hermana Elena de San José. Era esta Hermana virtuosísima y de toda confianza de la Madre Fundadora, quien, como sabía que iba a morir muy pronto y había descubierto en esta Hermana excelentes dotes para Superiora, se consolaba de tener a quien confiar la pequeña Congregación, tan joven aún...

La buena Hermanita, que entre otras virtudes tenía una humildad profunda, como barruntara que los superiores la habían escogido ya para sucesora de aquella Madre a quien tanto amaba y admiraba, fue a suplicar a su dulce Jesús la librería de la temida carga que en su modestia le parecía imposible desempeñar.

Nuestro Señor oyó benévolo su oración y le cambió los trabajos de la tierra por el descanso de los justos. Enfermó de gravedad, y todos los desvelos de la solícita Madre no fueron capaces de arrebatarla a la muerte. El dolor de la Madre Emilia fue tan grande, y tanto la afectó aquella repentina desaparición, que de ahí en adelante la vieron correr con pasos largos a su última gravedad.

Si tanta era la solicitud con que aquella tierna Madre atendía al bienestar de sus Hijas, a procurarles todos los alivios compatibles con la estrecha observancia de sus obligaciones religiosas, si las amaba tanto, consideremos cuál sería el cuidado que tenía de ellas en sus cosas espirituales. En eso desplegaba toda su ternura e interés para con aquellas felices Hijas.

Ellas espontáneamente le abrían sus almas, y no era raro verla horas enteras entregada a la tarea de instruir las en la virtud, ya en general, ya en particular, animándolas en la vida de sacrificio que por amor a Dios se habían impuesto.

En las continuas exhortaciones que les dirigía, refiere que tenían sus palabras una eficacia tan grande, que de allí salían siempre las Hermanas más fervorosas y decididas a buscar la perfección, ingeniándose, como en piadoso desafío, por descubrir más ocasiones de practicar la virtud.

Por esa santa influencia que ejercía sobre sus hijas y por la confianza con que éstas le habían abierto almas, fue tal vez que les dijo, unas horas antes de morir aquellas palabras: "Rogaré por todas sin preferencia, pero sí pediré por las necesidades de cada una en particular, como quien las conoce todas". Y así ha sido en efecto. Son tantas las veces que la tierna Madre ha intercedido por sus Hijas desde el cielo, cuantas éstas en sus penas la han invocado.

Y contemos un sencillo ejemplo, como muestra del cuidado con que desde el cielo continúa la Madre Emilia velando por sus hijas.

Habiendo entrado en la Congregación una Hermanita muy afectuosa con su familia y muy querida de ella, le salió un tumorcito en un brazo, y lloraba mucho porque quería irse, pero no se atrevía a decirlo, y al mismo tiempo no quería que la despidieran ni ser infiel a su vocación, y escondía el tumorcito por temor de que por aquello la mandaran a su casa.

En estas luchas y en tanta tristeza, una noche estaba en su celda con el brazo muy inflamado, y lloraba pensando que si estuviera con los suyos le habrían hecho remedios. Estando en esto, se le presentó en la celda una Hermanita a quien ella no conocía. Le tocó y sobó el brazo enfermo dándole gran alivio, y la consoló tanto con su caridad, que le devolvió la calma, y llenó de felicidad a su alma atribulada.

Esta Hermana quedó siempre en la dulce persuasión de que era la venerada Fundadora la desconocida Hermana que tan a tiempo la remedió en la gran necesidad de su cuerpo y de su alma.

La influencia que la piadosa Madre había de tener en el cielo para remediar las penas morales de sus hijas y ayudarlas y fortalecerlas en sus espirituales combates, se dignó mostrársela nuestro Señor en un misterioso sueño que contó ella con su natural sencillez, diciendo que un día después de haber comulgado se quedó dormida, y en ese momento vio una cruz muy grande cuya parte superior sostenía nuestro Padre fundador, y la inferior ella. Debajo de la cruz vio una multitud de Hermanas, gran número de ellas desconocidas. Vio también que muchas Hermanas hacían por salirse de la sombra de la cruz, y ella con todo empeño procuraba irlas cobijando a todas, para que ninguna se saliera.

Fue como si Nuestro Señor, en su bondad, encomendara desde entonces al piadoso corazón de la Madre Emilia el velar siempre para que se conservaran sus hijas en el espíritu de su vocación y de amor al sacrificio bajo la sombra bienhechora de la cruz.

## **CAPITULO XXXV**

### **SU CARIDAD PARA CON LOS ENFERMOS**

Por más que se quiera, siempre será preciso quedarse muy por debajo de la realidad al expresar los subidos quilates de la fina caridad de la Madre Emilia para con los pobrecitos de Cristo. Los afortunados enfermos que tuvieron la dicha de recibir las delicadezas y cuidados de la mayor amante de los pobres que ha tenido Venezuela, ellos quizá sí hubieran podido expresarlos; pero llenando no unas cortas páginas, sino muchos libros con la reseña

de los actos de caridad encendida prodigados por el cariñoso corazón de aquella Madre en las miserias y enfermedades de que ellos adolecían. Mas digamos algo, para muestra sólo y para edificarnos con sus ejemplos.

¡Qué heroica fue la caridad de la Madre Emilia de San José!

Hemos visto que viviendo aún en el siglo tenía el corazón decididamente prendado de los que le representaban aquí en la tierra Aquel primer Mendigo que tomó sobre Sí las miserias de la humanidad y murió en una cruz por su amor, Aquel a quien Emilia descubría tras los harapos del pobre, Aquel a quien amaba su alma: el Esposo divino a quien consagró su existencia.

Una vez instalada en el Hospital, ya no tuvo otra preocupación que la de mejorar en lo posible la suerte de los asilados. Se esmeraba en consolarlos, se enteraba de todas sus necesidades y gustos para satisfacerlos, no consentía que a un enfermo se le negara nada absolutamente de cuanto pedía.

Diariamente, con sus propias manos lavaba y curaba sus llagas y mientras esto hacía, les hablaba de Dios, de la preferencia que tiene Jesús por los pobrecitos; les refería alguna historia, y, en fin, procuraba dar algún lenitivo a sus tristezas. Cuando uno se agravaba, mientras le fuera posible permanecía a su lado, lo rociaba con agua bendita, le hacía repetir jaculatorias e invocar el auxilio de la Santísima Virgen y de San José. Casi siempre expiraban los enfermos estando presente la Madre a quien tanto amaban aquellos pobrecitos, y ella les cerraba los ojos con grandísima ternura, llorando como si fueran sus propios hijos...; ¡y sí lo eran!, pues ella los amaba como verdadera madre.

Durante los días que pasaba en alguna de las dos casas, era cuidadosísima de que los enfermos se pusieran en gracia de Dios; pues ganar las almas, ganarlas para el cielo, era el móvil de su caridad. ¡Qué dichosa se sentía cuando algún pecador empedernido, alejado de Dios, se convertía, purificaba su conciencia, se acercaba a recibir a Jesús Sacramentado!

"¡Qué contento -decía- curar las úlceras de un pobre mendigo para rescatar para Dios su alma, que está más necesitada aún!"

¡Y cuántas veces, en pago de sus buenos deseos, le dio el Señor la felicidad de conseguir conversiones notables! ¡A cuántas almas antes apartadas de Dios llevó a los brazos del Padre celestial! ¡Y a cuántas ha seguido enviando por medio de sus Hijas, siempre fieles, en esto, sobre todo, a las santas normas que les dejó!

¿Cuántos enfermos se habrán salvado en las humildes enfermerías de las Hermanitas de los Pobres? ¡Dios lo sabe! Confiamos en su infinita misericordia que hayan sido tantos cuantos han pasado por ellas, pues el eco de las terminantes palabras que nuestra Madre

Fundadora pronuncien su agonía: "El principal cuidado de ustedes debe ser la salvación de las almas", resuena y resonará siempre en el corazón de sus Hijas, obligándolas a seguir las enseñanzas de la Madre amada y a poner como ella toda su alegría en llevar las almas a Dios.

El sencillo cariño con que la Madre Emilia trataba a los enfermos y que tanto ganaba el corazón, se ve en las palabras con que una de sus primeras compañeras refiere primer encuentro con ella.

Me encontraba yo en la Casa de Caracas -dice-, ya aceptada en la Congregación y esperando por momentos a nuestra Madre Emilia, que me había de conducir a Maiquetía, donde iba a comenzar mi postulanteado.

Una vez estaba distraída junto a la puerta, cuando veo entrar con rápidos pasos a una religiosa de dulce y distinguida presencia, que por todo saludo decía:

- ¿Dónde están mis doce apóstoles? ¿Dónde están mis doce apóstoles?...

¡Ah! Era que su corazón estaba lleno de amor a sus enfermos, y le parecían siglos los cortos días que pasaba sin verlos.

Sí; tanto amaba a los pobres, enfermos y desgraciados, que con toda seguridad podemos exclamar: ¡Fue heroica la caridad de nuestra amable Fundadora! ¡Como que el heroísmo de su caridad le costó la vida!

Sabemos que la reverenda Madre venía muy enferma; pero su enfermedad era de esas que a veces dan mucho tiempo, y nada hacía presentir un rápido desenlace. Más bien se abrigaban fundadas esperanzas de mejoría, por lo cual el venerable Padre Machado la hacía salir algunas temporadas a cambiar de aires.

En uno de esos viajes que su Padre director, por consejo de los médicos, le hacía emprender en busca de mejoría para su quebrantada salud, había de estar varios días en Los Teques, población muy cercana a Caracas y hoy floreciente capital del Estado Miranda, pero entonces risueño y alegre pueblecito muy a propósito por su clima delicioso y su quietud para el objeto deseado. Allí tal vez con un poco de reposo se hubiera logrado restablecerla; mas... ¡buena estaba para reposar la activísima Madre!

Inmediatamente salió en busca de algo que le interesaba más que su salud, pues había oído decir que había allí algunos enajenados reunidos en una casa, y quiso visitarlos. Esta clase de enfermos tenía especial atractivo para su corazón, y le llegaban al alma las desgracias de esos pobrecitos doblemente dignos de lástima.

Sigamos con el pensamiento a la caritativa Madre Emilia, que se acerca presurosa a la mansión de aquellos infelices deseando aliviarlos en algo, y llega y contempla el cuadro más desgarrador que contemplaron sus ojos....

En el sombrío patio de una casa abandonada, se amontonaban unos hombres que ni tales parecían; y entre ellos mujeres idiotas o furiosas, con los ojos hundidos o centelleantes... Todos consumidos por la enfermedad y el hambre, en un estado de suciedad y abandono indecibles...

Enmarañados cabellos les caían sobre los hombros; unos harapos ennegrecidos cubrían parte de sus cuerpos asquerosos; muchos tenían llagas roídas por gusanos y toda clase de inmundicias esparcidas por el mugriento piso, formaban charcos infectos de corrompidas aguas. Este conjunto de pestilente miseria despedía un hedor insoportable y nadie osaba acercarse a ellos...

¡Dios mío, qué estupor el de la Madre ante aquel cuadro! Le parecía un mal sueño; una horrorosa visión. Como fuera de sí estaba, y no podía dar un paso adelante...; mas, con aquel dominio de sí misma tan conocido en ella, avanza, les dirige algunas palabras de saludo y... ¿qué creéis que hizo?

¿Acaso lamentarse, compadecerse y permanecer mano sobre mano llorando la desventura que contemplaban sus ojos?

¡Ah, no! En aquellos momentos la acompañaban una Hermanita y su amiga la señorita Trina Alvarado. Pues bien: la Madre da algunas órdenes a sus compañeras; manda que se avise al Padre Machado para que acuda al remedio de necesidad tan grande, e inmediatamente, sin titubeos, se dio a la tarea de asear aquel triste recinto, resuelta a poner término a la situación de aquellos infelices que la divina Providencia ponía en su camino.

Se consiguió unas latas, y con sus propias manos las llenó del modo que pudo de aquellas infectas inmundicias y las hizo arrojar lejos. Entregada sin descanso a tarea tan repugnante, logró limpiar la casa y a los enfermos.

En eso la encontró nuestro Padre, que al ser llamado se trasladó inmediatamente a Los Teques y contempló con lágrimas en los ojos el triste estado de aquellos pobrecitos, ¡y eso que él no los vio como estaban al llegar la Madre Emilia! Acordando con ella lo que convenía hacer, volvió el venerable Padre a Caracas y puso de manifiesto al Gobernador tan urgente necesidad.

Nuestra venerada Madre, sin reparar en el estado delicadísimo de su salud, animada de una ardiente caridad que mitigaba los ardores de su fiebre, trabajaba incansable. A los dos días, todo había cambiado. Vestidos y perfectamente aseados; cortados sus cabellos y

largas uñas, los pobres idiotas, como si un poco de luz hubiera penetrado en sus inteligencias con el bienestar de que disfrutaban, sonreían dulcemente a su bienhechora, que no se tranquilizó hasta dejar asegurada la suerte que en adelante los había de librar de tan espantosa miseria y abandono.

El señor Gobernador pidió al reverendo Padre Machado que las Hermanitas se hicieran cargo del Asilo de Enajenados; pero siendo imposible por la escasez de personal, y no queriendo nuestra Madre Emilia dejar a los pobres dementes en aquel estado, llamó de Caracas a tres Hermanas para que pusieran mano activa en el aseo y orden de los desventurados locos, hasta que se arreglara su traslación al Manicomio de Catia, abierto recientemente, y dirigido por las reverendas Hermanas de San José de Tarbes; pues ella, con el abrumante esfuerzo hecho, estaba completamente agotada.

A ruegos reiterados de la Madre Emilia, e impulsado también por su gran caridad, el reverendo Padre Machado hizo muchas diligencias y logró del Gobierno el permiso para conducir los locos al Manicomio, lo cual verificó a fines de agosto de ese año de 1892.

La Madre Emilia sentíase feliz de haber logrado tanto bien; pero ese acto heroico, mejor diremos, esa serie de actos heroicos de caridad, terminó para siempre las actividades exteriores de la santa Fundadora, que, habiendo hecho un esfuerzo tan superior a sus fuerzas, agotó completamente su débil y extenuada salud. Hubo de regresar inmediatamente a Caracas, donde sus Hijas se esmeraron solícitas en atajar los progresos de la enfermedad, aunque la veían ya sin remedio.

Con un acto de heroísmo tan grande coronó la Madre Emilia su vida de caridad. La había sinceramente consagrado al Señor, y supo hacer completo el holocausto ¡Dichosa ella! Si el buen Dios ha prometido pago tan espléndido por un vaso de agua dado en su nombre, ¿qué premio habrá destinado para esa alma que dio por caridad su misma vida?

Por de pronto, algo de él estamos viendo en los muchos favores que por amor a su fiel sierva está haciendo la divina Bondad a quienes la toman por intercesora; además de la especial protección que ha merecido para la Congregación que con tantos trabajos fundó.

Es de notar que, habiendo muerto la amable Fundadora de las Hermanitas de los Pobres de resultas de aquel imponderable acto de caridad hecho en favor de los enajenados, parece que allá en el cielo, donde esperamos está recibiendo el premio de una vida tan llena de sacrificios, y toda ella consagrada al amor de Dios y del prójimo, le ha cabido especial misión de interesarse por esta clase de enfermos, que aquí en la tierra hicieron latir tan compasiva y tiernamente su corazón; y esto lo deducimos por los muchos enajenados que, recobrada la razón, atribuyen su curación radical y el verse salvos de ese mal terrible, a la intercesión de la piadosa Madre Emilia.

## CAPITULO XXXVI

### SU AMOR A DIOS

*"Todas las tentaciones las he vencido  
con el amor" (Madre Emilia)*

Hemos llegado, con la ayuda de Dios, al momento de hablar de la más sublime de las virtudes de la Madre Emilia de San José, a la que nos muestra el motivo de todas sus obras y nos da la clave para comprender los heroísmos de su vida: ¡Su amor a Dios!

¡Ah! ¡Cuántos prodigios obró en su purísima alma este sagrado amor! Era el resorte que la impulsaba, la fuerza que la movía, el alimento de su alma, ¡su vida misma!

¡Amaba a Dios! Sí; lo amó en la niñez, lo amó en la juventud y lo amó con mayor intensidad después que se consagró a Jesucristo como Esposa y se dedicó por Él al servicio particular de los pobres. Las palabras con que comenzamos este capítulo, las pronunció en su lecho de muerte; y ¡cuántas cosas nos dicen!

"Todas las tentaciones las he vencido con el amor". Palabras que son más para meditarse que para comentarse.

De modo que la Madre Fundadora de las Hermanitas de los Pobres no fue de esas almas que pasaron por el mundo sin mayores luchas, no; no podía serlo dado su carácter, su actividad, sus grandes aspiraciones, sus deseos ardentísimos. Pero ella puso especial cuidado en ocultarlas, en que fueran conocidas sólo de su Dios. ¿De qué medio se valió para lograrlo?

Ya lo hemos visto. El amor fue la medicina de todos sus males; la victoria sobre todas las inclinaciones naturales de su corazón, tan perfectamente domadas; su coraza para la lucha, su refugio continuo.

Y este amor se fue acrecentando en su pecho día por día. El divino Esposo no quiso esperar a llevarla a la eterna mansión para recompensar su heroica vida, sino que, desde este mísero destierro, que tan bien saben convertir en lugar de delicias las almas que viven enamoradas de la Verdad Eterna, se hizo sentir tan de cerca y de tal modo a su corazón, que la joven Fundadora, feliz presa del Amor divino, se consumía en ardores de la divina caridad. Por eso, en medio de sus ocupaciones continuas y agobiantes, no perdía el fervor ni un momento, y puede decirse que no interrumpía su oración: porque estaba íntimamente unida a Jesús, abismada en Dios, y obraba bajo el impulso que la divina presencia iba imprimiendo en su alma.

En la descripción de su preciosa muerte tendremos ocasión de admirar cómo el divino Espíritu la enajenó de cuanto a su alrededor pasaba para concentrarla en Él. Aquí



sólo diremos algo del amor especial que tenía a Jesús en el sacramento de la Eucaristía, y de su amor y devoción a la Santísima Virgen, inseparable del verdadero amor a Jesús; y recordaremos algo más sobre la devoción y confianza con que honraba a San José, que tantas veces se dignó premiar Jesús con notables favores, agradeciendo los honores tributados a quien llamó padre en la tierra.

Cuando la Madre Emilia entraba en la capilla, se transformaba. Su modestia y recogimiento eran tan grandes que nadie intentó nunca acercársele en esos momentos. Para las fiestas, ella misma con gran delicadeza y gusto arreglaba el altar. Le gustaba ver a su Jesús con hermosos adornos, y Jesús se complacía en retornar sus finezas y en mostrarle de mil modos lo contento que estaba de ella.

Una vez (para el Jueves Santo del 1892), mientras adornaba el altar en forma de Monumento, se presentó a la capilla una devota con una vela muy grande y diciéndole que quería se consumiera en el altar. La Madre con la vela en mano, se acerca al Sagrario y exclama:

-Mira, Jesús mío; mándame un candelero para colocar este cirio.

Los deseos de esta alma eran órdenes para el divino Corazón; y a poco, una persona que no sabía nada en absoluto de lo que allí pasaba, dijo que traía un candelero grande, regalo para la Madre Emilia. Está de más decir que era justamente de la medida del cirio.

Tenía la Madre Emilia especialísima devoción a la Santísima Virgen, y la Inmaculada Concepción era de las advocaciones que más la atraían a su celestial amor. En las exhortaciones a sus Hijas no se cansaba de hablarles del amor que debían a su Madre Inmaculada. Las fiestas con que la Santa Iglesia honra a la excelsa Reina del cielo, le encantaban, y siempre se preparaba a ellas con especiales actos de virtud y mortificación.

A los enfermos procuraba también inspirarles, hacerles sentir, la dulce devoción a María, y en cuanto llegaban, su principal cuidado era ponerles una medallita de la Santísima Virgen diciéndoles que debían amarla mucho; y les sugería algunas prácticas sencillas y a su alcance, para acostumbrarlos a obsequiarla.

En su última gravedad rogó a su director que la inscribiera en la Asociación del Rosario Perpetuo. Diole él este consuelo, y al decirle que ya la había inscrito y que le tocaba el rezo de los quince misterios el día de la Inmaculada, se contentó en gran manera con la coincidencia de que le tocara precisamente el día de la fiesta de su advocación predilecta. Como ya ella personalmente no iba a poder cumplir con la obligación que contraía, hizo que las Hermanas le prometieran cumplirla siempre en su nombre, y fieles a esta promesa, por cumplir los deseos de su venerada Madre, en todas las Casas de las Hermanitas, a las tres de la tarde del día de la Inmaculada, se rezan los quince misterios del Rosario.

Además de esta práctica, como recuerdo del tierno amor que la Madre Fundadora profesaba a la Santísima Virgen, sus Hijas usan de color azul el forro del manto y la cinta del crucifijo.

Ya hemos visto que a San José lo amaba tiernamente desde la infancia, que lo miraba como a Dueño de la Casa y que a la devoción particular que le profesaba deben las Hermanitas el honor de llamarse "Hermana N. de San José".

El Santo Patriarca correspondía con tanta ternura a la devoción que la Madre y las Hijas le profesaban, que las favorecía ostensiblemente; y cuando en algunas ocasiones venían las Hermanitas a decir: "Madre, falta esto, o aquello...", ella respondía con toda tranquilidad, sonriente y confiada:

-Pues pídsenlo a San José.

Las Hermanas cogían el resto del objeto que faltaba, lo colocaban junto a la estatua del Santo, y pronto, de un modo u otro, llegaba el esperado socorro, de manera que al pedir al glorioso Santo, más que esperanza, tenían ellas la seguridad de ser socorridas, sabiendo el gran valimiento que la Madre que les mandaba pedir, tenía con Él.

## **CAPITULO XXXVII**

### **GRAVEDAD DE LA MADRE EMILIA**

Sabemos cuán acabada de salud volvió la reverenda Madre a Caracas después de su estancia en Los Teques. Las Hermanitas, contra toda esperanza, se empeñaban en curar su mal; pero nuestro Señor tenía sus designios sobre aquella alma ya tan labrada por la virtud y hermozada por la gracia. Quería llevarla pronto a recibir el premio que le había preparado, y antes, darle los últimos retoques, acrisolarla más, embellecerla y abrillantarla hasta que alcanzara la perfección que en sus divinos designios le había señalado.

Llegó la Madre Emilia a principios de septiembre, y a poco sucedió la inesperada enfermedad y muerte de su querida hermana Elena, que el 12 de ese mes entregó su bella alma al Creador. Este rudo golpe acabó con la poca resistencia que le quedaba a la amorosa Madre, y se llevó las esperanzas de las Hermanitas. La Congregación estaba sobremanaera afligida, porque veía que la Madre se le iba también al cielo.

La Madre Emilia empezó a guardar cama; empezó, digamos, la última fase de su misión en la tierra: enseñar a sus Hijas la paciente, humilde y amorosa sumisión a la divina Voluntad que se necesita para que la enfermedad desarrolle su poder santificante. ¡Qué bien

lo enseñó! ¡Cómo creció en perfección aquella Santa Religiosa en los cortos meses que le quedaron de vida!

Las antiguas no se cansan de decir: "La cama de nuestra Madre Fundadora era una cátedra donde cada una podía aprender lo que necesitaba para practicar con perfección las virtudes. ¡Qué sublimes enseñanzas nos daba!... Pero, sobre todo, ¡qué ejemplos más edificantes y santos!".

¡Así tenía que ser! Si hemos visto que la fervorosa Madre vivía íntimamente unida con Dios y en ininterrumpida oración en medio de los trabajos de su activísima vida, ¿qué sería cuando la enfermedad la obligó por fuerza a cesar en las actividades exteriores, y le dio facilidad doblada para el recogimiento y la oración?

Porque si a las almas imperfectas la enfermedad suele abatirlas y quitarles ánimo para orar, no así a las que están acostumbradas a la dulce conversación del celestial Esposo, y que además se alegran de padecer en su compañía y saben sacar provechos inestimables de los padecimientos, como nuestra piadosa enferma.

Y si cuando estaba en el tráfico de sus ocupaciones ordinarias, sabía sustraerse algunos ratos de ellas para dedicarlos a la santificación de sus Hijas por medio de consejos e instrucciones adecuados a sus necesidades espirituales, ¿cómo aprovecharía ahora su forzoso vagar para multiplicar sus amorosas y eficaces enseñanzas, en los ratos que sus amantes Hijas iban a pasar junto a ella? Y ¿con cuánto más empeño lo haría viéndose ya próxima a dejarlas?

Adelantando cada día velozmente hacia la tumba, acostada casi de continuo, levantada algunas horas, padeciendo siempre y sobrellevando valerosamente el rigor de la enfermedad; irradiando el fulgor de sus virtudes que atraían para la Obra que fundó las bendiciones del cielo y estimulaba a las Hermanas a imitarlas con el poder irresistible del ejemplo, pasó la santa enferma dos meses. A principios de diciembre estaba muy mal. Nuestro Señor quiso darle un gran consuelo y motivo de íntima alegría.

El día 11 se verificó en la capilla del Asilo La Providencia una sencilla y conmovedora ceremonia. La venerada Fundadora fue conducida por sus Hijas al pie del altar para pronunciar sus Votos Perpetuos en artículo de muerte. El presbítero Santiago F. Machado, autorizado por el ilustrísimo señor Arzobispo, recibía las sagradas promesas, y después de ceñir la frente de la feliz religiosa con la corona de espinas, símbolo de Cristo, ponía en el dedo anular de su mano derecha el anillo nupcial con la solemne fórmula capaz de enajenar de alegría al alma que sabe amar a su Dios: "Yo te desposo con Jesucristo...". La Madre Emilia estaba en el colmo de su felicidad.

Nuestra venerable Madre recibió este nuevo favor con gratitud desbordante y gozo íntimo, que hasta pareció mejorarla. El Señor, siempre amoroso, quiso darle aún otro gran contento, y por aquellos días, a mediados de diciembre, se trasladó su querido Asilo de la Providencia al antiguo Hospital de mujeres, de San Pablo, cedido con muy buena voluntad por el señor Gobernador. ¡Cómo se alegraba la buena Madre viendo que en adelante se podría dar acogida a lo menos a cuarenta pobres en la nueva Casa! ¡Cómo bendecía a Dios por ello!

La tierna piedad de la Madre Emilia aún le dio ánimo para arreglar por última vez el Portalito al Niño Jesús para la próxima Navidad. Respirando difícilmente, apoyada en su silla o en el brazo de una de sus Hijas, gozaba su corazón en tan piadosa tarea, dando también alegría a las Hermanas y a los enfermos al verla tan animosa.

Llegó la noche de Navidad, y la querida enferma la pasó fervorosísima en íntimos coloquios con el divino Infante. El 26, a las ocho de la mañana, obediente y resignada, se desprendió de los brazos de sus caras Hijas del Asilo, despidiéndolo para siempre. Nuestro Padre quería que fuera a Macuto, con el deseo de buscarle algún alivio. Acompañada de la Hermana Trinidad, que tuvo la dicha de ser su enfermera, salió para Maiquetía.

¡Qué impresión y qué sentimiento el de las Hermanas del Hospital cuando abrazaron de nuevo a la amada Madre, viéndola tal como estaba de acabada! ¡Solamente le quedaban veintitrés días en la tierra!

Estuvo unos dos días en el Hospital, y de allí pasó a Macuto, a casa de su hermana, la señora de Castillo Chapellín. Gran sentimiento causaba a la enferma no poder acabar en el Hospital la vida que sentía escapársele; pero así lo disponían con la esperanza de que le fuera favorable el clima y se alargara tal vez unos días más su preciosa existencia.

La buena Madre pasó en Macuto los primeros días levantada, y aun asistió por complacencia a la mesa de familia; pero a principios de enero ya no pudo levantarse más. La fiebre fue continua, la tos aumentó y la gravedad se presentó con alarmantes caracteres.

Las Hermanitas y el reverendo Padre Fundador, que iban y venían todos los días de Maiquetía a Macuto, llenos de consternación y amargura advirtieron muy pronto que el fin de la querida enferma estaba próximo.

## CAPITULO XXXVIII

### ULTIMOS DIAS DE LA MADRE EMILIA

Para dar a conocer las santas disposiciones de nuestra venerada Fundadora en los últimos días que pasó en la tierra, lo mejor será copiar las notas que en su Diario iba escribiendo el reverendo Padre Machado, deseoso de conservar los preciosos recuerdos de aquella alma santa, cuya vida con tanto dolor veía extinguirse. Atenderemos con respetuoso amor a los últimos consejos de la venerada Madre y procuraremos aprovecharlos.

Dice así el Diario:

"Enero 12 de 1893.- En este día, como a las nueve p. m. me fui a Macuto, donde estaba de temperamento la Madre Emilia, acompañado de dos Hermanitas, porque me avisaron que seguía muy grave. (Yo estaba en Maiquetía.) Pasó la noche sin novedad particular.

"Día 13.- Me pareció muy decaída y le puse los Santos Óleos, aplicándole también la Indulgencia Plenaria.

"Hablando después conmigo, me dijo que advirtiera a las Hermanas que no le fueran a dar calmantes, porque ella quería morir con todo el conocimiento.

"Al médico le pareció tan grave, que creyó moriría hoy.

"Volví a su aposento más tarde, y me dijo: *"-Yo deseo morir Esclava del Rosario, si es posible.*

"Le dije que sí, que llamaría por teléfono a la Casa de Caracas para hacerla inscribir en la Cofradía de Altagracia. Salí enseguida, y así lo hice. Le fue designado para rezar los quince misterios del Rosario el día de la Inmaculada Concepción, de tres a cuatro de la tarde."

Notemos la humildad y sencillez con que la Madre Emilia expone su deseo sometándolo a la decisión de su director y Padre, aun siendo una cosa tan buena lo que deseaba. Si es posible... Obediente como fue toda la vida, se mostraba también en su lecho de muerte.

"Cuando regresé -sigue el Padre- le dije que ya estaba inscrita, y le agregué: "-Las Hermanas de Caracas le piden su bendición.

"-Yo las bendigo con toda mi alma, contestó-, pues las quiero como a mis Hijas. "Después me dijo:

*"Yo siento una gran satisfacción y como un santo orgullo de ser religiosa; de modo que veo con cierta lástima, como a pobrecitas, a las que no lo son.*

"Agregando enseguida:

*"-He pensado que ayudará mucho a las Hermanas para vencer la repugnancia, el fastidio y aun el cansancio del trabajo, pensar en esta hora..., la de la muerte."*

Idea luminosa ésta, que, como recomendada por nuestra amada Fundadora, debemos con frecuencia evocar las Hermanitas. ¡Cómo se ve que, en aquellas horas, para tantos cristianos tristes y sombrías, la Madre Emilia disfrutaba de la santa tranquilidad que presta la convicción del deber cumplido, ¡y de la vida empleada según el beneplácito divino!

Del modo más natural y tranquilo se iba preparando a comparecer ante el Supremo Juez. ¡Dichoso quien tiene la seguridad de haber hecho lo posible para tener en regla sus cuentas!

"Día 14.- En la mañana le dije la santa Misa en su aposento, autorizado para ello por el ilustrísimo señor Arzobispo, que se encontraba también aquí por motos de salud. Antes de la Misa me acerqué a su lecho y le advertí que iba a oírla y a comulgar en ella.

- *"He pasado toda la noche ocupada en ese pensamiento -contestó- y deseando que llegara la hora... ¡Bendita sea la infinita misericordia de Nuestro Señor!*

"Estas palabras las dijo llena de piadoso entusiasmo. "En el día les dijo a las Hermanas:

*"-Cuando se les haga difícil la práctica de las virtudes, sobre todo la Obediencia, el trabajo fuerte y la humillación, acuérdense de la muerte. Con este pensamiento todo se les hará fácil, por grande que sea el sacrificio que tengan que hacer: tendrán fuerza para llegar hasta el martirio. No pierdan tiempo en el servicio del Señor: aprovechen todos los momentos, porque en la hora de entregar la cuenta les pesará si no lo hacen así".*

"Luego continuó:

*"-Cuando la muerte se acerca a una persona que ha servido y amado a Dios, siente que se le aumenta este sagrado amor."*

¡Y qué bien se conocía en ella este dulce aumento de amor, y cuán deseable se hacía, viéndola en tanta unión con Dios, una muerte como la suya! Para obtenerla, realmente ningún trabajo es mucho, ningún sacrificio es grande. En su ejemplo lo vemos.

"Una Hermana le preguntó (prosigue el Diario):

"- ¿Cómo se siente del dolor del corazón?

"Ella contestó:

*-Este no es dolor, Hermana; es la casa que se está desmoronando para salir el alma.*

"Más tarde dijo a varias Hermanas allí reunidas:

*- “Yo quiero que la Congregación haga siempre por mí la hora que me toca por la Esclavitud del Rosario, el día de la Inmaculada, de tres a cuatro de la tarde”.*

"Las Hermanas le prometieron hacerlo, y ella añadió luego: *"-Procuren sacarme pronto del Purgatorio, ganando con toda diligencia las indulgencias, como está prescrito. ¡Mi mayor deseo es ver a Dios cuanto antes!"*

Vemos aquí de nuevo una señal del amoroso fuego en que ardía el corazón de la venerada Madre. Creyendo en su humildad tener grandes deudas con la divina Justicia, pide la ayuden a salir pronto del Purgatorio; mas, en lo que piensa no es en los tormentos que allí se padecen, ni se ofrece a su mente el deseo de librarse de ellos; lo que teme es la tardanza de llegar al cielo, porque le retrasa el momento de ver al único imán de sus amores: a Dios nuestro Señor. En la sencillez con que explaya su corazón en el de las Hijas que va a dejar huérfanas, sus sentimientos se muestran a lo vivo. ¡Cuánto ama a Dios! "Una de las Hermanas le dijo que no la olvidara en el cielo, y contestó:

*- ¡Ah, ése será mi mayor cuidado!... Rogaré por todas sin preferencias, pero sí pediré por las necesidades de cada una en particular, como quien las conoce”.*

"Por la tarde, al llegar yo de Maiquetía, fui inmediata- mente a verla. Al acercármele, dijo:

*"-Mucha falta me ha hecho hoy su conversación”.*

- ¿Por qué? -le pregunté.

*"-Porque sus palabras comunican fuerza a mi alma”.*

"Después añadió:

*"- ¿Podré yo saber, Padre, desde el cielo, los progresos de la Congregación?”*

-Si, podrá saberlos, porque usted verá en Dios todo lo que pasa en el mundo, y como allá tendremos todo lo que nos cause placer, usted tendrá en Dios el placer de ver los adelantos de la Congregación. -*Sí* -repuso, poniéndose las manos cruzadas sobre el pecho con expresión de gozo-, *me complacerá muchísimo.*

"Me dijo después:

*- ¿Será permitido que las Hermanas me proporcionen comodidades, tales como cambiarme de posición en la cama cuando estoy cansada en la que tenía anteriormente, y en casos semejantes?"*

¡Qué deseo más grande de perfección se ve en esta sencilla pregunta! Temía faltar a ella tomando estos pequeños alivios tan necesarios en el estado de gravedad en que se hallaba. Mas el Padre la tranquilizó.

"Sí, es permitido y aun bueno dije-, pues usted trata con eso de quitar la mucha incomodidad al cuerpo (como lo hacemos en la oración) para que el espíritu pueda ocuparse con más libertad en la unión con Dios.

"Después de un corto silencio me dijo:

*-Nunca me imaginé siquiera que se pudiera sentir tanta satisfacción de morir religiosa. ¡Estoy tan contenta!... Siento tanto amor a Jesús y se me ha despertado ahora un deseo tan grande de verlo, que me encuentro imposibilitada de ocuparme de otra cosa. ¡Mi espíritu está lleno de su presencia! He deseado saber a qué hora moriré, si lo han anunciado los médicos; pero nadie ha querido decírmelo.*

-Eso no es posible preverlo le dije-; y luego, ¿para qué lo quería saber usted?

*"Para esperar la muerte y prepararme a ella como para la comunión.*

-Pero no es preciso saber eso para prepararse a la muerte le dije-; de este modo, desde ahora mismo puede usted hacerlo con mucho provecho.

*"Así lo voy a hacer, contestó."*

¡Prepararse a la muerte como para la comunión! ¡Preparación hermosa! En la comunión Jesús viene al alma para llenarla de su vida divina; para endiosarla con el fuego de su santo amor. En la muerte, el alma que ama mucho a Dios y está bien preparada, se arroja en los brazos del divino Dueño para empezar en ellos la vida tan ansiada que nunca ha de acabar. Cierto que en aquella hora Jesús llega siempre como Juez; pero ¡qué Juez más bondadoso y benévolo; más bien, ¡qué tierno Padre puede esperar hallarlo el alma que lo ha amado con todas sus fuerzas y ha llegado a ofrendar la vida por su amor! ¿No había de estar tranquila y confiada la Madre Emilia en aquella hora suprema, que le llegaba apresurada por su caridad heroica?

Prosigamos el Diario.

"Día 15.- Dijo la Misa el señor presbítero doctor Istúriz. Comulgaron en ella la Madre Emilia y varias Hermanas.



"Más tarde, hablando con algunas Hermanas, les dijo *"-A mí me parece que he hecho todo lo posible para cumplir con mi deber; si en algo he faltado, ha o por ignorancia, y les pido me perdonen; pues Nuestro Señor me tomó de la mano y me colocó en esta Casa sin yo saber nada"*.

"Después agregó:

*"-Mi mayor placer era sentarme a la mesa con todas ustedes y verlas ir juntas a la capilla"*.

¡Con qué cariño recuerda la amorosa Madre los ratos de dulce y santo gozo que ha pasado con sus Hijas amadas! ¡Cuán cierto es que el corazón que ama mucho a Dios sabe sentir mayor ternura por aquellos a quienes según Dios debe amar!

Pero notemos la perfección de su amor. Aunque las ama en gran manera, no se lamenta de tener que dejarlas pues Dios, que se las dio por Hijas, la llama a Sí. Continuará velando por ellas desde el cielo, y entretanto les da los consejos y advertencias que le parecen más conducentes para que alcancen la dicha de ser perfectas religiosas y merezcan los eternos premios.

"En otra conversación les dijo también: *"-Tengan mucho cuidado con el orgullo, que es como un dragón infernal que lo destruye todo. Ténganse en nada, atribuyendo siempre a Dios todo lo bueno que hagan. Hijas: cuando se sientan abatidas por el cansancio del trabajo en el servicio de los pobres, recuerden que van a ser recompensadas sobreabundantemente en el cielo"*.

"Día 16.-En la mañana le pidió la bendición su sobrinita Luisa Amelia, y ella le dijo:

*"-Dios te bendiga, mi hijita. Mira: le voy a pedir a Papá Dios que te haga religiosa, para que mueras tan contenta como estoy muriendo yo"*.

"Antes de la Comunión, yo le insinué se entregara a Jesús como un niño que se echa en los brazos de su madre, y más tarde me dijo:

- *"Estoy tan tranquila, tan contenta, tan sin temor como si me hallara en los brazos de Jesús. Desde esta mañana que me arrojé en ellos, me siento feliz"*.

"A las cuatro p. m. fui a verla y me dijo:

*"-Hoy he tenido fatiga continuamente. Se me quita y me vuelve"*. - ¿Por qué no toma la cafeína que le han indicándolos médicos para aliviar el corazón?

*"-Así estoy bien -me contestó-, no quiero aliviarme."*

Hasta el fin, en todo momento la acompañó su espíritu de mortificación y sacrificio. ¡Qué bien había aprendido a practicarlo durante su vida! ¡Y con qué empeño aprovechaba ahora el poco tiempo que le quedaba para ofrecer a Dios la gran prueba de amor de padecer

por Él!... "En otra de las veces que entré a su aposento la encontré sentada en su sillón, y como diez Hermanitas a su alrededor, las cuales estaban cuidadosas de recoger hasta el más pequeño pensamiento que saliera de sus labios, para su aprovechamiento espiritual. Me sentí vivamente impresionado, y le dije:

"Este cuadro de usted así, rodeada de las Hermanas, me recuerda lo que dice el Evangelio: que las vírgenes esperaban la llegada del Esposo... Ya falta poco para que llegue aquí el Esposo, y usted sola entrará en el salón de las bodas; todos los demás nos quedaremos acá...

"Al oír esto se sonrió un poco (lo que no había hecho hacía ya algunos días).

"Ya usted no necesitará nada le agregué, porque su Esposo la hará riquísima en el acto en que se una a Él para siempre; pero nosotros, pobrecitos, todavía sí necesitamos que usted nos alcance muchas gracias del celestial Esposo.

"Así lo haré -me contestó.

"Más tarde me dijo: *"El diablo me ha tentado trayéndome el pensamiento de la salud, el deseo de estar buena. De repente, al ver a las demás que están sanas, me ha venido ese pensamiento, y hasta tal punto, que me parecía no estar de gravedad y que podía ponerme buena, levantándome, comiendo y haciendo gracias, como dicen"*.

"Este mismo día dijo a las Hermanas: *"Siento el corazón como que se me parte"*.

"Una de ellas le contestó:

"Ese es el amor de Dios, que se lo ha puesto así. *"Ojalá mi corazón se partiera de amor de Dios"* -contestó.

"Y dirigiendo la vista al crucifijo del altar, dijo en voz alta:

*"Tú sabes, Jesús mío, que yo te amo, y si me volvieras la vida, de nuevo te la volvería a consagrar y sacrificar en tu servicio"*.

"Dijo después:

*"Todas las tentaciones las he vencido con el amor de Dios"*.

"Las Hermanitas le dijeron que ellas deseaban amarlo así también.

- *"Para conseguir ese amor -respondió- es preciso ser muy humildes y fieles en las cosas más pequeñas, porque Nuestro Señor es muy celoso y quiere habitar sólo en nuestro corazón. No gusta ser servido a medias"*.

"Una Hermana le dijo que le alcanzara de Nuestro Señor la gracia de imitarla en todo.

- *"A mí no me imiten -contestó-, sino a Jesús, que es como un espejo clarísimo donde se reflejan todas las virtudes"*.

"Después añadió:

- *"El principal cuidado de ustedes debe ser la salvación de las almas. A este punto deben tender sobre todo en la asistencia de los enfermos, ancianos y niños"*.

"En otra conversación dijo: - *"Les recomiendo mucho la caridad fraterna. Si ustedes no se aman mucho, mutuamente, ¿cómo podrán amar a los enfermos, ancianos y niños?"*

Es admirable en las conversaciones que se sucedieron en estos días, la naturalidad con que se hablaba de la muerte, tratándose de una muerte de tanta consecuencia para la Congregación: la de la Madre Fundadora. ¡Oh, qué entregadas a la divina Voluntad estaban aquellas almas! ¡Qué belleza veía el cielo en aquel grupo! ¡Cómo mostraban las Hermanas sus deseos de perfección, y cómo ansiaba la buena Madre darles todos los documentos para alcanzarla!

El asegurarles con sencilla confianza: *"A mí me parece que he hecho todo lo posible por cumplir con mi deber"*, ¿no era marcarles el sendero recto que habían de seguir en las rutas del camino de la vida, siempre fieles a los grandes y bellos compromisos contraídos con el Señor?

Les añade: *"Nuestro Señor me tomó de la mano y me colocó en esta Casa (es decir, en su Casa), sin yo saber nada"*. Sin saber nada de la vida religiosa...; pero ¡qué bien lo aprendió todo en su oración constante, en su íntima unión con Dios, en la entrega incondicional a la Voluntad divina! ¡Y qué sublime perfección alcanzó en esa vida religiosa de la cual dice que no sabía nada, y Dios mismo le fue enseñando para que fuera a su vez perfecta maestra!

El Señor la toma para restauradora de la vida religiosa en Venezuela; para iniciarla, más bien, en la forma de Congregaciones dedicadas a la Caridad, y ella, bajo la dirección de quien Dios mismo le dio por guía, se pone al trabajo sin escatimar sacrificios hasta agotar fuerzas y vida. Cuando ya pasados los primeros y más arduos trabajos, podía empezar a gozar de los consoladores frutos que se iban cosechando, el Señor la llama a Sí, y ella responde gozosa al llamamiento y se prepara a morir, sin que en su humildad se le ocurra que puede hacer falta a la naciente Congregación. Segura de que es obra de Dios y Él la llevará adelante por los medios que a bien tenga, se promete contemplar desde el cielo y gozarse en los progresos de la querida Obra, sin tenerse por necesaria en ella; y si ofrece interceder por las Hermanas, es por el grande amor que les tiene y porque conoce sus necesidades...

¡Qué bien le estaba a la humildísima y amorosa Madre encargar a sus Hijas que se guarden del orgullo, que se amen entre sí y que sean fidelísimas a Dios, cuando también lo practicaba ella hasta en sus últimos momentos! ¡Qué grabados habían de quedar sus consejos en los corazones tan bien dispuestos de las Hijas a quienes con tanta abnegación fue enseñando a caminar de virtud en virtud, y cómo quedarían de enardecidas en santo celo por el bien de las almas que la divina Providencia les fuere enviando!

Es fácil comprenderlo. Y más que entonces, ahora, a la distancia de los años pasados, en los cuales se han visto prácticamente los santos frutos de los maternales encargos. Llegó el último día que la Madre había de pasar en la tierra. De él solamente dice el reverendo Padre Machado:

"Día 17.-La gravedad se aumentó más y más, pero sin alterar en nada la paz y resignación de la buena Madre.

"En una de sus conversaciones dijo a las Hermanas: - *“Lo que yo les he enseñado procuren llevarlo a la práctica, sin olvidarlo jamás. Así agradarán mucho a Dios.”*

Se ve que el estado de postración de la amada enferma era grande; ya las fuerzas la abandonaban, y todavía se empeña en recomendar a sus Hijas que practiquen siempre fielmente cuanto les ha enseñado, segura como estaba de que Dios nuestro Señor se había dignado ir disponiendo todo lo que en la Congregación quedaba ordenado y establecido, por lo cual ella misma había sido la primera en observarlo.

Se ha dicho que la enfermedad no cambia al hombre, pero muestra lo que era. Mientras sufría el rigor de sus atormentadores males, y la luz de su vida próxima a extinguirse daba sus últimos destellos, ¡qué bien se ve lo que había sido y era entonces la venerada Madre Emilia!

Una santa religiosa de cuerpo entero; alma de continua oración; amorosamente sumisa a las menores disposiciones de la voluntad divina, ya expresada por la voz de los superiores, ya por las reglas, ya por las circunstancias; llena de caridad y celo, mortificada y humildísima...

La primera Madre de las Hermanas de la Caridad en Venezuela y Fundadora de las Hermanitas de los Pobres, se mostraba bien como espejo en que sus Hijas podían mirarse y como modelo que debían copiar.

Hemos querido transcribir íntegros los apuntes de estos días del Diario del reverendo Padre Machado para no omitir ninguna de las palabras de aquella alma cuyo lecho de dolor era, como antes habíamos dicho, una cátedra donde sus Hijas recogieron las más elevadas

reglas de perfección, y de paso hemos admirado también las santas disposiciones de aquel grupo de almas selectas que rodeaban a la santa moribunda.

Mas, si por resignación al querer divino tanto el Padre como las Hermanas se mantenían serenos y no exhalaban sus labios una queja, no eran insensibles, ¡no podían serlo!, a la dura prueba a que se hallaban sometidos. Nos lo harán ver estas palabras que copiamos de nuestro venerable Padre Machado, quien más que nadie sentía la muerte de la Madre Emilia:

"-Yo perdía más que todos, porque la Madre Emilia había venido a ser para mí como una madre. Ella me advertía mis defectos y me daba consejos muy oportunos en todas mis dificultades. Mucho tuve que agradecerle."

Aquí se le ahogaba la voz al venerable Fundador y se enjugaba las lágrimas que rotaban de sus ojos.

## **CAPITULO XXXIX**

### **PRECIOSA MUERTE**

La Madre Emilia murió como mueren los santos. No tuvo la dicha de expirar en su amado Hospital de Maiquetía, y podemos comprender lo doloroso que era esto para ella; mas, su voluntad estaba rendida enteramente a la Voluntad divina, que así lo disponía. Ya hemos admirado con qué perfección se sometió a la orden de su director, que viéndola tan mal y por no dejar nada sin probar para darle alivio, la envió a Macuto a casa de su familia, donde pasó sus últimos días y le llegó la muerte.

Hemos podido adivinar la gran copia de virtudes que estaba allí practicando la Madre Fundadora, cuán alto espíritu religioso la animaba; y hemos visto los santos documentos que dio a sus Hijas aconsejándoles la caridad fraterna, el espíritu de sacrificio, el amor a Dios y a los enfermos y, en fin, la práctica de todas las virtudes.

Su corazón ardiendo en amor divino y en deseos de glorificar a Dios, hasta los últimos latidos dedicó a procurarlo y a que la Congregación continuara con empeño esa tarea que le dejaba encomendada. Sí: dar gloria a Dios salvando almas, y para ello servir a los pobres, instruirlos en Religión y remediar, sin escasear trabajos ni sacrificios, cuantas necesidades pudieran.

La noche del 17 de enero la pasó gravísima, sufriendo continuas asfixias y dando ejemplo de grandísima paciencia. A las cinco y media de la mañana le avisó el Padre

Machado que iba a decir la santa Misa para darle la Comunión, y la Madre le rogó se apresurase, para alcanzar a recibir a nuestro Señor. Cuando el Padre estaba en el Sanctus sentía que estaba ella muy fatigosa, y al Paternoster oyó su apagada voz que le decía:

*"Padre..., ande..., ya..., ya!"* Alrededor de ella estaban las Hermanitas, y notando que deseaba rodarse hacia los pies de la cama, como por acercarse al altar, la sostuvieron y ayudaron; y la Madre, con un supremo esfuerzo, se puso de rodillas y con los brazos en cruz, esperando así el momento de recibir por última vez al Dios de su corazón.

Todos lloraban al ver ese conmovedor espectáculo. En tan devota posición y sublime fervor recibió a Jesús, y unos instantes después expiró para ir a dar su eterna acción de gracias a la mansión de los bienaventurados. Murió casi en el acto de comulgar, para lo cual había estado preparándose fervorosamente, con tantos actos de virtud, y con tan respetuosa y devota adoración. Puede, pues, asegurarse que murió en ejercicio actual de amor de Dios... ¡Dichosa muerte!... ¡Envidiable muerte!... Perdían las Hermanitas de los Pobres la más tierna de las madres, cuando contaba la Congregación sólo tres años de fundada, y ella treinta y cuatro años de edad.

No hay que describir el desconsuelo de sus Hijas, que sin embargo, sumisas a las disposiciones de Dios, fortificadas por los admirables ejemplos que acababan de presenciar y dispuestas a cumplir los consejos recibidos de la santa Fundadora, ni por un momento temieron por la vida del casi naciente Instituto, sino que, fiadas en la divina protección y en el cuidado especial que les había prometido la Madre amada, se animaron a proseguir con tesón la Obra que la Madre Emilia dejaba comenzada tan solo, pero con vida y espíritu suficiente para crecer pujante y extenderse hermosa prodigando beneficios, como, gracias a Dios, sigue haciendo, Lloraban, naturalmente, las Hermanas en aquel trance, con el dolor más vivo y grande sentimiento; pero también consuelos inefables llenaban sus corazones; pues, convencidas de las heroicas virtudes de la Madre, se gozaban en el premio que iba a recibir.

Amortajado con grandísima devoción el cadáver de la Madre Emilia, fue conducido a Maiquetía, llegando como a las diez de la mañana al Hospital, donde la esperaban en un mar de lágrimas sus hijos, los pobrecitos enfermos, que no querían consolarse de aquella pérdida. ¡Cuánto le debían, ¡cuánto la sentían! No acertaban a separarse de aquel cadáver... de su Madre amada... Grandísima fue la manifestación de cariño que toda la población, pero singularmente los pobres, hicieron patente en la muerte de la Madre Fundadora. La multitud se apiñaba a la puerta del Hospital, deseosa de ver por última vez a la que había sacrificado su vida por aliviarles a ellos.

Pobres y ricos fueron desfilando ante el cadáver, que fue velado en la capilla. Las Hermanitas se relevaban cada hora y se ofrecían fervientes sufragios por su alma.

El 19, temprano, fue conducido el cadáver a la iglesia parroquial, donde en medio de numeroso concurso se le cantaron solemnemente los Oficios, y después acompañado de nuevo a la capilla de las Hermanitas de los Pobres, donde cerca de las once y media de la mañana, recibieron los preciosos restos piadosa sepultura.

Allí reposan. Su pequeña Congregación, apenas naciente, quedaba huérfana; pero su labor en los cortos años que la gobernó fue intensa. La semilla que bañada por sus sacrificios había sembrado, se iría convirtiendo en fuerte y frondoso árbol, bajo la amorosa mirada de la Madre Fundadora, que iba a contemplar su crecimiento desde el cielo, como lo manifestó un poco antes de separarse para siempre de ellas en la tierra.

Allí reposan. En aquella capilla testigo de sus innumerables actos de amor de Dios, de ardientes deseos de la divina gloria, de anhelos siempre renovados de sacrificio y abnegación, y por lo mismo, de tantas horas de oración ferviente y amorosa, de unión íntima con el divino Imán de sus amores, de entrega incondicional al divino Dueño, y donde Él, en su bondad infinita, tantas gracias le prodigó.

Allí reposan guardados por el amor de sus Hijas, y es su losa recuerdo permanente de los consejos que les dio, para que los practiquen; de las virtudes que les enseñó, para que se santifiquen con ellas.

¡Madre amada, ruega por tus Hijas, que sólo ansían seguir tus pasos y copiar tus ejemplos!

## **CAPITULO XL**

### **SIERVA DE DIOS**

Los preparativos iniciados para la apertura del Año Jubilar del nacimiento de la Sierva de Dios, Madre Emilia de San José, se fueron desarrollando en perfecto orden, y a medida que se acercaba la anhelada fecha, se intensificaba la actividad, a fin de que ningún detalle quedase sin cubrir. El Rvdo. Padre Postulador, Dr. R. Ramiro Rivas, dirigía con acierto y marcado interés el ritmo del trabajo, poniendo optimismo y firme constancia en su cabal realización. Todo le parecía poco y menguado para la Madre Emilia y la digna presentación de su cometido ante el Tribunal de su Causa. El Padre Postulador, además de ser un ferviente devoto de la Sierva de Dios, es uno de sus hijos dilectos.

Circularon a su debido tiempo las tarjetas de invitación, y el programa especial elaborado se llevó a efecto en todos puntos.

Hermoso, espléndido, por demás consolador fue el primer acto celebrado el día 7 de diciembre de 1957. Con veneración filial las Hermanitas rindieron homenaje al Excmo. y Rvdm. Sr. Arzobispo, Mons. Dr. Rafael Arias B. al recibirle en este día, en que él mismo se dignó abrir el programa de actos organizados, dando comienzo con la celebración de la Misa de Comunidad. Una nutrida concurrencia compuesta de Religiosas de las diversas Congregaciones residentes en la ciudad, fieles, familiares y devotos de la Sierva de Dios, que, con su presencia, venían a manifestarle su gratitud por los beneficios y gracias que reciben de su intercesión para con Dios. La melodía de los cantos, llenos de piedad y unción eucarística; la palabra paternal y alentadora del amado Pastor, que suavemente invitaba a orar, a pedir a Dios el conocimiento de su santísima voluntad en esta Causa, que es de su mayor gloria y de gran provecho espiritual para Venezuela; a la vez que exhortaba a sus hijas seguir fielmente el plan de vida trazado por la insigne Fundadora como uno de los máximos deberes de la Congregación; que todos teníamos mucho que aprender de ella. La comunión fue numerosa, todos los asistentes se acercaron a participar del Banquete Eucarístico, uniéndose a la Congregación en su acción de gracias por el Don que le ha sido concedido.

Instalóse solemnemente el Tribunal Arquidiocesano, a las diez y media a. m., en el Salón del Trono, Palacio Arzobispal; antes de la apertura de la Sesión Prima, se oyeron las armónicas notas del himno de la Congregación y las argentinas voces de las alumnas de los Colegios Santa Eduvigis y Madre Emilia se unieron a las de las Hermanitas en la idéntica espiritualidad del solemne momento "Bendito seas Dios de clemencia, Dios de justicia, de amor de paz; bendita sea tu Providencia, sol esplendente de caridad".

El Excmo. y Rvdm. Sr. Arzobispo, Mons. Dr. Rafael Arias B., en su alocución alusiva a la Causa que en ese momento se iniciaba, declaró la Apertura de la Primera Sesión. Todos los miembros del Tribunal allí presentes, prestaron el juramento de Ley en su orden respectiva. Llenados todos los actos requeridos, el Excmo. Sr. Arzobispo, Juez Ordinario del Tribunal, antes de cerrar la Sesión, declaró a la Reverenda Madre Emilia de San José.

SIERVA DE DIOS





Un aspecto de la primera sección del Tribunal

Como broche de oro del programa fue la Hora Santa de Reserva, dirigida por el Ilmo. Mons. Dr. J. M. Pibernat, Pro-Vicario de Religiosas, con que se clausuraron los actos a las seis p. m. Ese día 7 de diciembre de 1957 fue un día todo eucarístico, completamente dedicado a la acción de gracias.

**Proceso Informativo sobre los escritos, fama de santidad y milagros de la Sierva de  
Dios MADRE EMILIA DE SAN JOSE**

**EDICTO**

Nos, *Rafael Arias Blanco*, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,  
Arzobispo de Caracas.

Al venerable clero y fieles de la Arquidiócesis:

Hacemos saber que hemos iniciado en Nuestra Curia Metropolitana el Proceso Canónico Informativo, sobre los escritos, virtudes, fama de santidad y milagros de la SIERVA DE DIOS, Rvda. Madre Emilia de San José, Fundadora de las Hermanitas de los Pobres en Maiquetía.

A tal efecto, hemos querido, Nos mismo, como Jue Ordinario, presidir el Tribunal, pero delegamos un Tribunal especial, para cuando los deberes pastorales nos impidan presidir las diversas sesiones.

El Tribunal está constituido así: Presidente Ordinario del Tribunal, Excmo. Sr. Arzobispo de Caracas. Juez Delegado, Excmo. Sr. Dr. Ramón I. Lizardi Obispo Auxiliar y Vicario General, Jueces Adjuntos, Ilmo. Mons. Francisco Castillo Toro y Pbro. Maximino Castillo.

Promotor de la Fe, Ilmo. Mons. Dr. Marcos R. Tortolero. Vicepromotor de la Fe, Ilmo. Mons. Dr. José María Pibernat. Notario, Pbro. José Lino Vives. Notario Adjunto, Pbro. José Ugarte.

Para darle cumplimiento a los Sagrados Cánones siguientes:

Cn. 2.043.- Parágrafo 1.: El Ordinario mandará por edicto público, el cual se ha de publicar, a ser posible, en todas las Parroquias, o de otra manera más conveniente, que cuantos posean algún escrito de la Sierva de Dios lo entreguen al Tribunal; y así mismo recordará y urgirá las prescripciones de los cánones 2.023 al 2.025."

Cn. 2.023.-"En los procesos de beatificación, todos los fieles cristianos, salvo en el canon 2.027, parágrafo 2", número 1, tienen obligación, aun sin ser llamados, de poner en conocimiento de la Iglesia aquellas cosas que les pareciere ir en contra de las virtudes, milagros o martirios de la Sierva de Dios."

Cn. 2.024.-"En primer lugar deben ser llamados como testigos por el Promotor de la Fe, aunque no hubieren sido presentados por el Postulador, todos aquellos que tuvieron familiaridad o trato con la Sierva de Dios."

Cn. 2.025.-"Parágrafo 1.: Todos aquellos de quienes tratan los cánones 2.023 y 2.024, si no les consta haber sido ya presentados como testigos, deben enviar a su Ordinario propio un escrito exponiendo brevemente, si tuvieron trato con la Sierva de Dios, si conocen algún hecho particular que deba manifestarse y cuál sea éste; y el Ordinario procurará que estos escritos sean transmitidos al Promotor de la Fe."

Cn. 2.027.-"Parágrafo 2., número 1: No pueden admitirse (como testigos) el confesor, a tenor del canon 1.757, parágrafo 3.", número 2."

"Parágrafo 2.": Los religiosos y religiosas remitirán ellos mismos directamente al Ordinario o al Promotor de la Fe estos escritos cerrados y sellados, o se los entregarán al confesor, quien cuidará de remitirlos cuanto antes al Ordinario o Promotor de la Fe."

"Parágrafo 3.: Los indoctos expondrán el asunto al Párroco, quien dará cuenta de ello al Ordinario o al Pro- motor de la Fe."

Cn. 1.757.-"Parágrafo 3.", número 2: Se hallan excluidos para testificar como incapaces: Los sacerdotes en lo que se refiere a todo aquello que conocieron por confesión sacramental, aunque estén relevados del sigilo, aún más: no pueden recibirse ni siquiera como indicio de ver dad las cosas oídas por cualquiera y de cualquier modo con ocasión de la confesión."

### **DISPONEMOS:**

1. Todos los fieles que posean algún escrito de la Sierva de Dios, Madre Emilia de San José, impreso o inédito, redactado por propia mano o mandado redactar a otra por la misma Sierva de Dios, lo entreguen cuanto antes al Tribunal nombrado, al Promotor de la Fe o por lo menos lo exhiban ante los mismos para sacar copia auténtica de ellos.

2. Todos los fieles que tengan noticias de la existencia de algún escrito, no entregado o exhibido, de dicha Sierva de Dios, sea en poder de particular, sea en bibliotecas o archivos públicos, den pronta cuenta de ello, de palabra o por carta al mismo Tribunal o al Promotor de la Fe.

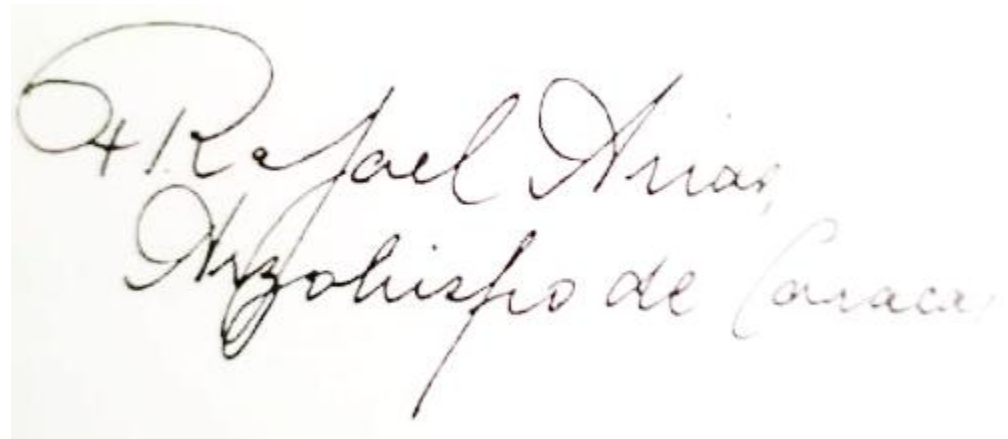
3. Al tenor del canon 2.023 ordenamos a los fieles conocedores de algo "que les pareciere ir en contra de las virtudes y milagros", atribuidos a la Sierva de Dios, poner en conocimiento de Nos mismo, del Tribunal o del Pro- motor de la Fe.

4. Ordenamos darle fiel cumplimiento a cuanto contienen los cánones 2.024, 2.025, 2.027 y 1.557.

Por fin exhortamos a Nuestro Venerable clero y fieles elevar fervidamente sus oraciones al Señor para que se cumpla su santa voluntad en esta causa que es de tanta importancia para su gloria, de máximo lustre para la Iglesia y de auténtica grandeza para la Patria.

Publíquese el presente Edicto en el Boletín Eclesiástico, en el diario La Religión y léase en todos los templos, oratorios públicos o semipúblicos, fíjese en los cancelos de las Iglesias y archívese en los Libros de Gobierno Parroquiales.

Dado, firmado y sellado en nuestro Palacio Arzobispal de Caracas, a siete de diciembre de 1957.



Rafael Arias,  
Arzobispo de Caracas

## **GRACIAS OBTENIDAS POR LA INTERCESION DE LA MADRE EMILIA DE SAN JOSE**

Capatárida, 2 de febrero de 1930.

Encontrábase una familia sumida en desconsuelo por estar en peligro de muerte uno de sus deudos en la ciudad de Maracaibo. La madre, que lo asistía cerca de su lecho, participó a la familia que los médicos opinaban por una operación quirúrgica, aunque ofrecía graves peligros, y que probablemente partiría con el enfermo para Caracas con ese objeto.

La familia se atribula más y más, y yo hago una fervorosa súplica a la Santísima Trinidad para que por la intercesión de la reverenda Madre Fundadora de las Hermanitas de los Pobres, conceda la anhelada salud al enfermo, devolviendo así a los suyos la tranquilidad y la paz. No transcurrieron muchos días de mi súplica, cuando vinieron noticias muy consoladoras, y poco después tuvimos su familia y sus amigos la grata satisfacción de verlo en este su pueblo natal, libre de su terrible dolencia.

De todo corazón doy gracias a la Santísima Trinidad por esta gracia obtenida por la intercesión y los méritos de la Madre Fundadora.

*Francisca V. Rodríguez*

\*

Caracas, 21 de junio de 1931.

Relación de varios favores:

1. Recibí de manos de una amiga un retrato de la Madre Emilia de San José, y le supliqué en el acto que intercediera para conseguirle trabajo a mi hermano. Seis horas después de esta súplica mía, llamaron por teléfono para ofrecerle el puesto que actualmente ocupa, y que le produce para mantener a sus numerosos hijos, como se lo pedí a Madre Emilia.

2. Le pedí luego trabajo para mi cuñado, recomen dándole fuera permanente; y menos de tres semanas después lo llamaron de una agencia, donde desde entonces trabaja sin interrupción.

3. Encontrándose el 16 de marzo pasado muy grave una hijita mía, ofrecí una limosna a Madre Emilia para el Pan de los Pobres si me le alcanzaba la salud, y a las pocas horas la niña empezó a mejorar y curó luego radicalmente.

4 y 5. Mi hermana, quien ha sido mi ayuda para criar a mis hijitos, y de la cual nunca me había separado antes, había tenido que ausentarse para someterse a un tratamiento médico; pero aún continuaba enferma después de tres meses de tratamiento, y se creía imposible poderla traer de nuevo a mi lado. Rogué con toda el alma a la Madre Emilia que facilitara nuestra reunión, y quince días después el médico autorizó su traslado.

Vino aún delicada y durmiendo solamente cuando tomaba cloral. Le pedí a la Madre Emilia le diera sueño natural, como hacía cuatro meses no lograba conciliarlo.

Tres noches después pude comprobar no solamente que dormía sin calmante, sino que su sueño era tan tranquilo y profundo pieza que resistía a ruidos provocados en la misma.

Estos favores pueden atestiguarlos la señora Leónidas de Cardozo, quien me trajo la efigie de la Madre Emilia y me aconsejó le encomendara mis penas, y ante quien hice mi primera súplica, y también la señorita Emma La Roche, mi cuñada, que me acompañaba y comprobé la intercesión de la Madre Emilia en la solución de angustias tan grandes.

*Mercedes de La Roche*

\*

Caracas, junio de 1931.

Agradecidísima a la Madre Emilia de San José, manifiesto que, habiendo invocado a la Santísima Trinidad por su intercesión, para que le concediera a mi hermano la gracia de encontrar empleo, antes de terminar la novena que hice, se encontraba ya colocado. Mi mayor deseo es que Nuestro Señor nos la deje ver pronto en los altares.

Envío esa limosnita para su Internado. Su humilde devota,

*María R.*

Dora H. de Bacalao, da gracias a la Madre Emilia por- que, estando su esposo enfermo y sin empleo, le alcanzó de la divina Bondad el remedio de estas necesidades.

Caracas, 31 de octubre de 1931.

Estaba muy enferma con artrismo en la columna, me encontraba con un parto que por lo difícil complicó más mi mal, llegando al extremo de prepararme cristiana mente a morir. En tal estado de cosas, recibí de manos de una Hermanita de los Pobres un retrato de la Madre Emilia; me sentí llena de fe, y le pedí me alcanzara la salud; y ¡oh favor!, sintiéndome ya bien, cumple este deber de gratitud haciendo manifiesta su protección para conmigo.

*Carmen González de Herwinde*

\*

Yo, Dolores Delgado, doy gracias a la Madre Emilia por el siguiente favor: Me encontraba en una gran angustia, pues mi casa estaba ya perdida, y había salido el primer pregón de remate. Fui a casa de las Hermanitas habiendo entrado en la sala, me arrodillé delante del retrato de la venerada Fundadora, rogándole me favoreciera. Al día siguiente, el abogado contrario me llamó y me dijo que esperaría hasta que consiguiera el dinero. Ya la casa volvió a ser mía, y hoy agradecida lo público y cumplo con lo prometido de mandar a celebrar una misa.

\*

Carora.

Carmen de Riera da infinitas gracias a la Madre Emilia por haberle curado una hija que padecía en un brazo una enfermedad que los médicos declararon incurable, aplicándole la estampa al brazo enfermo y rezando la novena por tres meses.

Maiquetía.

Habiendo estado con tifus mi hija Carmen Cecilia, invoqué la protección de la Madre Emilia de San José, ofreciendo propagar su devoción. A los pocos días de hacer esta súplica empezó a mejorar y la fiebre desapareció completamente. Agradecida a este favor lo hago público.

*Carmen de Perichi*

\*

Caracas, 22 de noviembre de 1932.

La que suscribe, gustosamente publica que, habiéndose encontrado en gran necesidad por haber perdido el empleo que tenía y con el cual ayudaba a la subsistencia de la familia, lo manifestó a una Hermanita de los Pobres el 14 de octubre pasado. Ella le indicó

encomendara ese asunto a la Santísima Trinidad por intercesión de la Madre Emilia de San José, haciéndole al mismo tiempo una novenita por el remedio de esa necesidad.

Así lo hice, y patente he visto el favor, pues el 3 del corriente recibí de nuevo el nombramiento, por lo cual doy gracias a la Santísima Trinidad y a la Madre Emilia de San José, que fue mi intercesora.

*R. G. S.*

\*

En el año 1932 llevaron al Hospicio de Carora (Estado Lara) un niño llamado Antonio Rodríguez, de cuatro años de edad. Este niño, de resultas del sarampión y de haberlo bañado su madre en el río cuando estaba jugando con arena caliente, le vino una inflamación en los ojos, que se le llenaron de pus, y quedaron convertidos en dos pelotas de carne brotadas. El médico del Hospicio dio el diagnóstico de incurable y mandó echarle unas gotas de nitrato de plata para que se le cerraran.

A las dos Hermanas enfermeras les dio mucha lástima, y cogiendo un botoncito de la Madre Emilia, lo pusieron en un vaso de agua, en la cual tres veces al día mojaban un algodoncito y lo pasaban por los párpados del niño mientras de rodillas rezaban tres padrenuestros a la Santísima Trinidad, pidiendo su curación por intercesión de la Madre Emilia. Al tercer día, mientras lo lavaban, el niño vio perfectamente, y todos decían: "Milagro! ¡Milagro

El doctor, al verlo al día siguiente, dijo también: "Esto es un milagro!".

A los ocho días pudo regresar el pequeño Antonio a su casa, con gran contento de los que lo presenciaron.

En otra ocasión llevaron al mismo Hospicio de Carora una joven de dieciocho años, sifilítica, en tal estado de hediondez, que no se podía estar junto a ella. El médico, al examinarla, dijo que era caso perdido. Según nos refiere la misma joven, las otras enfermas le aconsejaron que se hiciera devota de la Madre Emilia y le rezara una novena. Ella contestó que ni la conocía ni tenía novena; pero un día se le ocurrió levantarse y salir a uno de los patios, y viendo en el suelo una hoja de papel, la cogió, y encontró que era un retrato de la Madre Emilia con la oración en forma de novena. Extrañada de la coincidencia, la miró como un anuncio de que la Madre Emilia quería curarla, y empezó a rezar la novena todos los días, a las tres de la tarde, obteniendo la salud del cuerpo y la del alma.

Una señora de Caracas tenía un hijo loco hacía mucho tiempo, el cual era médico. (Por tratarse de su profesión, nos abstenemos de mencionar aquí el nombre.) Por estar muy malo ya, le aconsejaron que lo trajera del manicomio donde se encontraba, a su casa, para



que muriera en ella, y así lo hizo. Lo puso en una pieza con cerrojos y dos hombres que lo asistieran en las furias que le daban.

En esto, una Hermanita que estuvo en casa de la señora, oyó compadecida la relación de sus angustias que ella le hacía, y le dio una hojita con el retrato de la Madre Emilia, diciéndole que la invocara en su favor por medio de una novenita. A la mitad de la novena fue la señora a ver a su hijo, y lo encontró perfectamente bien, tanto que él le preguntó por qué lo tenían en ese cuarto. Sacáronlo de allí, y está por completo sano.

\*

Caracas, 11 de mayo de 1933.

Gracia notable:

Muy justo es (aun cuando sea un año más tarde) que consigne aquí la gracia que me fue concedida por la intercesión de Madre Emilia en mi última y grave enfermedad.

Estando a las puertas de la muerte durante una complicación de tifus con pulmonía, arreglado ya de un todo para el último viaje que esperaba por instantes, un alma piadosa colocó, bajo mi almohada de agónico, una estampa de la Madre Emilia con la promesa de tres misas por mi salvación. Desde la misma tarde empezó a notarse mejoría, que fue claramente constatada al día siguiente, y me condujo después a mi completo restablecimiento, gozando desde entonces hasta el momento en que trazo estas líneas, de completa salud.

Doy y daré siempre gracias a Madre Emilia por tan señalado favor, y ojalá nos acordemos siempre de ella en nuestras tribulaciones y angustias.

*Rómulo Acuña*

\*

El Hatillo, 13 de junio de 1933.

El domingo último de enero del presente año llegó a mis manos un boletín de San Antonio, donde leí los favores que Nuestro Señor ha concedido por intercesión de la Madre Emilia de San José, y llena de confianza, le pedí me presentara noticias ciertas de mi hermano, a quien habían reclutado para el servicio, y hacía tres meses que no teníamos noticia de él. ¡Oh Bondad infinita! A los quince días recibimos carta de él mismo, con fecha 1 de febrero. Ahora le ruego a la Madre Emilia nos alcance su libertad, y que todo sea para gloria de Dios y bien de nuestras almas. Hago pública mi acción de gracias, como lo ofrecí.

*Elisa Suárez*

\*

Acción de gracias por varios favores:

1. Tenía un niño con un ataque al cerebro, desahuciado por los médicos. Cerca de las doce de la noche, estando casi en agonía invoqué a la reverenda Madre Emilia, y al poco rato se vio que volvía en sí, y sin tomar ningún remedio se puso completamente bueno.

2. Mi esposo me había abandonado sin ningún motivo, y habiéndole expuesto mi necesidad a la Madre Emilia, volvió al hogar, donde ha continuado.

3. Habiendo tenido un dolor, opinaron los médicos que necesitaba una operación, y comencé a tomar remedios para operarme; mas, no teniendo recursos para los gastos, invoqué a la Madre Fundadora para que sin necesidad de operación me alcanzara la salud, gracia que me concedió, pues me encuentro completamente bien.

*Leonor de Moreno*

\*

Maracaibo, 2 de septiembre de 1933.

Rvda. Superiora General de las Hermanitas de los Pobres.

Muy querida y respetada Madre:

Me es grato participarle la gracia que alcancé de Nuestro Señor por intercesión de la Madre Emilia.

Hallándose mi papá muy malo con fuerte reumatismo en un brazo, y habiéndolo visto varios médicos sin lograr ningún alivio, acudí a la Madre Emilia ofreciendo hacerle una novena comulgando todos los días; puse la estampa con su retrato en el brazo enfermo, y a las pocas horas el dolor había desaparecido, y siguió mejorando tanto, que a los dos días ya no necesitaba de nuestra ayuda para nada. Cuando estaba enfermo teníamos hasta que darle de comer, pues el brazo no podía moverlo.

A todas mis amistades les recomiendo siempre que tienen tribulaciones y especialmente enfermos, que se entreguen a la Madre Emilia.

También le contaré otra curación.

Llegó de Valera misia Eloísa de Delgado con una hijita que tenía una pierna enferma y estaba grave. La hospitalizaron en la clínica y le enyesaron la pierna. Luego que los

médicos creyeron que había mejorado y que ya no necesita del yeso, se lo quitaron. Desde ese momento le dio fiebre muy alta a la niña, y ellos no dieron esperanzas de curación.

Una vez que fui a visitarlas, encontré a misia Eloísa muy angustiada, y me contó lo que habían dicho los médicos. La consolé en su aflicción hablándole de la Madre Emilia, y le ofrecí una novenita para que la hicieran ella y la niña, y le pusieron la estampa en la pierna. A los tres días me mandó a decir que la niña había mejorado notablemente, y a las dos semanas pudo regresar a su casa de Valera. Me dijo se iba a quedar con la novena, pues la Madre Emilia era quien le había alcanzado la salud a su hijita.

Yo tengo casi un año que le hago la novena diaria, y todas las gracias que le he pedido a Nuestro Señor por su intercesión me las ha concedido.

Bendígame y reciba los afectuosos saludos de su hija,

*Ángela Josefina Hernández*

\*

Valencia.

Encontrándome atribulado por la crítica situación económica que atravesaba, y habiendo agotado los recursos para vender mi casa de campo cual lo necesitaba con urgencia, y ya vencido, por haber hecho todas las diligencias, le comuniqué mi tribulación a una Hermanita de los Pobres del Asilo del Socorro de esta ciudad, que siempre iba a nuestra casa en solicitud de la limosna, y ella me insinuó le hiciera con toda fe una petición al alma de la Madre Emilia, Fundadora de dicha Congregación, lo cual hice enseguida, el 14 de noviembre de 1937. El 19 del mismo mes llegó a solicitarme un señor que iba a comprarme la casa, y sin ninguna demora efectuamos nuestro.

En justicia a la verdad, y agradecido, ruego publicar negocio este favor al cual debo la tranquilidad de mi hogar.

*Un Zuliano*

\*

El Tocuyo

En días pasados empezamos una novena a la Santísima Trinidad pidiéndole por intercesión de nuestra Madre Emilia -si convenía- la salud de la niña Carmen Contreras, desahuciada por los médicos, con tifus de más de un mes. Desde el día en que la comenzamos, la fiebre desapareció. Hasta el día en que esto escribo (la niña está en convalecencia) no ha vuelto a tener fiebre. Gracias sean dadas a Dios.

\*

Valencia, junio de 1939.

Valioso testimonio:

La señora María Silva, viuda de Sturunthaal, sufrió una fuerte hemorragia proveniente de un tumor canceroso sito en el pecho. Su avanzada edad y la gravedad del mal la condujeron casi al sepulcro. Para que muriera tranquilamente y con las atenciones que merecía tan distinguida dama, la conduje al Asilo de Nuestra Señora del Socorro, dirigido en esta ciudad por las reverendas Hermanitas de los Pobres. Al cabo de algunos días fui sorprendido agradablemente al encontrarla muy mejorada de su incurable mal, que hoy está casi extinguido, y la paciente atribuye este cambio casi milagroso a la intercesión de la extinta Madre Emilia de San José, Fundadora de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía.

Doy la presente declaración con el fin de que Dios sea glorificado, y eleve, si es su voluntad, a la ilustre compatriota al honor de los altares.

Firmado: *Víctor J. Arocha Prot. Apost. Cura del Sagrario*

\*

Caracas, 10 de julio de 1939.

Dos acciones de gracias:

El domingo 18 de junio del presente año de 1939 me encontraba muy atribulada con la gravedad de una sobrinita que tenía pulmonía. Pedí a las buenas Hermanitas de los Pobres un cordoncito de San Blas, que me regalaron enseguida, y me entregaron una novenita de la Madre Emilia de San José, diciéndome: "Haga ésta por horas, es decir, en el día de hoy".

Empecé la novena en la santa capilla a las doce, y a las tres se le notó a la niña una pequeña mejoría. A las seis, cuando llegó el doctor, dijo que la mejoría era admirable, y así continuó. Hoy está completamente buena, y tenemos su curación por milagro.

He tardado a hacer pública esta gracia, pero al hacerlo hoy gustosamente, puedo relatar otro milagro con el cual he comprobado la poderosa intercesión de la santa Fundadora.

El 9 de este mes, también domingo, el ver atribulada a una hermana mía, acudí llena de confianza a la Madre Emilia; repetí el horario de novenas, y mi súplica fue oída y despachada favorablemente. No pasaré un solo día sin pedir que los méritos de nuestra amada Madre sean reconocidos por la Santa Iglesia.

Humilde devota,

*María Hostos*

\*

(Tomado del periódico chileno *La Luz*, de Iquique, Chile.)

El 25 de septiembre recibí en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús una novenita de la reverenda Madre Emilia de San José, Fundadora de la Congregación de Hermanitas de los Pobres venezolanas, con motivo de haberse celebrado en esta iglesia las fiestas de las bodas de oro de dicha Congregación.

Encontrándome días después en la tribulación de que uno de los miembros de mi familia (comunista y protestante) estaba gravísimo y renegando cada vez más de la Religión Católica, yo no perdía ocasión de hablarle de Dios, del cielo que tiene reservado como premio a los que en El creen, y de las penas terribles del infierno, donde castiga a sus hijos ingratos que no le aman y aborrecen hasta su nombre.

Viendo que mis esfuerzos eran inútiles, y que de día en día se aproximaba a la muerte, comencé confiada la novena a la Madre Emilia, de quien había oído referir grandes milagros, pidiéndole la conversión de esta alma, ofreciendo además mis pequeños sacrificios.

Un día, viéndole tan grave, me acerqué y le dije:

- ¿Por qué no quiere que le traiga un Padrecito que se confiese? ¿No ve que está para morir, y si muere O para sin arrepentimiento se condena?

Entonces, ¡oh Dios!, después que en días pasados no se le podía hablar de estas cosas porque se irritaba, oigo que me dice: -Bueno, que venga luego... Preferiría un Padrecito Franciscano...

Salí al instante, hablé con uno de ellos, quien fue guida y lo confesó, dando el enfermo grandes muestras de dolor y arrepentimiento.

Muy de mañana recibió la sagrada Comunión, y sintiéndose tan feliz me decía:

- ¡Estoy tan bien, descansado y tranquilo!... Todo te lo agradezco. ¡Dios te lo pague!

A las seis de la tarde del mismo día expiraba..., pero ¡qué consuelo para mí ver que después de comunista y protestante moría como los hijos de la Iglesia Católica! Hago público este favor, dándole gracias a Nuestro Señor, que por la intercesión de la Madre Emilia me ha concedido esta gracia, y para el bien de las almas que quieran recurrir a ella.

*Elisa Rosas J.*

\*

Caracas, 28 de septiembre de 1939.

Habiéndoseme presentado todos los síntomas de una enfermedad grave y contagiosa, invoqué llena de fe viva a la reverenda Madre Emilia de San José, y con gran sorpresa de pronto me encontré curada, siendo negativos todos los exámenes. Con inmensa gratitud a la santa Madre Emilia, hago constar este favor.

*Elodia de Solórzano*

\*

Caracas, 8 de noviembre de 1939.

El suscrito, Pedro Misle Lips, venezolano, mayor de edad, expongo el siguiente testimonio:

Habiendo tenido varias urgentísimas necesidades, me dirigí en súplicas con mis oraciones a la reverenda Madre Emilia de San José para que intercediera por mi remedio, y habiéndome obtenido casi instantáneamente los favores pedidos, mandé a decir una misa en acción de gracias; y me permito recomendar a todo el que tenga alguna necesidad solicitar la intervención de la reverenda Madre Emilia, en la seguridad de ser también atendido.

Es testimonio que doy en agradecimiento a la milagrosa Madre Emilia de San José.

*Pedro Misle Lips*

Caracas, febrero de 1940.

Desde el mes de julio del año pasado me encontraba gravemente enferma, hasta el punto de temer quedar inútil. A fines del mes de noviembre llegó a mi casa una noble

Hermanita de los Pobres y, compadecida de mi situación, me regaló una novena de la reverenda Madre Emilia de San José, quien está haciendo muchos milagros. La hice con todo el fervor de un alma atribulada, y de tal manera esta santa Madre atendió mi súplica, que al terminar la novena estaba completamente curada, pudiendo caminar perfectamente. En los primeros días de diciembre, cuando murió el muy amado Padre Machado, visité el, o sea, Asilo de Santa Eduvigis sin la menor muestra de enfermedad, motivo por el cual hago público mi agradecimiento y doy mi limosna.

*Ana T. Soto*

\*

Iquique (Chile).

Teníamos a una de nuestras Hermanitas legas, de suma gravedad, y por efecto de la fiebre altísima se le estaba echando a perder la cabeza, lo cual era una angustia muy grande para todas nosotras. El día que me la confiaron para cuidarla, estaba gravísima; se veía sin remedio. Llena de fe y confianza se la entregué a nuestra Madre Emilia, pidiendo también a nuestro Padre Fundador intercediera por su salud, y enseguida vi su protección.

Apliqué a la enferma una estampa de nuestra Madre Emilia, suplicando: "No permitas, Madre mía, que ella quede loca, ni tonta".

Parece mentira contar la prontitud con que fui atendida. La enferma se durmió, y aunque la fiebre era tan fuerte que más de una estampa se le deshizo en la cabeza, empezó a mejorar.

Todo cuanto le daba como alimento, medicinas, etc., lo hacía invocando a la Santísima Trinidad y por la intercesión de nuestra Madre Emilia, y muy pronto la enferma estuvo fuera de peligro. Tanto su asombrosa mejoría como el que no haya habido complicaciones, ha sido una gracia muy grande de nuestra amada Fundadora. Sea todo a mayor gloria de Dios,

*Sor Benigna de San José*

\*

Del crecido número de acciones de gracias obtenidas por intercesión de la Sierva de Dios Madre Emilia de San José, extractamos algunas declarando sólo su valor histórico:

Caracas, 15 de junio de 1952.

La señora de Borregales, viendo de suma gravedad a su hija Beatriz Josefina, acudió en su tribulación a la Madre Emilia con la siguiente exclamación: "Madre Emilia, interésate

ante la Beatísima Trinidad por la salud de mi hija, hazle compañía en su lecho de enferma, y así como fuiste protectora de los enfermos, esperamos de tu valiosa intercesión verla pronto restablecida".

Esa misma noche, después de mi petición, ante la admiración de los médicos, nuestra hija se salvaba de la muerte mediante un cambio total en su debilitado organismo.

La mano del Señor se vio patente; la Madre Emilia de San José nos alcanzó este gran favor de la infinita misericordia de Dios.

*Germán Borregales y Beatriz de Borregales*

\*

Estado Falcón. Carirubana, 1962.

Estando de paso por Caracas, di a luz una niña a la que desde el primer momento le noté la cabecita totalmente ida hacia atrás y la lengua afuera de la boca. Al cumplir dos meses la llevé donde el doctor Pastor Oropeza; el diagnosticó que a su parecer la niña empezaría a andar a los tres años, mas el doctor Aníbal Llanún opinó que la niña no llegaría a caminar, si acaso a los dieciocho años, pues el caso era bastante serio.

Puse la niña bajo los expertos cuidados del doctor Oropeza, mas con toda fe y confianza en la Madre Emilia de San José, ofreciéndole que si mi hijita llegara a andar la vestiría por tres años con el santo hábito de las Hermanitas de los Pobres. A principios de 1962 la niña empezó a andar; en el mismo año, en el mes de julio, la llevé donde el doctor Oropeza; éste no salía del asombro, y preguntándome a quién la había encomendado, porque esto no podía ser sino un milagro, pues él había pensado que esa niña nunca andaría, le dije: "A la Sierva de Dios Madre Emilia".

"Pues es un gran favor alcanzado." Llevé a mi hija a la tumba de la Madre Emilia, era el 25 de septiembre. La niña se llama Emilia Josefina. Mi gratitud es inmensa y pido a todo el que esto lea dé gracias a Dios conmigo.

*Eloisa Moreno de Salazar*

\*

Estado Guárico, 22 de febrero de 1957.

En el año de 1949, siendo enfermera del Hospital "Guárico", en San Juan de los Morros, fui testigo de una gracia muy singular concedida por intercesión de nuestra Madre Fundadora Emilia de San José.



Había hospitalizados un grupo de detenidos políticos, los que se fastidiaban por su vida rutinaria, y me solían llamar para que les diera un poco de conversación. Como religiosa, mi conversación era siempre de Dios. Ellos me oían con atención y respeto. Alguna vez les hablé de nuestros Fundadores. Uno de ellos, el doctor Jesús Malavé, ingeniero, dijo que admiraba al Padre Machado y no sabía nada de nuestra Fundadora. Un día le dije "Doctor, voy a dar la biografía de la Madre Emilia para que la les y le pida le alcance su libertad". Le sugerí le escribiera un telegrama al Cielo. Leyó la biografía y después me dijo "Hermana, voy a escribir el telegrama al Cielo y le doy cinco días de plazo. Si me hace esta gracia, le mando a hacer dos retratos y le llevo un ramo de flores a su tumba". Los compañeros se burlaban de él. A los tres días lo llaman de la comandancia; se asustó un poco, fue y al volver, loco de alegría, me mostraba un telegrama donde se le comunicaba que estaba libre. "Vea decía-, vea Hermana la Madre Emilia me contestó el telegrama."

Lo cierto es que el doctor Malavé en pocas horas dejaba el Hospital y se marchaba a Caracas a cumplir su promesa.

*Sor Carmen de San José*

\*

Estado Mérida, mayo de 1963.

Cumplo agradecida para con la Sierva de Dios Madre Emilia de San José, por un gran favor que me alcanzó:

Hacía dos años y medio, mayo del 61, caí enferma con una grave dolencia: una várice avanzada acompañada de dolor, ya en estado de gangrenarse. El médico que me veía desesperaba de poderme curar. Permanecí inmóvil en cama varias semanas, mas al sentirme mejor me incorporé en la cama para cambio de ropa; la úlcera se abrió nuevamente. Fue entonces cuando llena de confianza acudí a la Madre Emilia y le ofrecí publicar el favor. A partir de ese momento se inició la mejoría: la úlcera comenzó a cicatrizar y a los pocos días estaba completamente bien, pude levantarme mas entonces se presentó "trombosis" en la pierna derecha; consideró el médico el caso sumamente peligroso podía presentarse una crisis y la muerte era segura. Yo seguí rogando a Madre Emilia; ella oyó mi súplica. No solamente no se me presentó ninguna crisis, sino que fui mejorando hasta ponerme completamente bien, pude entregarme mi trabajo, pues soy maestra de la escuela de labores y he podido desempeñar mis actividades como antes de mi enfermedad.

Dando gracias por este favor y por otros que aquí no relato, pero donde he visto la poderosa intercesión de esta Sierva de Dios y hago pública mi gratitud.

\*

Estado Miranda. Paracotos, 1966.

Habiéndose tirado un niño de un carro antes de tiempo, sin que el chófer hubiera parado, sufrió fracturas en el cráneo. Los médicos opinaron que el caso era grave y sólo por un milagro podría salvarse. Llena de fe invoqué a la Madre Emilia. Se le había formado al niño una bolsa de sangre que se le movía. Yo pedía a la Sierva de Dios se la desbaratara y vi con asombro al día siguiente que la bolsa había desaparecido. Muy agradecida por este favor, le pido me lo siga protegiendo y envió una limosna para su beatificación.

*María de Viera*

Estado Táchira. San Cristóbal, 10 de enero de 1960. Estando mi pequeña hija Mireya en estado de coma y viendo mi aflicción una de las religiosas que atienden al Hospital Central, me aconsejó le pidiera a Madre Emilia la salud de la niña. De rodillas junto a la cama hice la novena cada diez minutos, suplicándole a la Sierva de Dios que antes de terminar saliera mi hija del estado en que se encontraba. Gracias a la intercesión de la Madre y en forma que puedo decir milagrosa, lo conseguí, y hoy se encuentra perfectamente restablecida. Pido su pronta elevación a los altares.

El tratamiento aún no se había comenzado.

*Mireya de Eli*

Firman testigos: *Dr. Villafane y Dra. Guillermina de Villafane.*

\*

Estado Zulia. Maracaibo, calle 95, núm. 7, 50.

Habla el jefe del Laboratorio de la Clínica Venezuela. Maracaibo:

Mi hija Marina Benedicta padecía de otitis producida por un hongo, desde un mes de nacida; dicha afección se hizo rebelde a todo tratamiento. Hoy la niña cuenta cinco años.

Cierta noche (hace unos cuatro meses) pedí a la Madre Emilia de San José con vehemencia. Recé su novena, colocando la estampa en el oído de la enferma. Desde el primer día vimos el favor: el dolor se alivió y la afección ha cedido totalmente sin otra intervención.

Doy fe de lo que expongo.

\*

Estado Zulia. Maracaibo, 18 mayo de 1957.

Doy gracias a Dios por el favor alcanzado por medio de la intercesión de Madre Emilia.

Encontrándose mi sobrinita Pilar en suma gravedad, tanta que el médico creyó que la niña no amanecía, empecé la novena (de nueve horas) a la Madre Emilia pidiéndole su curación, y al amanecer, el médico se quedó admirado al verla. La niña estaba en la agonía; después se calmó se durmió y al despertar estaba libre del mal que le aquejaba.

Doy gracias y lo hago público para honra y gloria de la reverenda Madre Emilia de San José.

*Aura Acosta de Montiel Firma del médico: Dr. Antonio Estrada Urbina.*

\*

República de Chile. Iquique, 25 de febrero de 1959.

En el mes de marzo de 1958 me apareció en el ojo derecho una irritación que me fue aumentando con los días, y al cabo de una semana tenía congestionado todo el lado de la cara. Me hice remedios caseros y no obtuve mejoría; consulté a un médico, que diagnosticó ser un tumor en el ojo, que tenía que operarme; además, le consulté si debía llevar anteojos por mi cortedad de vista. Me hizo el examen correspondiente diciéndome que tenía una catarata en el ojo izquierdo y una nube en el derecho; de allí salí sumamente desalentada.

Estando en esta aflicción, en conversación con la Hermana Ana Julia de San José (q. e. p. d.), me dio la novena de la Sierva de Dios para que la hiciera por mi intención. Comencé a rezar la novena de la buena Madre. A los pocos días el ojo derecho se me desinflamó completamente. Luego mi familia decidió enviarme un especialista de la vista me visitó.

Vi en Santiago a uno de los mejores y ¡oh sorpresa! cuando me dijo: "Usted no tiene absolutamente nada en la vista", que si veía poco era efecto de mi edad y que eso se me corregiría con unos anteojos. Para más seguridad me llevaron donde otro especialista, que me dijo igual cosa. En mi fe, veo en todo la protección de la Madre Emilia.

*Hortensia de Torres*

Nota.-- Tenemos en el archivo un total de 600.000 a 700.000 cartas con la narración de gracias obtenidas por la intercesión de la Sierva de Dios. Estas cartas (cifra aproximada) nos han venido de toda Venezuela, Colombia, Ecuador, Chile, Méjico, Estados Unidos, Curazao, España y Portugal.

## INDICE

|                                                                                                           |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Carta a la Rvda. Madre General Sor Carlota de San José .....                                              | 8  |
| A manera de preámbulo.....                                                                                | 10 |
| CAPITULO I-Caridad y sólida piedad de sus progenitores. Nacimiento de Emilia..                            | 14 |
| CAPITULO II.-De tal árbol tal fruto. Rasgos de caridad de los padres de Emilia.....                       | 16 |
| CAPITULO III.-Primeras virtudes de Emilia.....                                                            | 21 |
| CAPITULO IV. Primera comunión. Enfermedad y pronta curación.....                                          | 23 |
| CAPITULO V.-Juventud de Emilia. Amor y compasión a los pobres. Su piedad....                              | 27 |
| CAPITULO VI. Dolorosa prueba.....                                                                         | 29 |
| CAPITULO VII. Muerte edificante.....                                                                      | 33 |
| CAPITULO VIII. Ingresa Emilia en una Congregación extranjera. Regreso al hogar.                           | 36 |
| CAPITULO IX. El reverendo Padre Machado. Otra alma grande. ....                                           | 39 |
| CAPITULO X. Primeros trabajos del Padre Machado,-Triste situación de los pobres en Maiquetía.....         | 42 |
| CAPITULO XI. Primer encuentro de dos almas grandes.....                                                   | 44 |
| CAPITULO XII. La señorita Chapellín, en Maiquetía, se pone bajo la dirección del Rvdo. Padre Machado..... | 46 |
| CAPITULO XIII. Primeras pruebas.....                                                                      | 49 |
| CAPITULO XIV. Amistad santa.....                                                                          | 51 |
| CAPITULO XV. Primer gran triunfo.....                                                                     | 53 |
| CAPITULO XVI. Emilia, enfermera.....                                                                      | 55 |
| CAPITULO XVII. Nuevos horizontes.....                                                                     | 57 |

|                                                                                                                  |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPITULO XVIII. Inauguración del Hospital.....                                                                   | 60  |
| CAPITULO XIX. Risueña aurora.....                                                                                | 63  |
| CAPITULO XX. Luchas y triunfos.....                                                                              | 66  |
| CAPITULO XXI. Llegada de Emilia al Hospital.....                                                                 | 69  |
| CAPITULO XXII. Nuestro santo Hábito y primeras Reglas.....                                                       | 72  |
| CAPITULO XXIII. Anécdotas de los primeros días.....                                                              | 75  |
| CAPITULO XXIV. Anhelos cumplidos.....                                                                            | 80  |
| CAPITULO XXV. Fundación en Caracas.....                                                                          | 83  |
| CAPITULO XXVI. Digresión.....                                                                                    | 86  |
| CAPITULO XXVII. Virtudes que practicó la Madre Emilia en su vida religiosa.<br>Su espíritu de mortificación..... | 90  |
| CAPITULO XXVIII. Obediencia y docilidad de la Madre Emilia a su director.....                                    | 93  |
| CAPITULO XXIX. Su alegría y rectitud.....                                                                        | 96  |
| CAPITULO XXX. Su espíritu de pobreza.....                                                                        | 99  |
| CAPITULO XXXI. Su humildad.....                                                                                  | 101 |
| CAPITULO XXXII. Su espíritu de oración y vida interior.....                                                      | 104 |
| CAPITULO XXXIII. Su espíritu de fe y confianza en Dios.....                                                      | 106 |
| CAPITULO XXXIV. Su caridad maternal.....                                                                         | 110 |
| CAPITULO XXXV. Su caridad para con los enfermos.....                                                             | 113 |
| CAPITULO XXXVI. Su amor a Dios.....                                                                              | 118 |
| CAPITULO XXXVII. Gravedad de la Madre Emilia.....                                                                | 121 |
| CAPITULO XXXVIII. Últimos días de la Madre Emilia.....                                                           | 123 |
| CAPITULO XXXIX. Preciosa muerte.....                                                                             | 132 |

|                                                                       |     |
|-----------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPITULO XL. Sierva de Dios.....                                      | 135 |
| GRACIAS OBTENIDAS por intercesión de la Madre Emilia de San José..... | 141 |